

Aimé Duval
(Lucien)



**El niño
que jugaba
con la luna**

Colección «SERVIDORES y TESTIGOS»

18

Aimé Duval
(Lucien)

**El niño
que jugaba
con la luna**

(6ª edición)
Editorial SAL TERRAE
Santander

Título del original francés:
L' enfant qui jouait avec la lune
© 1983 by Éditions Salvator, Mulhouse
Traducción de *Jesús García-Abril*
© 1984 by Editorial Sal Terrae
Polígono de Raos. Parcela 14-I
39600 Maliaño (Cantabria)
Fax: (942) 369201
E-mail: salterrae@sallerrae.es
[hup://www.salterrae.es](http://www.salterrae.es)
Dibujo de portada: J.L. *Saborido Crursach*
Con las debidas licencias
Impreso en España. Printed in Spain
ISBN: 84-293-0692-7
Dep. Legal: BI-2018-04
Impresión y encuadernación:
Grafo, S.A. – Bilbao

INDICE

	Págs.
<i>Presentación</i>	6
1. La carretera	8
2. La pendiente	13
3. El fondo	24
4. Conciencia de la enfermedad (Fouquet)	30
5. Los A. A. Primera reunión	35
6. Los primeros pasos por el mundo nuevo (Cathy)	44
7. La subida	50
8. La verdad cura	51
9. La pasión por salvar a otros	56
10. El dominio de los sentimientos, Recaída (Francois)	61
11. El valor de pedir perdón (Charly)	65
12. La felicidad contagiosa	70
13. El deseo de ver claro	74
14. La misteriosa fuerza del grupo	82
15. La libertad para poner fin	87

Presentación

Cuando cayó en nuestras manos el original francés de este libro, no dudamos un momento acerca de la conveniencia de su traducción al español. Había en él algo realmente estremecedor. Por encima de todo, era el testimonio vivo de un hombre que, en un arrebato nada frecuente de valor había decidido relatar su «viaje al fondo de la noche» del alcoholismo y su regreso a la luz, ayudado por su fe y, sobre todo, por el amor de unos seres humanos que habían hecho el mismo trayecto.

Éramos muchos los que nos preguntábamos que había sido del P. Duval, aquel jesuita que, en los años sesenta, habla sabido crear una auténtica canción religiosa de inspiración popular, con la que había alcanzado un éxito sin precedentes. De pronto, había desaparecido de la escena. Y nadie supo dar una explicación

Al fin, después de casi quince años, el propio P. Duval ha desvelado el misterio en uno de los libros más impresionantes de los últimos años. Un libro que ha conocido en Francia una difusión verdaderamente espectacular, porque es el relato de la larga muerte y la costosa resurrección de un hombre con unas inmensas ganas de vivir y de hacer vivir a otros en su misma situación. Un canto de esperanza, de vida y de amistad. El libro se publicó en Francia bajo el seudónimo de «Lucien», nombre adoptado por el P. Duval en su condición de «Alcohólico Anónimo». Pero él mismo ha querido disipar cualquier posible duda acerca de su identidad y, poco antes de morir, manifestó su deseo de que las traducciones de su libro se publicaran con su auténtico nombre. Porque el P. Duval ha muerto. Estando este libro en fase de traducción, nos llegó la noticia de su fallecimiento.

Sirva, pues, esta publicación en español de su testimonio como un homenaje de agradecimiento a su persona, a su vida, a sus canciones y, sobre todo, a su coraje para relatar, sin moralismos ni autocompasión de ninguna clase, lo que para otros, con menos fe y con menos deseos de servir a los demás, resultaría inconfesable.

Lo que le animó a escribir este libro es bien concreto: «Con que una sola persona que se encuentre en mi situación lea estas páginas, me basta. Y si lo desea, que se ponga el abrigo, beba -si lo necesita- un último trago y llame sin temor a la puerta de un grupo de Alcohólicos Anónimos. Allí le enseñarán y le ayudarán a vivir feliz.»

Editorial Sal Terrae

*Cuando un niño hace amistad con
la luna,
la paz que obtiene le acompañará
toda su vida.*

1

La carretera

Son las cinco de la tarde. La noche invernal ha caído sobre Metz. Françoise me ayuda a cargar mi Renault 20. Voy a dar un recital en Génova. De momento, lo que me preocupa es no olvidarme de nada.

El Bose 1800, gran amplificador americano de 40 kilos. Los cuatro HP Bose 800. Los dos micrófonos AKG, con sus respectivos pies. El mezclador, el ecualizador, la caja de cables, el soldador, los fusibles... Llevo también 300 discos y 300 libros con las letras de mis canciones. Y encima de todo, las dos guitarras Ramírez. Además, un ventilador, porque el mezclador puede calentarse y deformar el sonido. El amplificador no se calienta nunca: es un verdadero monstruo que larga sus 300 watios durante tres horas como si tal cosa.

Justo delante de mí, sobre la bandeja delantera, el magnetofón Nakamiski 550, con seis pilas nuevas. Lo necesitare esta noche.

Françoise pone una bolsa de plástico verde sobre el asiento delantero de la derecha: son las provisiones para la noche. Ciruelas, plátanos y canapés de queso. Pone también, entre los dos asientos, una botella de agua mineral de mi pueblo, Plombières-les-Bains. Encantadora mujer..., mis ojos le sonden bajo las empapadas cejas.

No deja de llover; pero, aun así, empleo unos minutos en hacer una elemental revisión del coche: faros, tablero, intermitentes, neumáticos... El rito de siempre antes de arrancar. En marcha. Son las cinco y cuarto.

-Hasta la vuelta, señora, y gracias.

-Hasta la vuelta, señor. Que tenga una noche agradable...

También esto es un rito. Un rito cargado de ternura.

Go *ahead*, Lucien. Trato de animarme a mí mismo antes de tragarme los 1.200 kilómetros.

A pesar de ser ya veintitrés los años en que mi oficio de cantante y de trotamundos acapara mis noches, siempre hay una pizca de emoción en un recóndito pliegue de mi corazón cuando las ruedas comienzan a girar. Entro en mí noche como en otro tiempo entraba en un retiro espiritual.

¿Qué será lo que pase por mi cabeza hasta el amanecer? En realidad, la noche, la lluvia y el viento del noroeste apenas me inquietan: después de unos cuantos millones de kilómetros, todo se ha hecho reflejo en mi conducción.

Pero ese baño de sombra y de soledad, durante las doce horas de carretera que me aguardan, no va a dejar mi alma intacta. Sé que de ese baño saldrá mi alma sobrecargada de fragmentos de verdades descubiertas. ¡Tremenda y querida soledad en que se me revela, difusa, la verdad de las cosas!

Autopista hasta Toul. En un tramo bastante despejado, piso a fondo. Es tranquilizador sentir cómo el motor marcha perfectamente, aunque la carrocería vibra ligeramente bajo las irregulares ráfagas de viento.

He conocido la soledad desde los cuatro hasta los doce años. De mis ocho hermanos y hermanas, yo era el único que iba a la escuela de Plombières-les-Bains, caminando por una vieja calzada romana que había quedado fuera de servicio desde que habían hecho una carretera asfaltada al otro lado del río.

Una hora de soledad para ir a la escuela; dos horas de soledad a mediodía, en las que comía mi pan con chocolate en la clase que mis compañeros habían abandonado para ir a sus casas; y una hora por la tarde, para volver a casa. En total, cuatro horas de soledad al día.

Aquella soledad era beneficiosa, porque me daba tiempo para adquirir determinadas certezas a mi medida. Y porque esas certezas tenían tiempo para ir sedimentando lentamente para el resto de mi vida.

La certeza, por ejemplo, de que Dios es bueno y condescendiente para con los niños, y que Jesús es su imagen palpable. Cuando llegó el tiempo de la desdicha (del que hablaré enseguida), no hubo nada que pudiera aminorar esta certeza.

Camino de verano, con las moras, las frambuesas y los abejorros.

Camino de otoño, ventoso y lluvioso, con su aspecto trágico, con sus hayas y sus abetos que soplaban y silbaban ruidosamente mientras balanceaban sus copas.

Camino de invierno, en el que tenía que hacer acopio de valor cuando la nieve alcanzaba un metro y el frío se metía hasta los huesos. Los momentos de exaltación eran las noches de luna. El camino, la nieve helada, la noche, la luna...: los ingredientes de la felicidad de un niño.

Sobre todo, la luna. Yo me detenía y miraba sonriendo su apacible imagen durante minutos. Si yo andaba, ella se ponía en marcha. Si corría, ella se ponía también a correr a través de los árboles. La paz de su rostro servía para calmar las congojas de mi jornada escolar.

Alargo mi mano y tomo la botella de agua. Françoise ha tenido el detalle de descorcharla, que no resulta nada fácil mientras se conduce. En mi boca siento su frescor, a pesar del calor que hace en el coche. No sé por qué se mantiene fresca. Pequeño misterio, en un mundo lleno de misterios.

La carretera avanza veloz. No veo otra cosa sino la carretera; lo demás está sumido en la sombra. Hasta Dijon, me la conozco de memoria. Puedo reconocerla en mil detalles: en sus colores cambiantes, en la calidad del asfaltado, en su sonoridad bajo los neumáticos Firestone, en los petachos de alquitrán, en el característico ondulamiento de algunos tramos, en el color de un árbol junto a la cuneta, etc. Todo ello me resulta familiar.

Pero en realidad todo esto es secundario, salvo el episodio de la luna, al que volveré a referirme.

Lo importante esta noche es que os haga una confidencia: Soy un alcoholico. Lo cual quiere decir que ya no bebo vino, ni cerveza, ni ninguna clase de alcohol. Desde hace catorce años.

Si tenéis el valor de escucharme hasta el final, os prometo un hermoso viaje hasta Génova por unas tierras que no conocéis. Si la aventura espacial de Armstrong en julio de 1969 os apasionó, escuchadme y descubriréis un extraño planeta habitado por hombres extraños.

Hasta Génova, iréis viendo el oscurecimiento de mi alma; un oscurecimiento progresivo, inexorable, infernal (como supongo que es el del infierno).

Pero si la beatería, el falso pudor, la buena conciencia y la necedad han estragado en vosotros el gusto por la verdad, entonces cerrad los ojos, cerradlos oídos, apagad la luz. Buenas noches, pequeños.

Es extraño y doloroso el camino que desciende al infierno. Más extraño aún, y verdaderamente exaltante, el ascenso hacia la salvación.

Es parecido a lo que ocurre en el cine, cuando todas las luces van apagándose a un mismo tiempo y crean una especie de angustia, y al final vuelven todas a encenderse y, junto con la música, nos conducen a la calle, a la luz del sol.

Hasta Génova no os daré explicaciones. Os contaré lo que me sucedió y cómo fue. Me atrevo, eso sí, a pedir os una sola cosa: que creáis que todo lo que os cuente lo he vivido, que las cosas ocurrieron tal como os las cuento.

¿Por qué lo cuento desde un coche? Porque cuando se va en coche no se hace literatura, sino que se dicen las cosas tal como vienen, con momentos de silencio y sin ningún tipo de embellecimientos.

¿Por qué durante un largo viaje? Para no verme acuciado por el tiempo. Porque la verdad es que hace falta bastante tiempo para hacer entender que el alcoholismo es una enfermedad muy lenta, pero que se puede salir de ella con un poco de valor y mucha humildad. ¡Ah!, se me olvidaba...: también con mucha paciencia.

Un cristalino ruidito procedente del motor me acompaña. No sé lo que es. Pero es tan puro e Inocente que me infunde valor.

«¿Eras querido por tu madre?».

Mucho. Mi primer recuerdo es precisamente de ella. ¿Qué edad tenía yo? No podría decirlo. Tengo el recuerdo de la casa silenciosa y del sonido de unos zuecos en la cocina; luego cesaba este sonido y veía yo aparecer, enmarcado en el dosel de mi cuna, el rostro sonriente de mi madre que me tranquilizaba para un buen rato.

«¿Eras querido por tu padre?».

Mucho también. Yo dormía en la misma cama que mi hermano Marcel. En la misma habitación había otras dos camas: en una dormía mi padre con otro de mis hermanos más pequeños, y en otra mi madre con la pequeña. A veces, cuando los niños dormían, mi padre preguntaba: «¿No tienes frío, Gustine?». Era el diminutivo de Augustine. Mi madre respondía: «No» o «Sí». Si era que sí, mi madre se acercaba a él. Y yo les ata cómo se decían palabras muy amables, en voz baja para que los niños no lo oyeran, y yo me sentía dichoso. Tal vez de ahí proceda mi aversión hacia los que se muestran groseros y patanes en la vida conyugal.

No había nada que me predispusiera a convertirme en un alcoholico. Mi madre no me dio un corazón pusilánime. Por el contrario, siempre me dio ejemplo de valor, de un valor cotidiano. Jamás la vi acostada. Se levantaba antes que todo el mundo, encendía el fuego, daba de comer a los animales, hacía café para los suyos y, cuando todo estaba listo, gritaba desde abajo de la escalera en su *patois* cantarín: «¡Levantaos, niños, es la hora de ir a la escuela!».

Si alguien me dice que los alcoholicos son unos holgazanes, yo debo decir que no fue de ella de quien yo aprendí el gusto por no hacer nada. Cuando evoco las finas manos de mi madre, me invade una enorme ternura. Si la hubierais visto haciendo punto, tejiendo un lienzo (sí, con un pequeño bastidor doméstico), haciendo la masa para el pan de la semana, moldeando las pellas de mantequilla («Salid de aquí, niños; no levantéis polvo»), peinando su larguísimo cabello castaño, con la alegría de una damisela, hasta sus últimos días...

«¿Eran tus padres unos santurriones?».

Nunca me hablaron de Dios. Sin embargo, teníamos la oración de la tarde en familia. Papá de rodillas, la cabeza entre las manos, los codos apoyados en el asiento de una silla, respondía a las oraciones de mi hermana Hélène: «El pan nuestro de cada día dánosle hoy...». Mi madre, siempre sentada y dando de mamar al bebé, respondía también:

«Acordaos, oh piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir que ni uno solo de cuantos han acudido a Vos haya sido abandonado...». Y mientras recitaba, paseaba sobre sus revoltosos hijos la serena mirada de sus ojos de color de avellana. Y yo me senda dichoso, mitad rezando, mitad soñando en hacer carreras con la luna. En realidad, después de haber visto rezar a mis padres, creo que quedé curado para siempre de toda beatería.

¿Cómo pudo, entonces, llegar a ser alcohólico aquel crio que sonreía bajo el lechoso rostro de la luna, protegido por su padre y por Sam, el gran pastor alemán, y por los muros de su casa, de un espesor de tres codos, y que podía comer hasta hartarse el curruscante pan de la Ternura...?

Sigue lloviendo. Reduzco la calefacción del coche, porque los discos, que están muy cerca de la salida del aire, corren peligro de combarse. A mi izquierda aparece el *Wagon*, que los automovilistas conocen perfectamente.

Si tiene usted hambre o sed, no pierda la ocasión, porque es el último restaurante antes de llegar a Dijon. Vayamos ahora más despacio, pues la carretera es peligrosa durante los próximos treinta kilómetros.

«¿Eras inteligente?»

Eso no tiene nada que ver con el alcoholismo, como la experiencia me lo ha enseñado.

Cuando cumplí 12 años, mi padre me envió a un colegio cercano a Bruselas para dejar que madurase en mí una vaga idea que yo tenía de hacerme sacerdote. Pero a los 14 años me mandaron del colegio a casa. Creo que era el mes de mayo. Al llegar a casa vi a mi madre, que en ese momento salía del establo llevando en la mano un cubo de leche.

- ¿Has vuelto?

-Me han expulsado por armar jaleo.

-¿Qué has hecho?

-Le he pegado al vigilante.

Mi madre no me reprendió, ni lloró, ni montó el espectáculo. Se limitó a acariciarme levemente la mejilla mientras me dijo algo para mí inolvidable: «Si no eres feliz allí, mejor será que te quedes con nosotros».

Fortalecido con esta libertad, y tranquilizado con la certeza del cariño de mi madre, regresé al colegio al curso siguiente. No puedo decir, por tanto, que me convirtiera en un alcohólico por culpa de una vocación forzada.

Durante los dos últimos cursos del bachillerato tuve como profesor en aquel colegio al Padre Naudin. Su inteligencia de águila y su fe un tanto libertaria han iluminado toda mi vida. También gracias a él supe muy pronto lo que era un verdadero creyente.

Con él aprendí mucho latín y griego. No se me resistía ningún texto de Plinio el Joven, Tácito o Jenofonte. Cuando la clase se estancaba en una frase, Naudin decía: «Lucien, construya usted la frase en la pizarra». No me envanezco de ello en absoluto (tengo muchos defectos, pero no el de la vanidad). Pero no me diga usted que un alcohólico tiene que ser necesariamente un imbécil.

Un día, después de la clase, me dijo Naudin: «Me gustaría que intentaras familiarizarte con el francés antiguo. Vamos a interpretar para el colegio la obra de Rutebcuf *«Le Miracle de Théophile»*. Será dentro de un mes. Ve al parque y apréndete el texto. Tú lo interpretarás a tu aire. No vayas a clase. El parque está precioso en esta época...».

Que no me vengan ahora con que mi adolescencia fue echada a perder por el autoritarismo de los adultos.

Naudin murió treinta años después, deseando a Dios con toda su mente y con todo su corazón. Yo lloré.

Ya lo ven: mi padre, mi madre y Naudin fueron mis maestros. Me dijeron pocas cosas, y ninguna sobre Dios. Pero me dijeron las cosas esenciales para vivir. Y cuando llegó la hora de las tinieblas, fueron ciertamente esas cosas las que iluminaron mi prisión.

Me aproximó a Langres. La melodiosa nota del ruidito del motor, un Si³, sigue cantando imperturbable, invitándome a proseguir.

Un rasgo de mi carácter era la pasión por observar las cosas y a las personas (más tarde, para mi desgracia, no dejaré de observar): Cuando un extraño llegaba a la granja, yo le observaba de arriba a abajo. El lustre de sus zapatos, la forma de su sombrero, su acento al decir: «Señor, querida señora...», su modo de dar la mano, el olor a nuevo de su abrigo... Yo olfateaba a las personas como si fuese un perro, y casi nunca me equivocaba. Sin este conocimiento concreto de las personas, no habría tenido motivos para desesperar de ellas.

Y la misma atención prestaba a las cosas. Recuerdo haber conservado durante semanas, en el bolsillo de mi guardapolvos, una concha de mejillón, con su hermosa capa de nácar en su parte interior.

Como refugio frente a las imprevisibles fluctuaciones de la historia humana, siempre me ha interesado enormemente el armonioso mundo de las esferas celestes. Llegué a releer veinte veces los tres volúmenes del astrónomo Moreux, y más tarde iría con el señor Servajean a contemplar, a través del ecuatorial, las estrellas que cubrían el cielo de Meudon.

Interés por la tierra y obsesión por evadirme de ella...: se cumplían en mí las dos condiciones para prestar una favorable acogida al alcohol.

2

La pendiente

Hubo en el curso de mi enfermedad una etapa eufórica, aproximadamente entre 1958 y 1965. El alcohol me ayudaba a rodar, a cantar, a reflexionar, a rezar...

En el mismo sitio en que ahora llevo la botella de agua de Plombières solía llevar una botella de vino. Guardo un buen recuerdo de las botellas de medio litro de Saint-Emilion que me regalaban mis amigos de Levallois-Perret. Al menos caía una por viaje; eso, seguro. Aún deben de estar los cascós esparcidos al borde de las grandes rutas: París-Lyon, París-Niza, París-Munich. París-Burdeos...

Por otra parte, el vino me ayudó a hacer mis canciones, dándoles su toque de nostalgia o de rabia, de cansancio o de ansias de cielo, donde habremos de beber, con la Humanidad nueva, vinos asombrosos.

*«Mon grand Seigneur, c'est pour mon coeur,
Gagner mon pain, c'est pour mes mains,
Mon gosse heureux, c'est pour mes yeux,
Ma femme lasse, c'est pour mes bras,
Un verre de vin, pour mes chagrins...*

*Déjà s'annonce la saison
Où je pourrai sans trahison
Dire à ceux-là que tant j'aimais
«Laissez-moi donc un peu la paix».*

*Jésus ne nous quittera plus,
La Terre nouvelle sera plus belle
Tout achevé, je réverai
Et les gens gais comme aux banquets
Boiront du vin mais sans chagrins...*

(«Mi gran Señor es para mi corazón, / ganarme el pan, para mis manos, / mi chiquillo feliz, para mis ojos, / mi derrengada mujer, para mis brazos, / un vaso de vino, para mis penas...

Ya se anuncia el tiempo / en que podré, sin cometer traición, / decir a aquellos a quienes tanto amaba: / 'Dejadme ya gustar la paz'.

Jesús ya no habrá de abandonarnos, / la nueva Tierra será más bella. / Cuando todo haya acabado, yo soñaré, / y todo el mundo, con el jolgorio de un banquete, / beberá vino, pero sin penas»).

El alcohol se unía a la violencia del cansancio, de los contumaces sueños de dicha, del deseo de humanidad en el mundo.

¡Bienaventurado C₂H₅OH que forzaba las puertas del silencio, hada que brotara la canción y me infundía valor para gritar!

Cuando reparaba un reloj (yo he sido relojero), no tenía necesidad de un vaso de vino. Bastaba con manejar las pinzas con cuidado, reflexionar sobre las causas que impedían que la fuerza del muelle se transmitiera al áncora, y el viejo *homo faber* que había en mí no necesitaba más que atención y reflexión; pero no sentimientos.

Por el contrario, cuando se trata de sentir la enfermedad del tiempo (dureza, necedad, orgullo), de experimentar la dulzura del mundo futuro en el que nos amaremos; cuando se trata, sobre todo, de gritar que este hiato me hace daño, el alcohol me ha servido de ayuda. Lo reconozco y no lo lamento en absoluto.

Son las ocho y media. Acabo de atravesar Dijon y me acerco al peaje. Adelanto a un camión Saviem del departamento de los Vosgos. Al llegar a la altura de la cabina le saludo con un golpe de claxon, y él responde. Esto me calienta el ánimo. Y es que también esto es muy propio del alcohólico: un ansia loca de comunicación. Si usted no entiende lo que quiero decir, jamás será usted un alcohólico.

Un sentimiento muy fuerte que contribuyó a hacerme beber fue la ternura por la gente humilde. No podía acostumbrarme a la miseria de los demás, a la enfermedad de los demás, a la humillación de los demás, a la pobreza de los demás, a la soledad de los demás...

Por lo que se refiere a mi propia miseria y a mi propia soledad, yo al menos tenía a Jesús y me las arreglaba bastante bien con él; de modo que gracias, muchas gracias, pero no se preocupen por mí....

A lo largo de esos millones de kilómetros que he recorrido de noche, siempre he tenido en mi mente las mismas obsesiones: Estoy en mi Tierra (con mayúscula, como una intuición de que la Tierra es mucho más que lo que parece), la gente duerme y seguramente tenga pesadillas, y yo estoy solo velando su sueño... ¡Ojalá que la gente sea feliz, ojalá que la Tierra no pierda las ganas de alumbrar otros seres! La Tierra llora por nuestras violencias; la Tierra, al igual que Raquel, llora a sus hijos masacrados. La Tierra va a enfermar de nuestras debilidades. La Tierra, mi Tierra...

Hablaré sobre este tema hasta Génova. Este deseo de felicidad para el mundo es en verdad una viga maestra de mi arquitectura mental.

*«Je m'en vais bien des fois,
Mon Seigneur avec moi,
Me promener la nuit,
Seul avec lui.*

*J'ai rêvé bien des fois,
Mon Seigneur avec moi,
Pour la grand'ville qui dort,
Un meilleur sort.»*

(«Salgo muchas veces, / acompañado de mi Señor, / a pasearme por la noche, / a solas con él.

He soñado muchas veces, / y mi Señor conmigo, / con una mejor suerte / para la gran ciudad que duerme»).

Una insaciable ansia de amistad, una terquedad de mula en liberar a la gente de la miseria, una necia temeridad para hacer frente a la desgracia en todas sus formas, gritar a

los cuatro vientos que la violencia es una gilipollez y que el perdón de las ofensas es la única nobleza de corazón..., he ahí lo que me ha hecho recorrer dos millones de kilómetros por cuarenta países.

Si tuviera tiempo, les diría las ciudades a las que he ido a cantar. Y al citarlas brotaría, como por arte de magia, el recuerdo de cien rostros de cada una de ellas.

Más que los rostros, lo que sus dueños me dijeron, y más que lo que éstos me dijeron, lo que algunos desconocidos hicieron por mí. Sonríó y me viene a la memoria el anciano de Lisboa que me regaló una botella centenaria de Oporto. O aquella señora de Bilbao, vestida de negro, que, cuando ya me marchaba, puso sobre mi asiento un despertador que era una verdadera obra de arte (y yo sé lo que me digo). O el señor Adenauer, en Alemania, que me hizo llegar una guitarra por la alegría que yo había dado a la juventud alemana.

¿Y qué pinta el alcohol en todo esto? La verdad es que ya estaba allí discretamente presente, acompañando los diversos movimientos de mi alma: el agradecimiento, el júbilo, la congoja de la partida, la tristeza del regreso... Por supuesto que el cuerpo se alcoholiza lentamente. Pero el alma, más lentamente aún, va a contraer nupcias con el alcohol. Y el divorcio no será fácil.

Ha dejado de llover. La carretera está empapada. Voy a hablar más despacio, porque hay bastante tráfico desde que se nos ha unido la oleada de coches procedentes de París. Ahí está Lyon. Dejamos Tassin-la-Demi-Lune a la derecha, y aún más allá Clermont-Ferrand. Buenas noches, mis amigos de Aubiere...; buenas noches, amigo Mathon. Atravieso el túnel que pasa por debajo de Fourviere y voy costeando el Ródano. Buenas noches, Renée. Buenas noches, mis, queridos lioneses, a quienes he visto en los seis conciertos que he dado en vuestra casa.

Yo no vi llegar la enfermedad del alcoholismo. Sentía que algo cambiaba en mi espíritu, en mi comportamiento, con relación al alcohol. Veía que algo me ocurría, pero no sabía lo que era. La enfermedad se desarrolla en la sombra, en la más absoluta inconsciencia. Un ejemplo:

Hasta 1968, yo componía mis canciones en mi mesa de trabajo. En la excitación de la tarea, y para ayudarme a componer, tomaba una botella grande de cerveza del frigorífico que había en la planta baja y la subía a mi habitación del primer piso. Mientras trabajaba, echaba de vez en cuando un buen trago.

Una vez concluido el texto, me ponía a trabajar frenéticamente en la melodía. Entonces, y sin ningún sentimiento de vergüenza, volvía a bajar a por otra botella. Cuando la melodía ya estaba hecha y la había adaptado a mi tesitura de voz, e incluso había previsto las pausas de respiración, había estado trabajando cuatro o cinco horas y tenía dos o tres botellas cerca de mi mesa.

Después, y una vez que tenía a punto la melodía, me ponía a hacer la armonización, siguiendo las excelentes reglas de M. Lavignac. No me detenía hasta haber acabado. Para entonces ya había cuatro o cinco botellas vacías y podía ir a acostarme, feliz de haber realizado un trabajo honrado.

La semana pasará en un estado de dichosa excitación, porque una nueva canción ha nacido. No pienso en absoluto en las botellas vacías. La limpiadora las bajará al botellero. No es ningún problema ni para mí ni para la limpiadora. Y punto.

Pero llegó un momento en que, cuando acababa con la primera botella, la bajaba yo mismo para tomar otra. Y así sucesivamente. Por supuesto que al final no había más que una sola botella vacía en mi habitación.

Este cambio se produjo en la más absoluta inconsciencia por mi parte. Sólo diez años más tarde caería en la cuenta de esta anomalía.

Todas las razones me resultaban buenas para impedirme ver con claridad. Entre otras, las siguientes:

- Tú puedes beber mucho, Lucien, con todo lo que trabajas. Además sudas mucho durante los recitales.

-No debes preocuparte de tu pequeña persona. Tienes que hacer felices a los demás. No te preocupes de ti. Yo no sabía que el desinterés por mí mismo (salud, reputación, etc.) era el indicio de un grave desequilibrio espiritual.

- Demasiadas cosas de carácter práctico absorbían mi tiempo. Las citaré según me vayan saliendo, sin ningún orden de prioridad: cuidar el coche; preparar los viajes; pensar en el pasaporte; responder el correo; comprar cuerdas de guitarra ; hablar con el organizador del recital; arreglármelas en las ciudades que me eran desconocidas; cambiar moneda cuando iba al extranjero; comprar un plano de la ciudad; hacer una visita de cortesía al obispo y al alcalde; pensar en las dolorosas confidencias de la gente; soportar los celos de algunos colegas; corregir las canciones de artistas que empezaban; dar dinero a los pedigüños; reñir con el estafador de turno; encontrar tiempo para acabar una canción...

Ya sé que me repito, pero comprendan, por favor, que entre 1957 y 1968 tuve que soportar hasta el límite de mis fuerzas la apesadumbrada vida de los pobres, de los enfermos, de los deprimidos, de los presos (cárceles de Poissy, de Fresnes, de Clairvaux, de Saint-Etienne...), de las viudas, de los huérfanos, de los divorciados, de los ancianos, de los enfermos mentales, de los sacerdotes renegados (¡qué palabra tan sucia! ¡Con lo que yo respeto a mi amigo René P....!), de los maridos engañados...

«¿Es esa la causa de tu alcoholismo?».

-No. Esta fatiga es una de las circunstancias que condicionaron su aparición.

Perdonen que insista en lo de la correspondencia. Aquellos miles de cartas perturbaban y sobrecargaban mi corazón. Por ejemplo:

«Tengo 72 años. Vivo en el campo con mi mujer. Los días son interminables. Cuando mi mujer está deprimida, yo toco el violín. Pero, debido a un falso movimiento, he roto mi arco. ¿Podría usted proporcionarme uno? Le quedo muy agradecido de antemano.»

Entonces tuve que telefonear a Paul Beuscher, el cual envió al anciano el dichoso arco, pero se negó a mandarme la factura. La gentileza de Paul Beuscher, así como la confianza del pobre viejo, le hicieron cantar a mi alma.

«Le he oído a usted en Fresnes. Vaya salir de la prisión. Envíeme dinero.»

«Soy profesor en T. Soy increíble. Me gustaría hablar con usted.»

«Soy misionero en Madagascar. ¿Querría usted ayudarme a comprar un *jeep*?». (Lo consiguió). «¿...Hierro para la construcción?» (También lo consiguió).

Aún conservo cajas llenas de aquellas cartas. Cartas amistosas, emocionantes, implorantes, sorprendentes, preguntonas, alentadoras... Raramente cartas perversas, anónimas, injustas, sectarias o idiotas de remate. Y yo lloraba, efectivamente. Tenía una sensibilidad anormalmente viva.

Por aquel tiempo era yo bastante sensible a las críticas injustificadas de los periodistas. No porque se pusiera en cuestión mi pequeña persona, sino por el hecho de que

existieran la maldad y la grosería. ¡Dulce y valerosa madre, noble e impertérrito padre: no me preparasteis para soportar esto! Tampoco me prepararon para ello la tranquilidad de una vaca en el establo ni la servicial fidelidad de un pastor alemán. Algunos ejemplos:

Había estado en un programa de televisión con Georges Brassens. Y un periodista contaba:

«Lucien entró en el saloncito donde aguardaba Brassens. Lucien le dijo: 'Buenos días, Georges, estoy encantado de conocerte. Si me lo permites, querría tutearte. Al público le gustará'». Esta última frase es absolutamente falsa. Esta escandalosa ruindad y este desprecio por la verdad eran un insulto para Brassens. Señor periodista, usted me hizo daño, porque por primera vez supe que la palabra podía convertirse en mierda en boca de un mequetrefe.

Otro ejemplo: Durante una charla con periodistas, yo había dicho que podía llegar a perder un kilo de peso durante un recital de tres horas. Un periodista se burló y escribió una serie de tonterías. Si aquel individuo se hubiera tomado la molestia de calcular cuántas toneladas representa la presión de la mano izquierda sobre el mástil de una guitarra y la tracción que ejercen los cinco dedos de la mano derecha sobre las cuerdas, todo ello bajo el calor de los proyectores, habría comprendido fácilmente que lo mínimo que se suda es un litro. Pero por aquel tiempo yo no sabía que pudiera existir un periodista estúpido. ¡Oh, mi buen Sam, tú sí que eres inteligente...!

Un último ejemplo: A la salida de un recital en Pau, me asaltó una monja:

-Es vergonzoso, Padre. No he podido dormir durante semanas. Me ha escandalizado usted.

-¿Qué es lo que le sucede?

-En el álbum grabado en su último recital, al comienzo de la cara tres, dice usted algo vergonzoso. Nunca esperaré oír semejante barbaridad en usted.

Hice un esfuerzo de memoria para recordar qué era lo que yo había dicho al comienzo de la cara tres.

- Mi querida hermana, lo que allí digo es: '¡Hombre!, ya no están ahí las hermanas...' (*Tiens, les soeurs n'sot plus là*).

-No, de ningún modo, usted no dijo eso.

-Mi querida hermana, voy a explicarle los hechos. En el concierto de Burdeos, que es el que se grabó para ese álbum, unas cuantas hermanas que no encontraron sitio en la sala del Alhambra buscaron acomodo en un lado del escenario junto con otras cincuenta personas. Recuerdo que les gasté alguna que otra broma. Pero para la segunda parte del recital, después del entreacto, lograron encontrar sitio entre el público de la sala. Al mirar hacia donde anteriormente estaban, vi que ya no se encontraban en aquel lugar. Entonces, con mi acento del norte del Loire (que ya sabe usted que nos comemos algunas sílabas), dije: 'Las hermanas ya no están ahí' (*Les soeurs n'sot plus là*). Eso es todo.

- Le digo que no. Usted no dijo eso.

-Pues ¿qué es lo que dije?

Se acercó a mí de muy mal humor y me dijo:

-Usted dijo: '¡Hombre!, las hermanas Sin bragas' (*Tiens, les soeurs sans culottes*).

¡Madre mía de mi vida...! Después de aquel recital en Pau, regresé a Nancy dándole vueltas a una pregunta en mi cabeza: ¿Cómo eliminar la estupidez sin eliminar a las personas?

En suma: ¿es la estupidez, la grosería o el cansancio lo que me hizo beber? No. Las razones para beber son mucho más profundas. Pero hacen falta años para percibir las.

Por lo demás, tampoco me han faltado palabras amistosas y de ánimo por parte de personas buenas y honradas. También ha habido artículos de prensa favorables. Citaré uno, de un periodista de Bruselas, que me emocionó especialmente:

«Acudí bastante escéptico al Palacio de Bellas Artes de Bruselas. Pero salí de allí impresionado. He de reconocer que me proponía escribir un artículo de tono humorístico y con su pizca de sarcasmo (ya supondrán que no era difícil, tratándose del 'guitarrista de Dios', ¡figúrense!); pero lo que van ustedes a leer es un panegírico. En un mundo desengañado de todo, como es el mundo en que vivimos, todavía hay sentimientos que provocan la admiración. Esos sentimientos son la sinceridad y el convencimiento. Basta con ver a Lucien para darse cuenta de que este hombre posee dichos sentimientos en su más alto grado. Uno se ve embargado de compasión hacia este hombre, que se debate en solitario con problemas increíbles; y uno se siente, al mismo tiempo, inundado de respeto cuando cita las dos cosas en las que cree: Jesucristo y la Amistad.» (Firmado por M. H., Bruselas, 24 de diciembre de 1967).

Ya sé que resulta casi obsceno que reproduzca yo aquí este texto. Ya sé que se me puede acusar de mal gusto, o de vanidad, de acuerdo con los habituales criterios de lo que conviene o no conviene. Pero yo no comparto esos criterios.

No, no fue la estupidez de los demás lo que me hizo beber, ni el cansancio provocado por los recitales. Tampoco fue la soledad afectiva, como muchos han dicho. Ni siquiera mi ignorancia de la enfermedad, puesto que ya me habían puesto sobre aviso dos médicos:

En 1961, durante una estancia en Ginebra, obligado por la depresión, un médico me había dicho: «Tenga cuidado con su hígado. Evite el alcohol». Pero, como yo no confiaba en él, no tuve en cuenta sus advertencias.

En 1963, un médico de Beirut, al verme beber durante una reunión celebrada después de un recital, me dijo: «Tenga cuidado. Va a tener usted dificultades...». Yo no le escuché. No podía escucharle.

En 1964 me sobrevino el primer aviso grave.

Acababa de celebrar tres galas en el Olympia de París en unas condiciones bastante difíciles.

Difíciles, porque no habíamos tenido tiempo de ensayar todas las canciones antes de la primera gala, de manera que los músicos tenían que descifrar sus partituras y yo tenía que adivinar su orquestación. Fue aquella una verdadera prueba, tanto para ellos como para mí. Después de aquel primer recital, hacia medianoche, y en el propio Olympia ya desalojado, tuvimos que grabar la canción «A Bilbao», para que el disco pudiera venderse al día siguiente. Me acosté a las cuatro de la mañana sin haber cenado.

Al día siguiente tuvimos el segundo recital, que resultó bastante bien. Pero periodistas y amigos me impidieron comer y dormir.

Y por fin, el tercer recital. Un desastre. Yo me encontraba al límite de mis fuerzas, con los nervios destrozados y sin ningún ánimo. Tenía la horrorosa sensación de ser una res destinada al matadero (no me estoy quejando; sólo trato de explicarme).

¿Cómo logré resistir? Porque soy tonto, pero también soy testarudo. «Si reviento, peor para mí; pero tengo que acabar el recital». Esta frase me la he repetido centenares de veces durante mis 24 años de cantante, pero nunca con tanta obstinación como en aquella tercera gala en el Olympia.

Y resistí también a base de beberme una botella de ron. Y no es que me guste el ron. Pero había que llegar al final.

Resultado: camino de Hamburgo, donde tenía un recital al día siguiente, se me declaró una crisis de pancreatitis hemorrágica aguda.

Con dificultad pude llegar a Colonia, donde tenía que recoger al empresario, el cual, a las tres de la mañana, me llevó al Hospital Universitario, donde sufrí como un condenado.

Un paréntesis. En aquel hospital tuve, las cuatro primeras noches, una serie de significativas alucinaciones. En la parte superior de la puerta de mi habitación había un montante de cristal por el que se filtraba la luz del pasillo. A través de ese montante, el delirio me hacía ver el rostro barbudo de un hombre que me suplicaba:

«Monsieur Lucien, ahí abajo, en la plaza, está la revolución. Escuche... Le están pidiendo que les defienda. Vaya usted. La policía va a hacer una matanza.»

Y efectivamente, detrás de aquel hombre con barba veía yo a la policía cargando contra la multitud, una multitud vociferante y en plena desbandada. Me levanté, librándome violentamente del aparato de perfusión, y me subí al alféizar de la ventana, dispuesto a saltar (era un cuarto piso). Pero entonces vi a unos miembros de la CRS (*Corps Républicain de Sûreté*) que esperaban junto a su moto, dispuestos a intervenir. Ellos se mantenían en la sombra y yo veía sobre todo la luz de la moto. Me puse a reprenderles, a insultarles y a exhortarles a que tuvieran un poco de humanidad. Ya iba yo a saltar cuando la vigilante de noche (una holandesa ya entrada en años y de gran bondad), atraída por mis gritos, entró en mi habitación, me hizo bajar de la ventana y me devolvió a la cama. Después de conectar de nuevo la perfusión, me acarició la frente con su fresca mano y salió de la habitación de aquel salvador del mundo de vía estrecha que era yo.

La noche siguiente escuché, muy cerca de mi oído, una vocecita infantil: «*Erika, du bist da?*» («Erika, ¿estás ahí?»). Y otra vocecita respondía: «Sí, Greta, estoy aquí». Aquello era muy extraño, y yo tosí ligeramente para demostrar que no me dejaba engañar y que sabía que no había nadie. Pero, como las voces seguían hablando, pregunté:

-¿Quiénes sois?

-Somos dos niñas checoslovacas -respondieron-.

Hemos huido.

-¿Dónde estáis?

-Estamos escondidas en la almohada. Pero nuestra hermanita está en otra almohada que hay en el armario.

Tanteé la almohada y, efectivamente, en una esquina pude notar la protuberancia de la costura. No podía ser sino Erika. En la otra esquina había otro pequeño abultamiento, que no podía ser sino Greta.

Les dije:

- Estoy algo enfermo, pero os vaya llevar conmigo a Nancy y, cuando esté mejor, me ocuparé de vosotras.

Estuvimos charlando unos momentos. Entonces entró Anton, mi empresario. Su voz me resultó estridente, en comparación con la sigilosa voz de las niñas.

Le dije a Anton:

- Hay una niña en una almohada que está en el armario detrás de ti. Llévatela a tu casa esta noche. Mañana llevarás a otras dos niñas que están escondidas en mi almohada.

Anton me dijo:

-*Ja, Lucien, gern* (Sí, Lucien, con mucho gusto).

Y salió de la habitación sin más, llevándose la almohada para ponerla en lugar seguro. Al cabo de unos minutos regresó:

- Lucien, he estado hablando con el médico. Estás muy enfermo.
- No, Anton, ya verás como mañana estoy bien. Pobre de mí, que quería salvar a los niños del mundo...

A la noche siguiente, delirando de nuevo, me vi paseándome desnudo por el pasillo, huyendo de los periodistas y de los fotógrafos. Había allí un cubo verde de basura, cuya tapa levanté. Y vi la rubia cabecita de mi pequeña Pascale. Comencé a sollozar fuertemente, mientras decía: «Mi pobre hija, mi pobre hija querida...». Aquello atrajo la atención de la vigilante holandesa, que me tomó de la mano y me llevó a su despacho, desde donde telefoneó al médico de guardia. Yo estaba intrigado: «Señora, ¿por qué no hay letras en el dial de su teléfono? ¿Dónde estoy, señora?».

Al día siguiente llegó de París mi hija Pascale y yo me enteré de que estaba enfermo. Ambos suplicamos al cirujano (que tendría mi edad) que abriera y explorara mi vientre. Encontró un litro de líquido en la cavidad ventral. Tras analizarlo, me dijo: «Pancreatitis hemorrágica».

Antes de despedirme de aquel amigo cirujano, le oí que me decía: «En adelante, nada de tabaco ni de alcohol ». Lo oí perfectamente: *Kein alkohol*; pero su voz quedó amortiguada por los rumores de la vida, porque no dejaba de haber niñas refugiadas y masas vapuleadas; porque siempre había motivos de angustia y de cólera.

Y la vida prosiguió. En una ocasión, hallándome en Lucerna, Suiza, le dije al organizador: «Búscame un médico, Peter. Me duele terriblemente el lado derecho». Le pedí al médico que me diera algún remedio eficaz, por muy fuerte que fuera, para calmar los dolores, costara lo que costara. «Tengo que dar mi recital, doctor». Me puso una inyección de Palfium. El recital resultó formidable. El pianista estuvo excepcionalmente acertado.

«¿Te dijo el médico que se trataba del alcohol?».

-No.

En otra ocasión, dirigiéndome a dar otro recital, me detuve en el hospital de Remiremont. «Me falla el corazón», le dije a la enfermera-jefe. Ella me puso oxígeno mientras esperábamos al médico. El doctor Bastien (el de las Ammanites Phaloides, ya saben) se dio cuenta enseguida de que no se trataba del corazón y me puso una inyección de Equanil. Diez minutos más tarde me encontraba cenando en la cama.

«¿Te dijo que se trataba del alcohol?»

-No.

Yo atribuía al cansancio todas mis molestias físicas. De hecho, en 1965 había sido hospitalizado en Ginebra por causa de un infarto. Dado que por entonces no bebía demasiado, jamás se me pasó por la cabeza la idea de que mis males pudieran deberse al alcohol. Cuando un médico le dice a un alcohólico: «Beba usted poco, pero, cuidado, beba de lo bueno», no me parece que sea del todo razonable.

Y los recitales... ¿cómo los hacía yo? La verdad es que me pegaba unas palizas tremendas, no me cuidaba demasiado. Para mí no contaba otra cosa que no fuera hacer un buen trabajo y darle gusto a la gente. En mi trabajo, yo era de una honradez realmente escrupulosa.

La honradez es lo último que desaparece. Se pierden antes la salud y la alegría.

«¿Bebías antes de los recitales?»

-No. Después sí, un poco. Por otra parte, la cantidad es lo de menos. Lo importante es cómo el espíritu y el hígado reciben el alcohol.

Llegó un momento, creo que en junio de 1968, en que al llegar la noche me ponía a tiritar. Por respeto ni público, los días que tenía recital no bebía, a fin de estar en las mejores condiciones. Pero justo antes del recital me sentía invadido, de la cabeza a los pies, por un extrañísimo nerviosismo, mezclado con una cierta angustia; aquel nerviosismo se manifestaba hasta en la punta de los dedos. Y los dedos los necesitaba.

Me parece que fue en Neufchatel cuando, una noche, estando ya detrás del telón, a punto de levantarse éste, temblaba de tal manera que mandé llamar a un médico. Llegó éste y me dio dos tabletas que yo ingerí con toda confianza. Los temblores cesaron de inmediato.

«¿Te dijo el médico que se trataba del alcohol?».

-No.

Por aquella misma época hice un descubrimiento: bastaba con que, una hora antes del recital, me bebiera un medio de cerveza para que yo dejara de temblar y desapareciera la angustia.

«¿La angustia de enfrentarte al público?».

-No. La angustia de hacer frente a una vida difícil, a una profesión difícil.

«¿No tenías amigos capaces de decirte las cosas con toda crudeza? ¿Capaces de decirte que bebías demasiado?».

En realidad, yo tenía un buen amigo que se llamaba Noir. Me acompañó a diversos países: Estados Unidos, Canadá y buena parte de Europa. Pero siempre se mostró reacio a darme un consejo, porque tenía un sentido muy agudo de la libertad de las personas (como antaño le sucedía a Naudin). Por lo que se refería a mi trabajo y al modo de llevar mi vida, él manifestó siempre un absoluto respeto. Era un hombre libre que quería hombres libres.

Creo que él adivinaba, y con bastante juicio, la particularidad de esta enfermedad: mientras yo no hubiera alcanzado el «fondo» de la miseria física y moral, él no podía hacer nada por mí. Cualquier coacción, cualquier consejo, cualquier palabra, era inútil. Era preciso que yo siguiera descendiendo hasta tocar fondo, para entonces desear (palabra clave) salir de él.

De una manera involuntaria, yo me escondía de Noir y él desconfiaba de mí (únicamente a causa del alcohol, desde luego). Un día me acompañó a un recital que tenía que dar en Austria, me parece. A mediodía nos detuvimos en un restaurante. Durante la comida tuvo que ir al lavabo. Entonces yo llamé al camarero y, vaciando mi medio de cerveza, le pedí otro.

Cuando Noir regresó, mi vaso estaba al mismo nivel que cuando él se había marchado.

«¿No sentías vergüenza?».

- Sí.

Pero ¿qué es lo que calma el rubor de la vergüenza?

El deseo de beber otro medio de cerveza.

La gente suele decir: «Si hubiera tenido un buen amigo, no habría llegado a ese estado...» Eso es falso. Yo tenía a mi amigo Noir, lo cual no me impidió beber.

También tenía una gran amiga desde hacía mucho. Se llamaba Pascale. La había conocido cuando ella tenía tan sólo 13 años y estudiaba en un colegio de religiosas. Algunas de éstas fueron muy duras e injustas con ella. Ella misma me lo dijo desde la primera vez que hablamos.

Le dije a la pequeña Pascale: «Si quieres, tú serás siempre mi hija y yo te defenderé». Ella, sorbiéndose la nariz, porque tenía ganas de llorar, me dijo que sí. Desde el primer día, ella me llamó «mi querido padre» y yo la llamé «mi querida hija». De esto hace ya treinta años. Y he aquí otra característica del alcohólico: es frágil, pero es fiel.

Sin embargo, en el momento del hundimiento, aunque ella me dijo un poco más tarde que me estaba volviendo raro. Y caprichoso, y aunque la pena que sentía se le salía por los ojos, yo no supe oír la alarma.

Un día (lo recuerdo con inmensa tristeza) le di una bofetada por causa de una nimiedad. Te pido perdón, mi querida hija. Me ha dolido tan to como a ti.

Cuando uno empieza a lastimar a los amigos de los que uno más depende, es que la enfermedad ya está muy avanzada. Comienza entonces el círculo vicioso del que es imposible escapar: Yo bebo, la abofeteo, siento remordimiento, vuelvo a beber para olvidar su enloquecido espanto, ella siente miedo, y yo bebo de nuevo para olvidar mi tristeza por darle miedo. La espiral se acelera. ¡Ya está! Ya cada medio de cerveza, se hace más fuerte la diabólica pareja formada por la pesadumbre y el alcohol.

Habría sido necesaria una voz objetiva, neutral y competente para que hubiera tenido una pequeña posibilidad de ser oída. Mi amigo Noir y mi hija Pascale no eran neutrales. Mañana diré cómo existe una circunstancia en la que se dan esas condiciones precisas y puede ser escuchada la voz de otro ser humano.

Por desgracia, yo estaba muy frecuentemente de viaje y nadie podía advertirme del peligro que corría. Varias veces a la semana cambiaba de ciudad, de amigos, de casa, de médico...

A un alcohólico casado, su mujer le ve beber, su mujer le llora, su mujer le reprende. El no deja de beber, pero sabe que su enfermedad causa problemas. Pero yo ni siquiera era consciente de que era el alcohol el que me arrastraba al precipicio. ¿Soy bobo? Ustedes dirán...

Por otra parte, la escandalosa reputación aneja a esta enfermedad impedía a mis amigos jesuitas decirme: «Detente». Cuanto más avanzaba la enfermedad, más callaban ellos. Y cuanto más callaban ellos, más solo me sentía yo. Y cuanto más solo estaba, más bebía. Y cuanto más bebía yo, más miedo tenían ellos. Es un círculo... Es un circo.

Yo ansiaba volver a salir de gira para no sentir su silenciosa mirada y sus mudos reproches. Pero, a mi vuelta, la situación no había hecho sino empeorar: las amistades decepcionadas pudrían las amistades fieles.

Las manzanas podridas echan a perder todo el cesto.

«¡Algo habría al menos que pudiera hacerse!».

-¿Qué cosa?

Vuelvo a casa después de un viaje. Son las cuatro de la tarde. Voy a la cocina a tomar un café. Hay allí tres compañeros charlando de algo que les provoca la risa. Apenas llego yo, ellos se callan. Su silencio me molesta, pero no tengo fuerza moral, como tampoco la tienen ellos, para sonreír ni pata entrar en su círculo.

Y heme aquí, marchando a la Martinica. Allí me entiendo bastante bien con M. Gauthier. Pero la segunda noche no consigo dormir, voy a la cocina y me abalanzo sobre una botella de ron. Al día siguiente comienzo una gira de tres semanas: recitales, botellas, recitales...

Perdóneme, señor Gauthier, por haberle bebido sus botellas y por haber escondido las botellas vacías detrás de las llenas. Perdóneme por no haberme atrevido a decírselo. Pero yo sé perfectamente que el valor se va con la primera botella.

La que me bebí mientras oía cómo los perros le ladraban a la luna en Fort-de-France.

Regreso a Nancy lleno de amargura y vergüenza.

3

El fondo

En lo sucesivo, me encierro en mi habitación, no respondo al teléfono, cierro las contraventanas, me sepulto en vida. Cuando llaman a la puerta, ya no me atrevo a responder: «¡Adelante! », sino que contengo mi respiración y espero hasta que los pasos se alejan.

Me cierro con llave y no salgo de la habitación hasta que ha llegado la noche. Mi habitación está en el primer piso, y el armario donde se guarda el vino se encuentra en la primera planta, junto a la cocina.

Desciendo la escalera (hacia la medianoche) sin meter ruido. Ahora, trece años después, recuerdo que el último escalón antes de llegar al rellano crujía al pisarlo, y tenía que pasar por encima de él para no despertar a nadie. El picaporte de la puerta también rechinaba. Llego ante la alacena. Para abrir la botella de vino hay que apretar con fuerza el corcho para que no chirríe. Bebo directamente de la botella. Vuelvo a cerrar la alacena. Doy cinco pasos por el pasillo para regresar a mi habitación..., pero regreso de nuevo a la alacena. Para abrir la botella, vuelvo a apretar fuertemente el corcho. Una vez más bebo a gollete. Voy a abrir la puerta que da al pasillo cuando caigo en la cuenta de que el dispensero verá la botella casi vacía, de modo que la vacío del todo y la escondo detrás de una botella llena.

Al fin vuelvo a subir a mi habitación, con la muerte en el alma. Y esta humillante comedia puede repetirse una vez más al cabo de dos horas. Vive la noche, pequeño: el día será largo. Y finalmente me duermo, sumido en la congoja.

Cuando el dispensero vio que su bodega se vaciaba más rápidamente de lo previsto, cerró con llave su alacena. En la casa se respira un aire de reprobación. Silencio. Silencio de menosprecio establecido; miradas que se desvían... Una espesa bruma envuelve nuestras relaciones, haciendo tanto daño que uno toma la única solución que le queda: seguir bebiendo.

Para lo cual, y dado que la alacena está cerrada con llave, tomo el coche y me dirijo a Metz (120 kilómetros entre ida y vuelta).

Aparco el vehículo ante los escaparates iluminados de la fonda de la estación. Después de cerrar el coche, la -certeza de que vaya beber disuelve la tensión. Entro sin prisas. Pido un medio, luego dos... No he hecho más que salir cuando repito la misma comedia que en casa: regreso de nuevo al mostrador.

Un medio, otro medio...

-« ¡Es la locura! ».

-Es la enfermedad.

Quienes hayan pasado por ello comprenderán fácilmente. Los que sean inteligentes (sin ser enfermos) lo comprenderán con más dificultad. Los demás no comprenderán nada y nos juzgarán severamente.

Confieso que yo no comprendía nada de lo que me sucedía. Los demás tampoco comprendían nada. Y yo no comprendía que los demás no comprendieran... Fue una época espantosa.

La carretera me preocupa desde hace un rato. Como había pronosticado Radio Luxemburgo, la niebla se va espesando. Al principio era como pedazos de un tejido deshilachado; ahora la niebla se ha hecho homogénea, como leche en un vaso de agua. Una señal intermitente colocada por los gendarmes me indica que la mala visibilidad durará 50 kilómetros. No puedo ver bien dónde estoy exactamente. Sé que he pasado Orange. Presto atención únicamente a la carretera, no a las distancias, pues no tengo prisa. Yo amo la noche, como los «douroucoulis», la única especie nocturna de monos, según parece...

Tal vez, lo más angustioso era no poder emitir un juicio certero sobre mí y sobre los demás. Me decía a mí mismo, por ejemplo:

«Puede ser que beba más de la cuenta, pero es por culpa de mis compañeros, que me tratan con frialdad», cuando, de hecho, me trataban con frialdad porque bebía en exceso.

«Puede ser que beba más de la cuenta, pero es por culpa de los recitales que me agotan», cuando, de hecho, los recitales me agotaban porque el alcohol me debilitaba.

«Puede ser que beba más de la cuenta, pero es por culpa de mi superior, que me mira con malos ojos», cuando, de hecho, mi superior se sentía molesto por mi forma huidiza e incomprensible de comportarme.

Algunas noches he sentido que la locura se apoderaba de mí. Hacia las dos de la mañana salía de mi habitación para ir a los servicios, que se encontraban muy cerca. Tiraba de la cadena, apagaba la luz y volvía a cerrar la puerta de los servicios. En aquel momento veía en hilera las cinco puertas cerradas de las habitaciones de mis compañeros. Y me asaltaba la idea (la certeza, más bien) de que eran las puertas de la crujía de un barco. Sí, la crujía del Queen Mary (yo había ido a Nueva York en aquel transatlántico). El silencio comenzaba a angustiarme ¿Por qué se han parado las máquinas? ¿Por qué no viene ninguna azafata a explicarnos por qué nos hemos detenido? ¿Por qué no se oye el ruido del mar a través de las portillas? Entonces reconocía mi escritorio a través de la puerta entreabierta.

Pero mi angustia no hacía más que aumentar ¿Por qué han traído mi escritorio al Queen Mary? ¿Por qué no hay nadie que me informe? ¿Y por qué han traído también al Queen Mary mi teléfono? Para no ceder al enloquecimiento, emitía unos carraspeos, esperando que alguien abriera su camarote. Pero nada. Ni el menor movimiento. Y haciendo de tripas corazón, porque la locura se cernía amenazadora, preguntaba en voz baja, y luego cada vez más fuerte: ¿Hay alguien? ¿Hay alguien?».

Por fin, empujaba la puerta y corría a refugiarme bajo las mantas. Para no ver nada más, para dejar de oír el silencio. Si no estoy en mi casa, peor para mí. Dejadme dormir... No quiero saber de esos problemas: «¿Dónde estoy? ¿Qué hora es? ¿Quién soy?».

En el otoño de 1968 sentí que el fin estaba próximo. Las fuerzas físicas desaparecían.

Al volver de un recital, y mientras conducía, se me paralizó de pronto el brazo derecho; había perdido en él toda sensibilidad; no podía moverlo para nada. Como una rama seca. Durante 200 kilómetros tuve que cambiar las marchas con la mano izquierda.

Una vez en casa, pasé frente a la pequeña capilla y entré en ella para rezar un poco... Recité de memoria el salmo 88:

«Señor, Dios mío, de día te pido auxilio,
de noche grito en tu presencia;
llegue hasta ti mi súplica,
presta oído a mi clamor.

Porque mi alma está colmada de desdichas
y mi vida está al borde del abismo;
ya me cuentan con los que bajan a la fosa,
soy como un inválido;
tengo mi cama entre los muertos,
como las víctimas que yacen en el sepulcro,
de quienes ya no guardas memoria,
porque fueron arrancados de tu mano.
Me has colocado en lo hondo de la fosa,
en las tinieblas del fondo.
Tu cólera pesa sobre mí,
me echas encima todas tus olas;
has alejado de mí a mis conocidos,
me has hecho repugnante para ellos:
encerrado, no puedo salir
y los ojos, Señor, se me nublan de pesar.
Todo el día te estoy invocando,
tendiendo las manos hacia ti.
¿Harás tú maravillas por los muertos? ;
¿se alzarán las sombras para darte gracias?;
¿se anuncia en el sepulcro tu lealtad
o tu fidelidad en el reino de la muerte?;
¿se conocen tus maravillas en la tiniebla'
o tu justicia en el país del olvido?
Pero yo te pido auxilio, Señor,
por la mañana irá a tu encuentro mi súplica:
¿por qué, Señor, me rechazas
y me escondes tu rostro?
Desde niño fui desgraciado y enfermo,
me abrumba tu terror y deliro,
pasó sobre mí tu incendio,
tus espantos me han consumido;
me rodean como las aguas todo el día,
me envuelven todos a una.
Alejaste de mí, amigos y compañeros:
mi compañía son las tinieblas.

Me dirigí a mi habitación y giré la llave con la mano izquierda. Tres días después, el brazo derecho volvió a funcionar. Podía, pues, seguir dando mis recitales.

Fue aquella una época en la que recé como un condenado. De noche y de día, pero sobre todo de noche. En la cabecera de mi cama tenía el crucifijo metálico que a los jesuitas nos regalan al hacer los primeros votos.

Este crucifijo me ha acompañado siempre, y lo llevaba durante la guerra en el bolsillo de mi tabardo.

Pues bien, ese crucifijo (y no se encojan de hombros) lo he tocado centenares, miles de veces. Poniendo la mano sobre él, sencillamente, sin razón alguna, por puro compañerismo, como el acto reflejo de un desgraciado ante otro desgraciado, sin pedir nada, sin decir nada.

Pero era un gesto que venía a significar más o menos:

«Señor Jesús, con todo el tiempo que llevamos siendo amigos, tú ya me conoces y sabes que no soy malo ni deseo hacer mal a nadie. Sabes que soy tu amigo, sabes que canto para mis hermanos. Sabes que no amo el dinero ni los honores. Y sabes también que me estoy haciendo viejo y feo. He perdido la juventud, el ánimo, la salud, los amigos... Lo he perdido casi todo, menos a ti. No me olvides, por favor»

Apenas comía, ni hablaba; no me lavaba y dormía a base de Imménocet. No tenía fuerzas para tomar ningún tipo de decisión.

Por ejemplo, había en mi habitación, muy cerca de la ventana, una rojiza hoja de vid que el viento del otoño había llevado hasta allí. Diez veces al día intentaba echarla fuera, y otras tantas veces se resistía mi voluntad.

Depresión, impulsos coléricos contra mí mismo, deseos incontenibles de felicidad, ganas de huir de mi habitación, de mis compañeros, de mi país... Sentía asco de todo: de mis cosas, del dinero, de los trofeos y medallas, del trato social, de las frases corteses, de las palabras ingeniosas, de los buenos modales, de las bromas... Asco hasta reventar.

Hermanos cristianos que gozáis de salud: yo he cantado en esas condiciones con vosotros, las gentes de Roanne, de Vichy, de Palermo, de Frankfurt y de no sé cuántos otros higates. No me he cansado de deciros:

«Hermanos, la desdicha existe, pero también existe Jesús».

Una noche -la verdad es que no recuerdo dónde- el recital terminaba con la canción «*Le Seigneur reviendra*

». ¿Recordáis la última estrofa?:

*«Nous serons tout pour lui.
Quand il viendra,
Il essuiera les pleurs
de toute la vie.»*

(«Seremos del todo para él. / Cuando él venga, / enjugará los llantos / de toda nuestra vida»).

¿Lo recuerdan? Yo tenía que cerrar los ojos, porque la emoción era demasiado fuerte y se me saltaban las lágrimas. Y cuanto más cerraba los párpados, tanto más abundante brotaba el llanto.

Cuando uno llega a semejante estado de desolación no puede ya entrar en contacto con nadie.

Ve uno a la gente caminar por la calle, y son sombras. Una niña se vuelve hacia mí en la calle: una sombra. Suena el teléfono: una sombra te está hablando desde otro país. Se abre mi puerta: una sombra me mira sonriendo con gesto poco amistoso, y no comprendo nada de lo que dice.

Sí, soy un animal enfermo que busca un hueco en su bosque de sombras.

«¿Y no podías pedir ayuda?».

-¿Ya quién, señor?

Encontrar a una persona sana que hable del alcohol sin decir tonterías es poco menos que imposible.

¿Pedir ayuda a un sacerdote? Me habría aconsejado que rezara. Y yo no hacía otra cosa que rezar.

¿A un médico? Me habría preguntado dónde me dolía y me habría atiborrado de Palfium o de sedantes..., en vano, como sé por experiencia.

Por una casualidad, visité al doctor Bastien en su casa. Lo único que hizo fue echar al cubo de la basura, delante de mí, mis tabletas de Palfium. No era un mal comienzo, pero era insuficiente.

¿A un amigo? Una noche telefoneé a Morvan Lebesque (el que escribía artículos en la segunda página de *Le Canard Enchaîné*, en la columna de la derecha):

-Morvan, no aguanto más...

-¿Qué es lo que te pasa?

-Tengo la moral a cero.

-¿Y qué quieres que yo haga? (Se rió con fuerza). Yo no soy Dios Padre.

De manera que ni siquiera mi amigo Morvan, el mismísimo Morvan, podía hacer nada.

¿La Navidad de 1968? No me pregunten cómo pude hacerlo, pero lo cierto es que canté en la Misa del Gallo. Seguramente me dijeron que me necesitaban...

Yo esperaba en vano a la persona neutral, objetiva y competente que me gritara al oído con todas sus fuerzas: «¡Estás enfermo de alcohol! ». Pero, como digo, era en vano, porque la misma palabra da miedo a las personas sanas y las vuelve mudas. Por lo que se refiere a los enfermos, la palabra es tan terrorífica que les vuelve sordos.

Me pasaba los días fuera del tiempo y del espacio, aferrado a la única amistad que a mí me parecía fiel: aquel hombre clavado a una cruz de latón que se hallaba a la cabecera de mi cama.

Yo seguía intentado, con él, poner buena cara al mal tiempo. Mi pobre Jesús -le decía-, estamos arreglados tú y yo... Y esto de fingir tranquilidad me hacía bastante bien. Claro que, cinco minutos después, a solas ante el espejo, me decía a mí mismo: «Pobre Lucien, estás hecho una mierda...».

En cierta ocasión, estando ya cerca el final, con los nervios destrozados y casi sin fuerzas, me ocurrió algo que me dejó deshecho:

Trabajaba en nuestra casa una señora de 50 años, sencilla y bastante amigable y, según creía yo, capaz de entender las cosas de la vida. Una tarde le dije: «Señora, me gustaría hablar con usted esta noche, cuando acabe usted su trabajo; y mejor en su casa, para estar más tranquilos...». Ella se detuvo, me miró con extrañeza y no dijo nada; luego me dio la espalda y volvió a su trabajo, con aire de disgusto.

Subí a mi habitación, triste y humillado. «Todo el mundo está loco», Según subía la escalera, iba repitiéndome a cada peldaño: «Todo el mundo está loco... todo el mundo es idiota..., no hay nada que hacer con esta gente...». Junto a la ventana seguía impertérrita la hoja de vid.

Leo en mi agenda: concierto en Malta para los jóvenes. Otro concierto en Francia para ancianos. Pronto mi agenda se hizo ilegible.

Mi amigo Paul, de Basilea, trató de ayudarme. Fui a su casa y me alojé en una habitación que había construido encima de su iglesia. Y allí estuve escondido. El solía pasar a verme. Yo le veía sonreírme con su rostro amistoso y oía cómo me decía con su voz tranquila: «*Io Lucien, du bist Kind der Nacht*» («Ah, Lucien, eres hijo de la noche»).

Unos amigos de Valenciennes me invitaron a pasar unos días con ellos, el tiempo suficiente para manifestarme su cariño. Espero que algún día sepan que toda mi vida me he acordado de ellos. Por desgracia, el bálsamo de la amistad alivia, pero no puede curar.

Pero a vosotros, fanfarrones, consejeros sentenciosos y seguros de vuestra buena conciencia, os ruego que cerréis la boca ante un alcohólico. Sois de un mundo espiritual que no es el nuestro. Vuestras manos están demasiado entumecidas y vuestro espíritu es demasiado poco sagaz para desenredar la madeja de nuestros embrollados espíritus.

Febrero de 1969. Ya no puedo vivir. Ya no puedo soportarme a mí mismo tal como soy, ni al mundo tal como es. Ese mundo avaro, duro y mezquino. Ese mundo que siempre tiene en los labios las palabras «ciencia» y «razón», y nunca la palabra «Ternura».

Entonces deseé marcharme al País de la Felicidad a las Tierras en que me aguardan las personas de buena voluntad, en torno al gran Señor Jesucristo.

Hacia las 10 de la noche llamé por teléfono a mi hija Pascale. Y mientras le hablaba, comencé a ingerir comprimidos de Sintron (un fármaco que se administra en muy pequeñas dosis para facilitar la circulación). Unos veinte comprimidos, en lugar de la cuarta parte de un comprimido que solía tomar a diario. Tal vez más. Pero cuando uno ha aceptado iniciar la gran marcha, no se entretiene en contar ni los comprimidos de Sintron, ni los pecados, ni las razones para seguir en tierra.

¿Miedo a morir? No. Yo estaba seguro de que Jesús es el mejor de los hijos de los hombres, que él había conocido algo de lo que yo sentía, que había llegado el momento de confiar en él una vez más.

Pensaba yo que la vida es enormemente misteriosa que no sabemos nada de nada y que la ignorancia es cada vez más difícil de soportar. Esto es lo que yo le decía a mi hija mientras seguía ingiriendo los comprimidos de Sintron.

¿Miedo de mis pecados pasados? En absoluto. La Esperanza devora todos los demás sentimientos: miedo, pesadumbre, rabia... Las elucubraciones de los moralistas jamás me han impresionado. Mis pecados, al igual que mis virtudes, han hecho de mí lo que soy: un insignificante hombrecillo de buena voluntad.

¿Me encontraba tranquilo? No. Todo lo contrario: excitadísimo ante la idea de hallarme tan cerca del otro mundo, que es la imagen «rectificada» de éste, y además con la visión de Dios. Llegar, al fin a comprenderlo todo: el mal, la necedad de la gente y, sobre todo, la misteriosa obstinación de Dios en ocultarse... y comprender igualmente el bien, la belleza, el perdón de las ofensas y la Ternura, de la que hasta ahora no he conocido más que sus lejanos resplandores. ¡Oh, mi dulce y pequeña Pascale...!

Son ahora las tres menos veinte, He dejado atrás Aix. A mi derecha, y bajo el cielo encapotado, el resplandor de Marsella. La carretera está mojada. La visibilidad es buena. Me como un canapé de queso y dos mandarinas. Me siento un tanto exaltado, como un caballo que aprieta el paso al olfatear la cuadra cercana. Me siento también un poco fatigado, porque es duro subir esta clase de recuerdos del fondo del pozo. Pero, aunque el parecer de los sanos no me interesa apenas, el de los alcohólicos me interesa muchísimo.

Me parece oír cómo algunos de ellos me dicen: «Sigue, Lucien, nosotros comprendemos lo que dices». Mientras que otros siguen resistiéndose: «¡Oh, por favor nosotros aún no hemos llegado a ese extremo!». Paciencia, hermanos. Ya llegaréis. Dirección obligatoria: Flecha blanca sobre fondo azul.

Aquella noche... Colgué el teléfono: «Adiós, mi querida hija». Y vacié el frasco de Sintron.

Y a continuación - primera respuesta sorprendente del Señor colgado en la pared --entró mi amigo Noir en mi habitación sin llamar, sin decir palabra.

Creo que nunca había venido a mi habitación a aquellas horas de la noche. ¿Por qué? No lo sé. Pero hay tantas cosas sorprendentes en la vida de un alcoholico que éste ni siquiera trata ya de explicarlas. Y el pequeño rapaz que se asombraba al ver la luna corriendo entre las ramas, se contentará en adelante con registrar, boquiabierto, los signos. Los signos de una misteriosa ternura que siempre me ha sido fiel. Noir tomó el teléfono y pidió una ambulancia.

En el hospital me practicaron inmediatamente una toma de sangre (a la que seguirían otras a lo largo de la noche) y me inyectaron vitamina K para normalizar la coagulación. Ni siquiera di las gracias. ¿Vergüenza? ¿Rabia? ¿Indiferencia ante lo que ocurría? De todo un poco, sin duda.

Tres semanas después me obligaron a hacer una cura de sueño. Los otros enfermos psíquicos se turnaban para contemplar, a través de la mirilla de la puerta, al bicho raro. Y yo rezaba:

«Mi pobre y buen Dios, que te ocupas hasta de los insectos, no me abandones. Ya no confío sino en ti, y en nadie más... Aunque no entiendo nada de nada, iré contigo sin temor hasta el fin de mi vida... Si los que me miran a través de la mirilla de la puerta pudieran dejarme tranquilo, sería aún mejor».

Al cabo de otras tres semanas, partimos en mi coche (un Peugeot 403) hacia Versailles.

Mientras yo conducía, observé que Noir y Brandicourt cuchicheaban y miraban de vez en cuando un papel. Aquello tenía algo que ver conmigo, pero no me atrevía a preguntar nada..., excepto una cosa:

-¿A dónde vamos?

- A casa del doctor Fouquet. Allí estarás bien, ya verás,

Me vino la idea de rebelarme. Ya estamos... Siguen decidiendo sin contar conmigo... Me llevan como a un conejo al mercado.

Fouquet habló primeramente a solas con Brandicourt. Y mis tres compañeros se marcharon en mi coche.

Mi coche: lo único que me unía a los seres vivos. Yo le tenía cariño: en él hablaba, rezaba y, a veces, hasta lloraba. Con él había estado huyendo, desde hacía algún tiempo, de un mundo al que no amaba.

Conciencia de la enfermedad

Así pues, me quedé solo con Fouquet aquel 2 de mayo de 1969. Fouquet me pareció joven, bueno e inteligente. Y tranquilo, que es importante cuando uno tiene el alma derrengada. Me presentó a las dos enfermeras de la clínica, las cuales, sumamente discretas y amigables, respondían a todas mis preguntas (¡uf, con el tiempo que hacía que yo me las planteaba...!). Me llamaban «señor», y esta señal de respeto sin reservas me devolvía parte de mi identidad. De modo que yo no era un animal, sino un hombre...

Los dos primeros días transcurrieron pacífica y somnolientamente.

La mañana del tercer día encontré en el plato del desayuno cuatro cuartillas escritas, encabezadas con un título: Primera entrevista.

Tras unas palabras de bienvenida a la clínica y unas cuantas frases en las que Fouquet decía que comprendía mi desasosiego por hallarme enfermo e ingresado en una clínica desconocida, una palabra se destacó por encima de todas. La palabra «alcohólico».

Leí distraídamente todo el resto y en seguida volví de nuevo a aquella palabra que me fascinaba: «Alcoholismo». Así que se trataba de eso... Mis malestares, mis congojas, mis horribles noches... Era eso...

Créanme, si pueden. Aquello era para mí una, revelación en la que se mezclaban, a partes iguales, el espanto y el alivio. Fouquet es inteligente -me decía a mí mismo-, de modo que lo que dice debe de ser cierto. Y esa palabra, «alcohólico»>, que la gente te arroja a la cara cuando no siente aprecio por ti, Fouquet me la escribía tranquilamente.

Y cuando vino a verme unos minutos después, no pude impedir decirle estúpidamente: «Pero entonces, doctor..., ¿soy un alcohólico? Todo cuanto me ocurre ¿es el alcoholismo?»>. Y él me respondió tranquilo, sonriente y seguro de sí mismo: «Sí, eso es; alcoholismo». Y se retiró, después de haber soltado la bomba.

¿Por qué yo no lo había sabido? La pregunta me asaltó inmediatamente.

Una primera y superficial razón, aunque real: Porque no había tenido tiempo para interesarme por mí (mi vida giraba a demasiada velocidad). Porque tenía una resistencia bastante fuera de lo común al sufrimiento físico. Una resistencia que había heredado de mi padre y, sobre todo, de mi madre.

La segunda razón es más seria: me negaba a mí mismo el problema de mi alcoholismo. Y es que, efectivamente, resulta difícil admitir que uno tiene problemas con el alcohol cuando no tiene la solución. Y si un alcohólico no tiene la solución, sigue bebiendo trata de ahogar su problema. Se oculta el problema a sí mismo y a los demás.

Con Fouquet, era diferente: parecía tener una solución y, consiguientemente, yo no tenía dificultad alguna en reconocer la existencia de un problema.

El doctor Fouquet encendió una luz en mi mente. En sus catorce capítulos suministrados en sucesivas entregas matinales, me lo hizo comprender.

El alcohólico padece una enfermedad física, progresiva e incurable, porque su hígado, de un modo igualmente progresivo e incurable, efectúa cada vez peor su trabajo de transformar el alcohol. Por poco que pueda ingerir cada día, se queda en su cuerpo sin ser eliminado. Consiguientemente, el nivel de alcohol tiende a estabilizarse en su cuerpo, aun cuando disminuya el consumo. De manera que el consejo «beba poco, pero que sea bueno»

no tiene ningún sentido para el alcohólico. En suma, un alcohólico ya no puede beber. (Y es verdaderamente criminal dejarle que crea lo contrario).

Además - me dijo Fouquet-, el alcohólico padece de un malestar psicológico que puede variar mucho, tanto en su naturaleza como en su intensidad. Dicho malestar está en la raíz misma de su deseo de beber, de su necesidad de alcohol. El alcohólico no es culpable de ese malestar psicológico (éste era mi caso, al menos); ni siquiera es consciente de él. Me harían falta (lo he experimentado) unos cinco años para ver claro en mí, para descubrir la naturaleza de ese malestar.

Al cabo de las tres semanas que duró mi estancia en la clínica de Fouquet (desearía llamarle «mi amigo», pero el propio agradecimiento me lo impide), de hecho, tan sólo había comprendido de veras una cosa: soy un enfermo alcohólico.

Soy un enfermo. No un cerdo, ni un tipejo. Y esta verdad absolutamente nueva me hacía feliz. Un enfermo, ¿lo entienden? Ustedes, que me miran con mala cara, que me juzgan, que vuelven la cabeza en la calle...; ustedes, que refunfuñan ostensiblemente cuando les doy los buenos días...; ustedes, que me desprecian cuando se me traba la lengua y doy tropezones al andar...

Soy un enfermo, es verdad; pero tenía ganas de decir, para que todos lo entiendan: ¡ustedes cometen la indecencia de despreciarme, de no intentar comprenderme, de tacharme de la lista de los seres vivos! El alcoholismo es una enfermedad, no un vicio. Es un padecimiento, no un placer. Es una esclavitud, no un motivo de chirigota.

Cuando, al cabo de tres semanas de trabajo en la clínica de Fouquet, comencé a juzgarme a mí mismo juiciosamente, empecé a descubrir, por vez primera, una cierta coherencia en mi vida) lo cual me llenó de alegría. Pero también me hizo sentir vergüenza el descubrir mi «manto de Noé» manchado de vómitos.

*«Ne convient pas que vous raconte
Comment je me suis mis en honte.»*

(«No conviene que os refiera / cómo me he avergonzado»).

Las últimas cuartillas que encontré sobre el plato de mi desayuno eran de una perfecta clarividencia y de un enorme cariño:

«En ningún caso -escribía Fouquet- debe usted tener la impresión de estar luchando solo. Únicamente en un clima de simpatía y cordialidad podremos encontrar, juntos, los medios adecuados para triunfar. Buen viaje, y hasta pronto.»

Muchas gracias, doctor Fouquet. Si los seis millones de alcohólicos que hay en Francia le conocieran a usted, ya no se suicidaría ninguno de ellos, y todos podrían secar sus lágrimas en su casa. Y sus mujeres ya no se sentirían angustiadas al hablar de ello.

He aquí la carta que el doctor Fouquet escribió a mi empresario referente a mí:

«En el aspecto físico, evoluciona favorablemente. Recuperación del sueño, del peso y del apetito. En el aspecto psicológico, Lucien ha asumido y cooperado a su curación de una manera inteligente y auténtica. Ha sido capaz de hacer una crítica apropiada e inteligente de su pasado y descubrir el nocivo papel que desempeña el alcohol. A este respecto, creo que asistiremos a una notable estabilización.»

«Por lo que se refiere a su orientación, acepta gustoso la idea del periodismo. En resumen, tengo la impresión de que su estancia aquí ha sido beneficiosa. Pero me gustaría verle con una determinada periodicidad, a fin de que los primeros resultados obtenidos puedan consolidarse.»

De hecho, y por lo que se refiere al ejercicio del periodismo, el Ouest-France y el Est-Républicain aceptaron gustosos tomarme a prueba. Muchas gracias a ambos. Pero hoy, que conozca mejor la enfermedad, sé que el meollo del problema estaba en mí que no se trataba de cambiar de oficio, sino de cambiar la mente, la cabeza. Habría podido cambiar de oficio, irme a otro país, casarme... Pero todo eso ¿qué cambio ocasiona en la mente?

El indicador del combustible señala que aún tengo gasóleo para 100 kilómetros. Niza no debe de estar lejos. La angustia de quedarse sin combustible es como la de la botella vacía. Por eso llevo en el maletero un pequeño bidón con 10 litros.

Julio de 1969. Recupero las ganas de vivir. El día 21 veo cómo Armstrong pone el pie en la luna. «Un pequeño paso adelante del Hombre». Pero yo estaba profundamente emocionado. Yo, el chiquillo que jugaba con la luna, miraba a Armstrong con envidia.

En Nancy no llegué a beber, pero no era feliz. Lo que me había hecho beber seguía estando intacto. No era feliz, e incluso me sentía angustiado ante la idea de una recaída.

De hecho, se trataba de algo más que de romper con una costumbre. El alcohol era más que una costumbre; era una necesidad psicológica. Yo sentía vagamente que uno no se hace alcohólico por azar, sino por necesidad. Necesidad biológica, tal vez; pero ciertamente necesidad psicológica.

¿Qué hacer?; ¿cómo actuar?; ¿qué debía yo cambiar en mi cabeza para dejar de tener necesidad de alcohol? Las mismas causas produciendo los mismos efectos los mismos deseos, los mismos miedos y las mismas cóleras, iban a empujarme hacia la misma botella. Como así sucedió.

Dos meses y nueve días después de haber dejado a Fouquet, tuve que asistir, con otros veinte miembros de mi familia, a la boda de un sobrino, militar destinado en Coetquidan. La hermana de la novia se casaba también con otro militar.

Asistió mucha gente a la ceremonia, en la cual yo hablé de la dificultad de conciliar la profesión militar con las exigencias del evangelio. Aquello no les gustó a algunos militares, como era de prever. A ellos les pagan para proteger a la gente, y a mí para satisfacer su necesidad de ternura. Ambas cosas no es que se opongan, pero sí que pueden hacer reflexionar.

Por la noche había baile. El ambiente era alegre y distendido. Mi sobrino se acercó a la mesa donde yo estaba en ese momento escribiendo algo, y me dijo: «Oye, tío, sí que beberás una copa de champán con nosotros, ¿verdad?».

En mi mente tuvo lugar un brevísimo combate: una copa, nada más que una copa... Debo estar a tono con la fiesta -me dije-, no debo singularizarme. Tengo que demostrarles que amo la vida tanto como ellos... El combate duró unos segundos, y respondí: «Con mucho gusto».

Después de dos meses de abstinencia total, el champán me resultó fuerte y desagradable al paladar. No sentí ninguna gana de tomarme otra copa.

No me sentí enfermo, pero tuve la sensación de que acababan de arrebatarme un pedazo de mi confianza en mí mismo. Una extraña congoja empezó a apoderarse de mí.

Estaba empezando a comprender un importante motivo de mi enfermedad, no me había atrevido a contrariar a mi sobrino rechazando la copa de champán. Tampoco me atrevería a importunar a Fouquet pidiéndole ayuda. Iba a verme de nuevo, por tanto, atrapado. Por temperamento, al alcohólico no le gusta molestar.

La angustia me iba invadiendo mientras sonaban los pasodobles.

En el viaje de regreso, almorzamos en familia en un pueblo cuyo nombre he olvidado. Bebí, como todo el mundo, un vaso de vino tinto. Por la noche, cenando en los

Vosgos, otro vaso de vino tinto. Al día siguiente, en Nancy, otro vaso de vino tinto. Por la noche, otro vaso de vino tinto. Es normal, dirán ustedes. Al contrario: es catastrófico.

Dos días después, en Clermont-Ferrand, donde tenía un recital, tomé un vaso a mediodía y otro por la noche.

En mi libreta de apuntes leo: «30 de setiembre, recital en Roanne; enfermo». «14 de octubre, recital en Besancon; enfermo». «17 de octubre. Mulhouse; enfermo». Después no hay nada más escrito. Tan sólo sé que un día bebí dos vasos de vino tinto a mediodía y cuatro por la noche.

Y todo volvió a liarse inexorablemente: la desesperación, el desprecio de mí mismo, la vergüenza... Había quedado atrapado en el engranaje; yo era el pelele Charlot de «Tiempos Modernos». Todo empezaba de nuevo, y esta vez era peor que antes de mi estancia en la clínica de Fouquet.

Con los nervios destrozados y la moral por los suelos, telefoneé a Fouquet un año después de abandonar su clínica. Me dijo: «Venga usted». Y me fui solo, en mi coche.

Pero, en contra de lo que sucedió la primera vez, no conseguía rehacerme. Sentía asco de mí mismo. Ahora ya no tenía la excusa de la ignorancia. Sabía que ya no podría detenerme. La libertad de abstenerme del alcohol se había volatilizado. La solución no podía ser otra que la muerte, y nunca he deseado tanto morirme.

He aquí lo que le escribía Fouquet a mi empresario:

«El estado de Lucien me preocupa mucho. Cuando llegó estaba sumamente deprimido, fatigado e intoxicado».

Es cierto; y al acordarme de aquellas tres semanas, un escalofrío me recorre la espina dorsal. Me levantaba por las mañanas sin alegría. No comía apenas. No iba a la ciudad. Andaba vagando por la clínica. Ni siquiera les sonreía a las enfermeras. Daba vueltas caminando pesadamente por el jardín, como una res dentro del cercado.

Negros pensamientos se agolpaban en mi cabeza a lo largo del día y, sobre todo, de la noche: «Ya no puedes detenerte, Lucien, estás en las últimas. Quieres alegrar al público y tienes alma de enterrador. Pretendes consolar a los enfermos y no tienes ni un gramo de optimismo. Querías amar a la Humanidad, y el odio hacia ti mismo te hace apretar los dientes...». Un auténtico paisaje de hielo y cruda desolación,

Al evocarlo ahora, dentro del cálido habitáculo de mi automóvil, todavía siento frío en la espalda.

Si hablo de ello, no es para suscitar palabras de lástima, al estilo de: «Pobre Lucien, un cura tan bueno... un hombre tan sensible...». Las frases de conmiseración no sirven de nada; las palabras de ánimo, por lo demás, tampoco.

Si hablo de ello, es porque pienso en los seis millones de alcohólicos que tal vez, en esta fría noche de niebla, están llegando al fondo de su soledad.

Hermano alcohólico, si esta noche te encuentras en la misma situación en que yo estuve, riéte, hombre...

No estás en las últimas; estás llegando al final de tus penas. Ríete; es el final de tus miserias..., si tú lo quieres.

Estoy llegando a Niza. La autopista desciende suavemente hacia la ciudad costera y se empieza a ceñir a la costa. Hay carteles que indican que se están haciendo obras de ensanche de la pista, y la señalización no es del todo buena, Pero ahí está el gran cartel azul

que indica la dirección de Génova. Adiós, Niza, donde he dado tres hermosos recitales; buenas noches, Cimiez, en la parte alta de la ciudad; buenas noches, Théâtre de Verduze... La autopista inicia su ascenso hacia las colinas.

5

Los A. A. La primera reunión

También la pendiente de mi enfermedad va a ascender.

Hacia la Pascua de 1970, Fouquet me dijo, más o menos, lo siguiente: «Hay un grupo de Alcohólicos Anónimos en Versailles. Se reúnen todos los viernes. Si quiere usted asistir, vendrán a buscarlo».

Yo nunca había oído hablar de ellos. Y no se me ocurría que pudieran hacer nada por mí. Pensaba yo que se trataba de borrachos empedernidos, vociferantes y jactanciosos. Y me conozco el paño... No son mejores que yo.

Además, no tenía ganas de dejarme enrollar por una serie de tiparracos y poner a sus pies lo poco que me quedaba de dignidad.

Por otra parte, ya estaba yo hasta la coronilla de discusiones de taberna. Estaba harto de oír gilipolleces sobre política, sobre dinero, sobre las quinielas, las tías, los curas...; estaba harto de oír a tíos que hablaban de partirle la cara a alguien, o de que «hay que saber defenderse», o de que el Estado se forraba con los impuestos que cobraba sobre el *pastís*... Y no digamos nada de las insondables tonterías acerca de mi Señor Jesús, o de las bromas acerca de la Ternura y del cariño... No tenía ni fuerzas para pelearme por ello. Estaba convencido de que eran unos gilipollas y, consiguientemente, se podían ir a hacer puñetas. Puestos a elegir, prefería conservar mi dignidad.

De todos modos, no podrían enseñarme nada sobre el alcoholismo. Yo me había pasado muchas noches tratando de verlo claro.

Otra cosa sería si Fouquet me hubiera dicho: «Vaya usted a consolarlos...; eso les hará bien...». En ese caso no lo habría dudado; a fin de cuentas mi oficio consiste en hacer el bien (!!). Ya me veía yo en medio de ellos, pidiéndoles unos momentos de silencio y haciendo ante ellos una exposición llena de sentimiento...:

«Señores. me llamo Lucien... ; ya habrán oído hablar de mí. ¿No es así? Sí, hombre, si..., recuerden..., tuve un recital aquí, en el cine Le Cyrano... Bien, verán ustedes, señores, la enfermedad alcohólica... Pero, por favor, señor, no llore usted, un poco de dignidad...». Y patatín, patatán...

Pero en un segundo momento, la heroica película que yo estaba imaginando dejó paso a una sorda congoja que más o menos podría formular así: Fouquet ya no puede sacarme de este lio. Ha comprendido que mi caso es desesperado y ha perdido la confianza en sí mismo y en mí. Y ahora, por si acaso, intenta un último recurso. ¿Estará tan cerca la muerte?

Y un razonamiento me asaltaba obsesivamente una y otra vez: si un alcohólico no puede liberarse, veinte alcohólicos tampoco pueden hacerlo. Un alcohólico, más veinte alcohólicos, suman veintiún alcohólicos. Y yo me senda tristemente orgulloso de este alarde de lógica. (Debería haber sabido que la lógica no tiene nada que ver con el alcoholismo; pero lo olvidaba voluntariamente).

Si usted es alcohólico, entenderá fácilmente las dudas en que me debatí durante unos cuantos días: debo ir, no debo ir; debo confiar una vez más, debo cerrar los ojos y no decidir nada...

De hecho, no tuve que escoger. El 20 de marzo de 1970, cinco días después de Pascua, si mal no recuerdo, una bella señorita vino a verme a la clínica:

- Me llamo Christiane y soy alcohólica; vengo a buscarle para ir a la reunión de esta tarde si es que quiere usted venir.

- ¡Ah, sí...! Un momento, que cojo mi chaqueta...

Se me hizo un nudo en la garganta cuando tomé asiento en su coche. «Es alcohólica. y lo dice...».

Y mientras ella conducía despacio, yo lanzaba curiosas miradas a su rostro apacible, apacible, apacible... Ella aceptaba mi mirada, sabiendo por experiencia que se estaba produciendo una ósmosis y que lo que más necesita el enfermo es paz. Y la suya, su paz, se me estaba contagiando.

Ni una frase de ánimo como, por ejemplo: «No se preocupe usted, señor...».

Ni una reprimenda: «En fin... Mire que a su edad, señor...».

Se detuvo en un paso de cebra, para que pasara un peatón, y reanudó la marcha, siempre apacible y siempre silenciosa, y sin dirigirme una sola mirada.

Inmediatamente tuve la sensación de que una barrera interior comenzaba a desmoronarse. Sí, estaban cayendo la barrera de dureza, de orgullo, de vergüenza y de soledad.

Sobre todo, de soledad. Por primera vez veía a una mujer alcohólica. Y sentí ganas de llorar -por vez primera sin tristeza- porque el pequeño chiquillo había encontrado a una compañera.

Yo no dejaba de mirarla, porque el descubrir a una hermana con rostro humano, en el pedregoso desierto en que yo me encontraba, era algo que me fascinaba.

Desconocida dama, a quien no he vuelto a ver en catorce años. Dios la bendiga. No se lo diga usted a nadie, pero se me saltan las lágrimas al pensar en usted.

Ya sé que chocheo, pero es que no pueden ustedes imaginar cuánta era mi soledad. Estando en Liverpool, llegué un día a seguir por la calle a un coche con matrícula de Nancy, de lo solo que me sentía. Pues bien, sin decir una palabra, Christiane puso fin a mi desolado vagar.

Desconocida dama, primer eslabón de la cadena que me sacó del desierto, Dios la bendiga.

Llegamos al lugar de la reunión. Había allí unas veinte personas que se me fueron presentando tranquilamente, sin que ninguna de ellas me mirara con descaro o agresivamente. Iban pasando y diciendo: «Me llamo Jean y soy alcohólico», «me llamo Louise, y soy alcohólica», etc. Y todos lo mismo, sin avergonzarse ni jactarse de ello. A ninguno se le ocurrió mirarme de manera reprobatoria o tratar de consolarme.

Aquella palabra, «alcohólico», con su violenta y aterradora connotación de oscuridad y cuchicheos, como los monstruos de mis pesadillas infantiles, se hacía algo tan normal como decir: «yo soy de los Vosgos», o «yo soy músico». La palabra sonaba como una descripción más, tan normal como oír decir en Versalles: Yo soy funcionario, yo soy monárquico, yo trabajo de guía en el palacio, yo mido uno ochenta, o a mí me gusta la *choucroute*... Así de anodino.

Algo verdaderamente gigantesco estaba desmoronándose en mi interior. La vergüenza, en primer lugar. Luego la rigidez. Y por fin la desesperación, que estaba entonces conociendo sus últimos instantes para siempre. Repito que, para siempre, la

desesperación (ese inmundo animal que nace y crece en nuestro interior) iba a morir. Murió verdaderamente aquel 20 de marzo de 1970.

A continuación nos instalamos cómodamente, sin formalidades y sin protocolos. El animador (el llamado «moderador»), tras unas breves palabras de bienvenida, leyó la definición de los Alcohólicos Anónimos:

«Alcohólicos Anónimos es una sociedad de hombres y mujeres que ponen en común su experiencia, su energía y su esperanza, en orden a resolver su común problema.»

Yo pensé: «Esto me va a mí. Es mi problema.»

«En Alcohólicos Anónimos no se trata de imponer una política, una filosofía o una religión; tampoco se trata de dinero o de prestigio.»

Yo pensé: «Sin duda es por esto por lo que son anónimos.»

«La única finalidad de los A. A. consiste en permanecer sobrios y ayudar a serlo a otros alcohólicos. Consiguientemente, los A. A. son un grupo de personas para quienes el alcohol ha llegado a ser el principal problema (¡evidentemente!) y que han decidido adoptar un nuevo modo de vida».

Esta última frase, de capital importancia, no la entendí hasta mucho más tarde. Es una frase-clave.

Cerró su pequeño libro de color marrón (todos los detalles de aquella velada, incluido el del color del libro, los recuerdo aún, catorce años después), diciendo:

«Somos anónimos a fin de que no intervengan entre nosotros ni nos dividan cuestiones de prestigio, de títulos, de cultura o de política. Vamos a necesitar unir nuestras fuerzas para salir de la desdicha en que el alcohol nos ha sumido.»

Llegó el momento en que se nos invitó a que cada uno, por turno, hablara de su enfermedad.

«Yo me llamo Jean y voy a narraros las etapas de mi hundimiento». Y lo contó todo, incluidos sus impulsos suicidas.

¿Y qué hacía yo mientras tanto? Yo lo comprendía todo y no podía quitar mis ojos del que estaba hablando. Dos o tres veces levanté la mano para decir: «Es exactamente lo que me pasó a mí; también yo era incapaz de probar bocado por las mañanas...». A la tercera vez, el moderador me dijo sonriendo: «Luden, no interrumpas al que está hablando».

Pero yo seguí hablándome a mí mismo: Es justamente lo que él dice. Yo creía que mi caso era único, pero él es como yo. Se ha hundido igual que yo. También él se levantaba por las noches para beber; también él escondía las botellas; también él se veía obligado a llevar una doble vida. Ya no estás solo, muchacho. «Ya no estás solo», he aquí el primer descubrimiento, «ellos son como tú».

Y el segundo descubrimiento consistió en que pude ver que aquellas personas ya no bebían. En esto un alcohólico no puede engañarse. Para estar contando tan tranquilamente sus lastimosas experiencias, era preciso que se hallaran del otro lado de la vertiente. Algunos hasta se permitían reírse de ello. Pero yo no reía. Estaba demasiado emocionado. Ellos, sin embargo, ya no bebían, como podía deducirse perfectamente del color de su córnea, de sus manos en absoluto temblorosas, del tono sosegado de su voz, de su serena mirada, de su humor recuperado.

La tercera constatación, y la más sorprendente con mucho, fue que aquellas personas eran felices. Ni seres excitados, ni predicadores agresivos, ni sermoneadores, ni pretenciosos; ni gorriones amedrentados, sino tranquilamente posados en yo no sabía qué segura rama.

Hablaban de tempestades y de tormentas y de lágrimas y de naufragios diversos con la tranquilidad con que lo hacen los marineros cuando cuentan, junto al fuego, sus historias del Cabo de Hornos.

Sí, como yo espero, existe un Cielo en alguna parte, los Salvados se preguntarán unos a otros, al hablar de la Tierra: «¿Qué queríamos decir cuando hablábamos de soledad y de llanto? ¿Qué significaba la palabra 'desesperanza'?». Ni siquiera los más sabios lo sabrán ya muy bien.

Pues bien, los hombres y las mujeres de Versalles musitaban sin estridencias los peores avatares imaginables sin parecer afectados por ellos. Y sin parecer mancillados. Estaban tranquilos y puros y eran indiferentes con respecto al pasado.

Habló Christiane: «Me llamo Christiane y soy alcohólica. Estoy bastante bien. No he tenido ningún problema esta semana».

Cuando vi que me iba llegando a mí el turno de hablar, comencé a sentir un cierto pánico, porque en mi interior se estaba librando una lucha: podía exponer lo que sabía sobre la enfermedad alcohólica y dar a entender que yo valía más que mis desdichas, en cuyo caso me pondría a mí mismo al margen del grupo y seguiría en mi soledad, o podía también apostar por la verdad que hace libres y decir lo que me inspirara el espíritu.

«Lucien, ¿quieres decir algo?», preguntó el moderador. ¡Dios mío, qué amistoso era aquel tuteo y cómo podía derribar las barreras!

«Sí, se lo agradezco. Me llamo Lucien. Y..., bueno, también yo soy alcohólico. Es la primera vez que digo esto en voz alta. A solas me lo vengo diciendo desde hace un año. Pero nunca lo había dicho en voz alta, ni mucho menos en público.»

-No estás en público, Lucien. Estás con nosotros.

-Estoy ahora en la clínica del doctor Fouquet, que es quien me ha propuesto que viniera a vuestra reunión. Y he aceptado porque me sentía en las últimas. No sé qué decir... Bueno, en primer lugar, comprendo todo cuanto habéis dicho. Pero estoy un poco emocionado por todas las cosas que he oído. No sé por dónde empezar...

-¿Deseas «desengancharte», Lucien?

-Sí. Lo deseo desde hace un año, pero no puedo conseguirlo. Voy de desastre en desastre.

Se me hizo un nudo en la garganta. Transcurrieron diez segundos. Después me sentí un poco más animado.

- ¡Estoy harto, harto, harto...!

-Tienes tiempo. Lucien. Acabas de recorrer la primera de las doce etapas de nuestro método. Te la voy a leer: «Hemos reconocido que somos impotentes frente al alcohol y que hemos perdido el control de nuestras vidas».

-Yo quisiera parar..., pero no puedo...

-Esa es la enfermedad. Lucien. Tampoco yo podía. Ninguno de los que están aquí podía. Conserva tu valor. Lucien. Paciencia, Lucien.

Y cuando todos hubimos hablado, el moderador dijo sonriendo: «Os doy las gracias por esta velada. Y para acabar, invito a quienes lo deseen a que reciten conmigo la plegaria de la serenidad, compuesta por un anónimo - ¡no alcohólico, supongo yo! - y atribuida a Marco Aurelio. Vamos a recitarla en unión con el millón y medio de Alcohólicos Anónimos del mundo entero.

«Dios mío, dame la Serenidad de aceptar las cosas que no puedo cambiar, el Valor de cambiar las cosas que puedo cambiar, y la Sabiduría para conocer la diferencia.»

Increíble. Los Alcohólicos Anónimos y su Oración barrían en mí, con risueña indolencia, tres años de filosofía y bastantes años de ergotismo. ¿Les molesta la palabra «oración»? Déjenlo, no se exasperen. Pero permitan que lo intenten los Alcohólicos Anónimos, ya que todo lo demás ha sido inútil.

En cualquier caso, puedo afirmar que jamás había visto rezar a los creyentes con tanta tranquilidad, ni a los increyentes escuchar con tanta libertad ¿Tiene la palabra «libertad» algún sentido para ustedes?

A continuación se levantó la sesión. Podíamos tomar un café o un zumo de frutas. Y estando entre mis nuevos amigos, yendo de uno a otro, no dejaba de repetirme: «Es formidable. Jamás he visto cosa igual... No creía que esto fuera posible...». Pasé junto a Christiane, que me sonrió por primera vez, pero no me atreví a hablarle.

A otro alcohólico le dije: «Espero que esto marche...». En respuesta, él me puso la mano en el hombro sin decir nada. Ni una palabra de ánimo para el futuro, ni una frase tendente a quitar importancia a la pesadilla pasada, algo así como: «Seguro que marchará. No hay que dramatizar. Será fácil.». Seguramente debía de tener la desgraciada experiencia de saber que no se «desengancha» uno fácilmente, y que las fangosas huellas de nuestros pasos tardan tiempo en desaparecer.

Convénzanse de una vez de que los A. A. no son una sociedad destinada a proporcionar fáciles estímulos a animales enfermos, ni a ocultar la verdad con buenas palabras que traten de minimizar lo que es verdaderamente dramático. Los A. A. como grupo, pretenden ver claro en sí mismos, y cada cual se las arregla con la luz que se le echa encima.

Ya estaba yo harto de palabras de ánimo y de amistad, sin necesidad de los Alcohólicos Anónimos. Pero de lo que sí tenía necesidad era de esa luz que permite comprender el misterioso maridaje que forman el vino y la desdicha.

Cuando Pierre (en quien no me había fijado durante la reunión) me llevó de nuevo a la clínica de Fouquet, había caído de mis hombros el manto de desamparo que me cubría. Nos reímos mientras íbamos en su coche, cosa que no me había ocurrido en mucho tiempo. Ahora me contentaba con muy poco, con cualquier tontería..., no sé...

-¿Crees que saldré de ésta, Pierre?

-Tú harás como todo el mundo, Lucien.

Nos encontrábamos tan a gusto juntos que, cuando llegamos ante la entrada de la clínica, Pierre, que sabía por experiencia que yo aún tenía muchas cosas que decir, aceptó que diéramos otra vuelta. ¿Adónde fuimos? Ni idea. No vi nada. Lo único que hice fue hablar, hablar y hablar. Las compuertas se habían abierto y no había nada que pudiera detener el agua. La amargura, el hastío, la vergüenza.... todo había desaparecido.

¿Le dije a Pierre quién era yo? Ciertamente no. Mi nombre estaba bien para los demás. Para Pierre, sin embargo, yo no era sino el hombre enfermo que daba sus primeros pasos apoyándose en él. Lo demás no le interesaba.

Cuando llegamos de nuevo a la clínica, me dijo Pierre:

-Si no tienes inconveniente, déjame pedirte que no nos dejes.

-¿Por qué dices eso?

-Porque no podrás hacerlo solo. Aún tienes todo por aprender. No te embales.

-¿Qué es lo que hay que hacer?

-Quédate con nosotros.

¡Qué noche! ¡Qué sensación en mi mente! ¡Y qué manera la suya de no darme consejos, con el fin de que yo mismo comenzara a ir haciéndome dueño de mí, después de la dependencia del vino y de otras dependencias (que habría de ver más tarde)! Ni consejos, ni razonamientos, ni lógica, ni teoría. Bueno, sí, un solo consejo: «Quédate con nosotros, si quieres, y todo irá bien».

-Pierre, esta forma de tutearse entre los A. A. es un acierto increíble...

-Hemos hecho juntos algo más que un simple partido de fútbol, hemos sufrido juntos algo más que una derrota. Todos nosotros hemos visto de cerca las fauces de la nada.

El tuteo... ¿Hay acaso un medio más sobrio de decirnos que en lo sucesivo tenemos una causa común, que no queremos vernos aniquilados en el oprobio? Eso es lo que nos une. Lo demás (honor, diplomas, cultura, o mugre bajo las uñas) no interesa al grupo.

-Tienes tiempo, Lucien - me dijo Pierre, que veía cómo yo me dejaba llevar por la exaltación-. Tienes veinticuatro horas a la vez.

-¿Por qué hablas de veinticuatro horas?

-Porque la vergüenza y la pesadumbre del pasado pueden perturbarte tanto como el temor al futuro. Esas malditas fluctuaciones del espíritu pueden llevarte de nuevo a la botella. De modo que vive tranquila y amablemente veinticuatro horas a la vez.

- No comprendo...

- Paciencia, Lucien... Te llamas Lucien, ¿no?

- Bueno, ése es mi nombre oficial. Mis hermanos y hermanas me llaman Aimé.

- Perfecto. Entonces, ámate (*Aimé* = Amado. *Aime-toi* = Ámate (N. del Trad.)).

Buenas noches, Lucien.

Me abrió la portezuela del coche y salió. Me quedé unos segundos reflexionando en lo que acababa de decirme: «Ámate». Todo el programa de mi nueva vida se me ofrecía en una bandeja que yo rechazaba instintivamente. Pero más tarde me vería obligado a volver sobre mis pasos y aceptarla, con el fin de reorganizar mi vida.

Entré en mi habitación, que parecía haber encogido, debido a lo mucho que se había ensanchado mi horizonte mental.

Pasé la noche dándole vueltas a todo lo que había visto y escuchado. No estaba en absoluto tranquilo. Me hallaba en una encrucijada:

El ser razonador y pretencioso que hay en mí trataba de sobreponerse y me ofrecía mil argumentos para romper la relación con aquella gente:

«Conserva tu libertad, muchacho. Vas a dejarte liar en un maldito asunto. Si te ven con ellos, todo el mundo lo sabrá, y se irán a hacer puñetas tu reputación y tus recitales... Todo se habrá acabado...».

«Conserva tu dignidad, muchacho. ¿De qué te sirve darle vueltas a tus desdichas? Esa cuarta etapa de la que hablaban ('Hemos procedido valientemente a hacer un minucioso inventario moral de nosotros mismos') es un rompecabezas humillante e inútil. ¿Qué tiene que ver eso con el alcohol?».

«Y luego lo del anonimato... No decir quién es uno, no hacer valer los propios conocimientos, esconder la propia bandera...»

«Y lo de las doce etapas... Ya tengo yo los mandamientos de Dios y los de la Iglesia, y hasta las normas del código de circulación. Ya está bien de encorsetamientos...»

En el fondo, lo que de veras me aterrorizaba era la invitación que se me hacía a verme tal como era, a sacar del fondo de las estancadas aguas todo el fango acumulado en tantos años. *Oh! la la la.*

Afrontar sin el alcohol, sin la ayuda de mi pobre amigo el alcohol, mi vida tal como era, me parecía imposible.

Afrontar la sorpresa de los compañeros: «Pero ¿cómo? ¿Tú no bebes, Lucien?».

Afrontar los cotilleos de la gente: «¿Has visto? Lucien no bebe más que agua... ¡Lo que habrá bebido...!».

Afrontar a mis compañeros de Nancy (Noir es mi amigo; él no dirá nada), que estarán acechándome: «Lucien ha vuelto. Ya veremos cuánto tiempo va a durar esta vez...». *Oh! la la la la.*

Luego mi imaginación, como un péndulo (siempre ha sido igual), me retrotrae a aquella noche con los A. A. Yo no he soñado. Yo os he visto felices, Christiane, Gérard, Pierre... Todos vosotros me habéis dicho que no puede uno librarse por sí solo. Me vienen a la memoria unos versos de Paul Eluard:

*«Nous n'irons pas au but
Un par un mais par deux...»*

(«No llegaremos hasta el final / uno a uno, Sino de dos en dos... »)

Y también la Biblia me lo dice: «¡Ay del solo que cae, que no tiene quien lo levante...!».

Esta alternancia entre la aceptación pacífica y el tenaz rechazo me fatigaba. Era como la cabeza de un pájaro que acechara desde el techo: un movimiento a la derecha, otro a la izquierda..., alejarme de ellos, acero carne a ellos... Atenerme a lo que me dictaba mi orgullo o aceptar que los A. A. tenían razón. ¿Qué hacer?

La bondadosa vigilante de noche, la dulce dama rubia, entró en mi habitación, sin duda porque había visto luz debajo de mi puerta.

- ¿Todo bien, monsieur Lucien?

- Todo bien, madame. Pero estoy nervioso. He ido esta tarde a la reunión de los A. A. Tengo tantas ganas de salir de esto, madame.

-¿Desea usted una píldora de Imménocet, Monsieur Lucien? Se retiró, sonriente y tranquila.

¿Cómo se las arreglan los A. A. para tener paz? Son como yo, pero además tienen paz. ¿Qué hacer? ¿Cómo actuar? ¿Por dónde empezar? ¿Qué había que cambiar? No había respuesta.

Los A. A. me habían regalado el librito marrón antes de irme. Me levanté de la silla y lo encontré en el bolsillo izquierdo de mi chaqueta. En la última página descubrí lo que buscaba:

«Dios mío, dame la Serenidad de aceptar las cosas que no puedo cambiar...»

Al llegar la mañana, la paz se había adueñado del campo de batalla.

Al día siguiente, en lugar del nudo en la garganta y del abatimiento, sentía que podía producirse un nuevo amanecer. Fouquet me preguntó si las cosas habían ido bien en la reunión.

«Sí, doctor, creo que ahora tengo la sartén por el mango.»

No me atrevía a hablar de mi recién estrenada esperanza, porque es difícil hablar del momento en que aún no es de noche ni de día.

Sólo el canto del gallo puede indicarlo.

Llego a la aduana de Ventimiglia. La luz roja de la reserva de combustible se ha encendido. La botella de agua que puso Françoise está vacía y me seduce la idea de tomarme un café.

- ¿Café francés? , me pregunta el camarero (es decir, café largo de agua).

- No, café italiano.

Ha cesado de lloviznar y la temperatura es suave. En las noches serenas, como la de hoy, y en esta autopista de Génova, suspendida sobre las rocas y el mar, las luces de los pueblos y ciudades que rodean el golfo constituyen un espectáculo increíble.

Esa sucesión de túneles y viaductos, de luz y de sombra, luz y sombra (creo que hay más de veinte túneles), recuerdan el espíritu de un A. A. novato: sonrisa, congoja, sonrisa, congoja..., sin solución de continuidad.

Cuando abandoné la clínica de Fouquet (el 4 de abril de 1970) con un tímido «muchas gracias», tenía la impresión de estar iniciando una aventura. No guardo el menor recuerdo del viaje a Nancy, salvo que todo parecía extraño, ajeno. El sol ya no era el mismo; las señales de tráfico las conocía, pero eran distintas. El café en el que tomé una limonada también lo conocía, pero parecía haber sido reconstruido para rodar una película. Los diálogos de los clientes me los sabía de memoria, como los de una película que hubiera visto cien veces. Las calles de Nancy me parecían irreales, como de cartón-piedra. Las personas que hacían cola esperando al autobús tenían los ojos carentes de expresión, deshumanizados, ni airados, ni pesarosos, ni anhelantes.

Mi propia habitación me resultaba extraña. Ni siquiera la correspondencia que estaba encima de mi mesa me interesaba de veras; era para el otro Lucien, el de antes.

6

Los primeros pasos por el mundo nuevo

¿Cómo eran mis días? La verdad es que no eran gran cosa. Iba acostumbrándome lentamente a mi nueva piel de hombre que acaba de acceder a la sobriedad. Miraba las tiendas, cosa que no había hecho jamás. Entraba en los cafés, no en los de antes, en los que me había hundido, sino en otros: cafés limpios, y hasta selectos, donde a uno le reciben con dignidad. Y es que tenía tanta sed de dignidad... Me dediqué a conocer las diferentes marcas de agua mineral y acabé optando por la Badoit.

Escribí algunas cartas a Fouquet en las que le contaba la evolución interna que se estaba produciendo en mí. Fouquet me respondía brevemente y me animaba a proseguir mi reflexión.

Tenía un gran deseo de comprender lo que me había ocurrido. Daba incesantes vueltas a las palabras que había escuchado a los A. A. de Versailles. E indefectiblemente volvía una y otra vez a las últimas palabras de Pierre: «Ámate, Lucien».

Dos meses después, dominado de nuevo por el antiguo frenesí de hacer el bien a los demás, ingresé en la agrupación local de «S. O. S. - Amitié», que acababa de ponerse en marcha. Asistí a algunas reuniones de formación y hasta hice algunas noches de guardia, escuchando a personas que tenían problemas.

Pero no tardé en darme cuenta de que aquello era peligroso para mí, de que volvía a caer en mis manías de jugar al «San Bernardo», con lo que corría el peligro de beber del propio barril, llorando por la suerte de los naufragos. «Amate, Lucien». Tenía que aprenderlo todo acerca de esta sabiduría.

Abandoné igualmente el proyecto de hacer periodismo. Escribí algunos artículos sobre las repercusiones de mayo del 68, pero aquello me producía tal sobreexcitación que tuve miedo de mi afectividad de muchacha y lo dejé.

De hecho, vivía como de puntillas, frágil y vagamente feliz.

¿Y mis amigos jesuitas? No les veía, ni casi hablaba con ellos. Mi corazón estaba en Versailles.

Una amiga A. A. de París a la que no conocía, Cathy, que había abandonado el alcohol hacía 20 años, me propuso ir a pasar unos días en su casa. Con cuatro perras en el bolsillo, me fui para allá.

Ella me presentó a unos veinte alcohólicos anónimos que, de manera invariable, terminaban de contarme su historia con estas palabras:

«Ya lo sabes, Lucien, nuestra enfermedad es para nosotros el principal problema; si se resuelve, se arregla todo.»

Tras una serie de trivialidades, entre las cuales yo solía decir que hay en la vida otras cosas, aparte del alcohol, y que la dignidad del hombre exigía que éste se trazara un ideal y lo realizara..., en fin, ciertas ideas que yo tenía desde siempre, ellos me respondían invariablemente:

«¿Y cómo quieres realizar tus proyectos si no estás sobrio? Es la condición absolutamente necesaria. De todos modos, Lucien, haz lo que quieras.»

Su tranquilidad y su equilibrio me impresionaban. Por su parte, Cathy, impávida y silenciosa durante la conversación, no dejaba de hacer punto.

Una tarde, en casa de Cathy, un hombre y una mujer me dijeron: «Tenemos esta noche una reunión en el Quai d'Orsay. Si quieres venir...».

El hombre conducía, y la mujer, sentada a su lado, contaba algo divertido. Y al sentir su falta de nerviosismo y al sentirme yo tan frágil, tan alejado de ellos, como en la orilla opuesta de un río, experimenté un violento acceso de desánimo. La mujer se volvió hacia mí, vio las lágrimas en mis ojos, tomó mi mano derecha, la colocó sobre su respaldo, puso su mano en la mía y me dijo con una tranquilidad absoluta: «No te inquietes, Lucien. Nosotros también hemos pasado por ahí».

Y yo pensaba: «¿Quién me pasará a la otra orilla?».

A aquella tranquila orilla donde ellos dos parecían hallarse.

Pero el gesto de aquella mujer desconocida parecía responder: «Quédate con nosotros, no nos dejes. Llegarás, sin saber cómo».

Cathy y yo habíamos estado durante ocho días visitando los grupos de París. Cada grupo era muy distinto de los demás, según su situación geográfica y la procedencia de sus miembros, de medios más acomodados o más populares.

En uno de estos últimos (bastante simpático, como los demás), cuando me tocó hablar, dije:

-Me encuentro a gusto aquí, con vosotros. Pero tengo que regresar a Nancy, y allí estaré solo.

- No, no estarás solo -me dijo un tipo enorme e increíblemente amable-. Tu Poder Superior te ha traído aquí esta tarde, 24 horas a la vez. Mañana se esclarecerá. Dios no es débil.

- ¡Ah!, ¿tú eres creyente? ¿Eres cristiano?

Se echaron a reír. Aquel enorme tipo sonreía, y Cathy siguió haciendo punto.

A continuación me explicaron que cada cual concibe ese Poder Superior a su manera, que el catecismo de uno no es necesariamente el de otro. De cualquier modo, cada uno es invitado, en la libertad, a encontrar una Fuerza capaz de transformarlo, a fin de que no muera. Si lo quiere. Y si puede. Me di cuenta, además de que entre los A. A. sólo se habla de ellos mismos. No se habla de política, ni de medicina, ni de la salud, ni del precio del alcoholismo, ni de la insuficiencia de los Poderes Públicos, ni de los perniciosos efectos del «pastis», ni de propaganda antialcohólica.

Porque el trabajo que hay que realizar con uno mismo es ya lo suficientemente titánico como para despilfarrar aún las energías. E indudablemente, es tan difícil cambiarse a sí mismo como cambiar el mundo. Y pretender cambiar el mundo es a veces una coartada para no cambiarse a sí mismo.

Después de aquella semana que pasé con Cathy, volví a Nancy con una serie de certezas: No estás solo, sino que tienes el apoyo de personas que han tocado la felicidad con la punta de sus dedos. Puedes creerles.

Estamos llegando a Génova. Siguen los túneles y los viaductos. A lo lejos se ven las anaranjadas luces de la ciudad.

Los Alcohólicos Anónimos de Versalles y de París me habían dado algunos números de teléfono. Cuando aún me sentía frágil, les telefoneaba al azar, a veces sin acordarme bien de quién se trataba.

Una noche telefono:

-¿Eres tú, Jean?

-¡Ah!, Lucien, Te agradezco que me llames. Me hace mucho bien oírte.

-Estás invirtiendo los papeles. Soy yo quien tiene necesidad de ti.

-No. Llevo todo el día diciéndome a mí mismo:

Ojalá Lucien aguante; está tan solo en su rincón...

Otra llamada:

- ¿Eres tú, Annette? Soy Lucien.

- Un instante, señor. Vaya ver si está la señora baronesa...

-¿Sí, Lucien? Soy Annette.

- Pero ¿tú eres baronesa?

-Anda, dime, ¿qué tal te va?

Parece de novela. Y sin embargo, es cierto.

En otra ocasión fue Cathy quien me telefoneó:

- Lucien, estoy segura de que estás demasiado solo en Nancy. Eso es peligroso al principio, cuando se está empezando a ser sobrio. Harías bien en ir a Estrasburgo. Anímate. Ya telefono yo a Nöelle.

Me: había dicho: «harías bien», cuando yo esperaba una incitación apremiante, tal vez hasta una orden cordialmente imperiosa; tan vivo era mi deseo de que me guiaran. Pero Cathy, como los demás, parecía remitirse exclusivamente a mi autonomía.

Por tanto, era yo solo quien decidía acerca de mi vida. Lo cual era realmente exaltante. Sin embargo, aún no era yo claramente consciente de que mi autonomía estaba todavía por conquistar.

Total, que me fui en coche a Estrasburgo. Me había citado con Nöelle en la fonda de la estación.

Ella me reconoció a la primera entre más de cien personas, y yo también la reconocí a ella. Es algo bastante misterioso. Del mismo modo que al primer golpe de vista puedes saber si dos jóvenes son amigos, compañeros, novios, o si están casados, así también sabes, sin ningún género de dudas, que esa mujer es una alcohólica y que se llama Nöelle

- Buenos días, Nöelle. (Tuve un instante de duda acerca de su nombre, pues la memoria me falló momentáneamente).

-Buenos días, Lucien. ¿Quieres beber algo? (Estaba radiante de alegría).

También yo me sentía dichoso: al fin, alguien de la familia. Entre toda la multitud, Nöelle era mi única pariente.

¿De qué hablamos entre los dos? Siempre de las mismas cosas: de alcohol y de la felicidad, esas dos cosas que, para los A. A., están íntimamente relacionadas, como la palma y el dorso de la mano.

¿Les parece que es poco? Bueno..., pero yo pienso que hay un tiempo para cada cosa. Personalmente, yo perdí la salud y el optimismo tratando de luchar contra el paro, el hambre, la soledad y todas esas cosas. Denme tiempo, por favor, para reponer mis fuerzas.

Y pronto verán lo que un alcohólico sobrio puede hacer cuando por sus venas corre sangre nueva y se plantea unas nuevas exigencias.

¿Que mi vida no es importante? Pues si mi vida no es importante, tampoco lo es la de ustedes. Ni la de los cuatro mil millones de seres humanos. No hay más que tachar de un plumazo la vida de la humanidad.

Durante algunos meses, estuve yendo en coche a Estrasburgo (300 kilómetros) todos los jueves. No falté a una sola reunión, pues estaba absolutamente seguro de que era la única solución.

-«¿Sabían quién eras?»

-Eso no tenía ningún interés ni para ellos ni para mí.

En el grupo, una sola cosa es importante: que cada cual se nutra y tome fuerzas para no morir de soledad y humillación. Todo lo demás es secundario.

Un día fui a ver a mi madre, a quien visitaba con poca frecuencia, por falta de tiempo.

-¿Sabes, mamá?.. He estado muy enfermo... Las he pasado moradas...

Ella, sonriendo, esperaba que siguiera hablando.

-Ya no puedo beber vino. He tenido que someterme a un tratamiento; ahora, las cosas van bastante bien.

Ella seguía sonriendo en silencio.

-En fin, ahora vuelvo a Estrasburgo durante unas cuantas semanas. Y después formaré un grupo en Nancy.

Y le hablé de mis proyectos. Ella no dejaba de sonreír. Y al fin, ¿saben cuál fue lo único que me dijo? No me dijo: «me alegra que estés mejor»; ni me dijo tampoco: ten cuidado de que no se sepa; tienes que conservar tu reputación»-.

Aquella libre y bondadosa mujer, a quien únicamente le interesaba lo esencial, me dijo:

-Muy bien, mi vida; me encanta que ahora puedas tú ayudar a otros.

Aquella mujer dotada de todas las cualidades, a quien yo he visto agacharse en el campo para recoger del suelo una espiga y llevada a casa, porque pensaba que hay que respetar el esfuerzo del segador, no deseaba que mi sufrimiento hubiera sido en vano.

Por el contrario, cuando volví a mi casa de Nancy después de mi segunda estancia en la clínica de Fouquet, un compañero a quien encontré en el pasillo me dijo:

«Hombre, ya has vuelto. ¡Estupendo! Ahora, a olvidarlo y a no hablar más de ello».

¿Ven la diferencia? Mi madre era cristiana de hecho. Este otro, de derecho.

Ahora me gustaría mucho saber cuántos millones de seres humanos han muerto, absurdamente, porque el temor al «qué dirán» y el miedo al juicio arbitrario de los que gozan de salud no le dejan al enfermo sino una única salida: beber, beber, beber... y morir.

Hemos llegado a Génova. Tomo el ramal que lleva al centro de la ciudad. Bordo el puerto, y las redondas portillas de los barcos atracados a mi derecha contemplan el paso del noctámbulo.

No hay tráfico. Los taxis están detenidos en las paradas. Ahora la calle es de dirección única. Avanzo un poco al azar, guiándome por el resplandor que se divisa por encima de los edificios. La calle asciende a medida que se aleja del puerto.

Llego a una pequeña plaza dotada de parquímetros. Detengo el macro de mi R 20 frente a la fachada de un hermoso edificio que, en realidad, no sé qué edificio es.

Me desprendo del micrófono que llevo colgado del cuello y apago el magnetófono. Pongo encima del salpicadero la tarjeta del organizador de mi recital de esta noche: «Kiko Chiarella, Piazza Portello, 1, Génova».

Me como un dátíl y una mandarina.

Salgo del coche. No hace frío, y está lloviznando ligeramente. Se huele la cercanía del mar. Me estiro, flexiono las rodillas y enciendo un cigarrillo mientras camino por la acera. Lentamente voy tomando posesión de la gran ciudad que ya me ha recibido cuatro veces en 15 años.

Un letrero luminoso ilumina de azul la pequeña plaza intermitentemente: «Hotel Metropoli».

En el momento en que vuelvo a entrar en el coche diviso un cartel redactado en cinco idiomas, fijado a la pared del hermoso edificio: «Estacionamiento gratuito para los vehículos extranjeros». La noche acaba estupendamente.

Despliego una enorme manta de áspera lana y doblo mi chaqueta, que me sirve de almohada. Dejo dos centímetros de abertura entre el cristal y el marco de la ventanilla.

Radio Montecarlo está emitiendo la canción de Bourvil, «Un naranjo en suelo irlandés».

En el cuentakilómetros, 1.190 kms. En el reloj, las seis menos veinte.

Buenas noches, amigos A. A. de Nancy: Bernard, Suzanne, Marc, Jean-Marie, René, Jeannette, Paulette, Jean-Pierre, Bob, Christiane, Juliette y los demás. Tengo ganas de recitaras mi más hermosa canción:

*«Quand la Terre est grosse de chagrins nouveaux,
J'arrête ma vie vagabonde
Qui court aux quatre vents du monde.
Quand la Terre est grosse de chagrins nouveaux,
Pour consoler sa lassitude
Je dors contre elle sur la dure.
Je mets l'oreille contre terre,
j'entends le Libera des morts.
Fils de la Terre tourne en poursiere
Ses rêves d'or chantent encor.*

*Quand la Terre est grosse de chagrins nouveaux,
Je mets l'oreille contre Terre
Comme autrefois contre ma mère.
Quand la Terre est grosse de chagrins nouveaux,
j'entends sur sa poitrine ronde
Qu'un Nouvel Homme vient au monde.»*

(«Cuando la Tierra está preñada de nuevos pesares, / detengo mi vida errante / que corretea a los cuatro vientos del mundo. / Cuando la Tierra está preñada de nuevos pesares, / para mitigar su cansancio / duermo sobre el suelo, pegado a ella. /

Aplico mi oído a la tierra / y escucho el ‘Libera me’ de difuntos. / El hijo de la Tierra regresa al polvo / sus sueños de oro siguen cantando. /

Cuando la Tierra está preñada de nuevos pesares, / aplico mi oído a la Tierra / como antaño lo pegaba contra mi madre. / Cuando la Tierra está preñada de nuevos pesares, / puedo oír en su redondo pecho / que un Nuevo Hombre viene al mundo»).

Buenas noches, Françoise; buenas noches, mi fiel señora. Que tenga usted un hermoso día.

La subida

El recital ha ido bastante bien. La sala «Margherita» es una hermosa sala, fácil de sonorizar. El técnico, el señor Radomir, me ayudó a colocar los cuatro HP en los lugares apropiados y a regular el balance de graves y agudos.

Por la tarde he pasado por la RAI (televisión italiana) para hacer un «flash» publicitario. Después me han entrevistado unos periodistas de «Il Lavoro».

En el recital, una intérprete profesional ha traducido inteligentemente todo cuanto yo tenía que decir. ¿Cómo se llamaba...? ¡Ah, sí!, Aurora.

Después del recital he estado con una docena de amigos tomando un café en un bar bastante acogedor. La señora Chiarella me ha puesto una bolsa con provisiones en el asiento delantero y dos botellas de agua mineral.

Kiko y su mujer han ido delante de mí para indicarme el acceso a la autopista.

-Ten cuidado, Lucien, a 40 kilómetros está la bifurcación Torino-San Remo; tienes que tomar la dirección de San Remo.

-Perfectamente, Kiko.

- Han anunciado nieve en la parte Este de Francia y en Bélgica.

- No importa, Kiko. Muchas gracias a los dos. Y buenas noches.

Y ya está. Al cabo de veintitrés años, y después de 2.000 recitales, siempre es lo mismo. Tomo el camino de vuelta atiborrado de amistad.

He vuelto a colgarme el micrófono del cuello. He puesto pilas nuevas en el Nakamiski y llevo seis cassettes nuevecitas en la bandeja delantera.

«¿ No es un engorro tener que controlar el magnetófono?»

-No. Cuando el indicador rojo se pone a parpadear, aún quedan cinco minutos de grabación.

-¿Y hablas sin parar?

-No. Cuando dudo, o cuando trato de encontrar las palabras adecuadas para explicar algo, me basta con tocar levemente una tecla de pausa provisional.

Hay poco tráfico en la autopista. El viento del Norte es menos fuerte que ayer. La luna, en cuarto menguante, se encuentra al Este, encima de Génova, y a veces la veo por el retrovisor. Y constantemente a mi izquierda, cuando no estoy en un túnel, Rigel y Betelgeuse juegan a las cuatro esquinas en la constelación de Orión. Es algo hermosísimo. Al lado de Orión, la Cruz del Sur, de magnitud cero.

8

La verdad cura

Mientras iba saliendo del infierno alcohólico, constaté una serie de cosas:

Mi valor no había servido de nada. Porque yo tenía valor..., no vayan ustedes a tomarme por un cobarde, por favor. El niño que volvía de la escuela cuando hasta los pensamientos se helaban, en aquellas noches oscuras como boca de lobo, tenía valor. Y también lo tenía el hombre. Cuando di tres grandes recitales en el Palais de Chaillot, a beneficio de los hijos de los «fellagas» muertos en Argelia, yo tenía valor. Es preciso reconocerlo. Pues bien: el valor no sirvió de nada.

Tampoco la violencia contra mí mismo sirvió de nada. ¡Cuántas veces me habré dicho a mí mismo, apretando los dientes: «Pedazo de idiota, ¿te vas a detener o no?»...! Ha habido otros que, en un acceso de violencia, se han cortado las venas o las arterias del cuello. En vano.

Ni tampoco las lágrimas sirvieron de nada, absolutamente de nada. Si hay un remedio inútil, es éste. «Llore usted sin miedo..., eso le hará bien...» ¿A quién demonios le hace bien? A quienes le ven llorar y bendicen a Dios por no ser iguales a él.

La pasta... Tampoco me sirvió de nada la pasta, más que para dejar caer distraídamente unas monedas sobre las rodillas de un mendigo, al ir a echar un trago. Pero aquello no servía para volver a ponerme la cabeza en su sitio.

Ni el orgullo me sirvió de nada, sino para ocultarme un poco mejor, para que no me sorprendieran bebiendo a gollete de la botella (incluso el «pastis», desde luego). ¡Cuántas veces me habré dicho a mí mismo: «Repórtate..., no dejas de ser Lucien para millones de personas»...! Pero de nada me han servido esos arranques de orgullo.

Como tampoco me ha servido de nada la imeligencia, como no fuera para comprender, antes de conocer a Fouquet, que estaba precipitándome a la muerte. Y después de conocer a Fouquet, que estaba lanzándome de cabeza a la muerte por causa del alcohol.

¿Y para qué servían las promesas a Dios y a los santos, si sabía que no era capaz de cumplirlas?

O la oración... Ni siquiera la oración me sirvió de nada, a no ser para ayudarme a aceptar la solución, la salida. Hoy sé que Dios no trabaja solo, sino que se sirve de los brazos de mis hermanos los hombres.

No estoy tratando de despertar compasión, ni estoy lamiéndome mis heridas. Únicamente constato que ya nada servía de nada. Y que yo senda que iba a morir.

En la primera reunión de Versalles, por el contrario, supe, de un modo experimental, que podía detenerme. Y sobre esto resulta difícil porfiar, a menos que sea uno persona de cortos alcances o de mala fe. Aquel era para mí el único camino de salvación.

Por eso seguí yendo a Estrasburgo.

Después de algunos meses de andar yendo y viniendo a Estrasburgo, llegó un día en que sentí ganas de hacer partícipe de mi experiencia a un alcohólico de Nancy.

Recordé que una señora me había escrito una carta en la que se reconocía alcohólica. Por entonces yo la había contestado con otra carta tipo «sermón», en la que traté de quedar como un «profesional» competente. Pero, transformado por mi experiencia, volví ahora a escribirla: «Señora, si aún padece usted el problema del que me hablaba hace cuatro años, tal vez yo tenga una solución para usted».

Fui a verla y le dije cuanto sabía acerca de la enfermedad, y le hablé de Fouquet, de Versailles, de Estrasburgo... Pero hablé con tanto entusiasmo que (como ella misma, sonriendo, me diría más tarde) le causé la impresión de ser un pobre exaltado.

Que yo era un alcohólico y que me había «desenganchado», también lo vio, porque ella era prodigiosamente intuitiva. Y puesto que yo me había «desenganchado», supo que también ella podría hacerlo.

Los alcohólicos tienen tal deseo de «desengancharse» que se aferran como locos a la menor esperanza que pase por delante de su puerta. Así de simple es el método de los A. A., que no se dirige a la razón, sino que se apoya en el instinto vital. Un misterio.

Hasta el punto de que, aun cuando haya muerto el deseo vital de felicidad, se despierta casi siempre cuando otro enfermo le ofrece una imagen dichosa suficientemente cercana. Ya digo que es un misterio, pero es un hecho.

Por lo demás, fue de este modo como el doctor Bob y su amigo Bill, ambos alcohólicos, olvidándose de la manía razonadora de su época, iniciaron la cadena de los 40.000 grupos que congregan hoy 1.600.000 Alcohólicos Anónimos. Es humillante..., es maravilloso..., es así.

Cuando un enfermo que sigue bebiendo desea saber en qué consiste el método de los A. A., suele quedar decepcionado por nuestras explicaciones. No comprende «cómo eso puede ayudarle». Y yo siempre le respondo: «Yo tampoco lo comprendo... Pero sigue intentándolo. Ven a verlo. Ven *para* verlo».

Ante un enfermo, los A. A. no pierden el tiempo en razonarle acerca de la posibilidad teórica de su «resurrección», sino que le invitan a mirar, a tocar con sus propias manos las cicatrices aún frescas de ellos mismos, de los A. A.

Por lo que a mí, Lucien, se refiere, las razones que me llevaban a morir no se hallaban en la razón, como tampoco se hallan en la razón las razones que me han hecho revivir.

La salvación de los A. A. pasa por los ojos y los oídos. No creemos sino lo que vemos y oímos. Del mismo modo que la enfermedad no es razonable, tampoco lo es la curación.

«¿Dónde tenías tus reuniones con Thérèse?»

-En un café: el Café des Ombelles, en el Haut-du-Lievre, en Nancy.

Sí, en medio de la gente, que discutía en voz alta junto al mostrador, que bebía a base de bien, que jugaba a las máquinas a nuestro alrededor.

Nosotros no éramos más que dos alcohólicos sobrios, pero lo tomábamos tan en serio como si fuéramos veinte. Yo sacaba el librito marrón que me habían regalado en Versailles, y la reunión comenzaba,

«¿Entre vosotros dos?»

-Sí.

-Tiene gracia...

-Lo digo en serio.

Luego la invitaba a que comentara la primera etapa: «Me siento impotente ante el alcohol y he perdido el control de mi vida». Y yo explicaba lo que ya he contado acerca de mi hundimiento.

«¡Pero no hay necesidad de contar todo eso!».

Naturalmente que sí. Yo tenía necesidad de contarlo, a fin de librarme de una vez de los hechos del pasado que interferían y perturbaban el presente. Mi costumbre de beber de la botella; mi preocupación por evitar el crujido de aquel peldaño; la manera en que me ventilé una caja de vino de Alsacia en 48 horas; cómo echaba la culpa a otros de los abollones del coche; cómo buscaba a las tres de la mañana el coche, que no sabía dónde lo había estacionado; cómo, una vez en el coche, hacía propósitos de reformarme...

«Pero ¿de qué sirve contar todo eso?»

-Sirve para reírse juntos de ello. Sirve para curarse de ello. Sirve para curar la vergüenza.

-¿Se reía Thérésè?

¡Que si se reía...! Y yo también. Mientras se lo contaba, imitaba el chirrido que hace la caja de cambios cuando no entra, bien una velocidad. Las personas que estaban allí libando su «pastis» junto a nosotros, nos miraban atónitas. Porque yo me ponía de pie e imitaba con toda mi figura lo que estaba contando, haciendo, por ejemplo, como que trataba de poner mi mano, sin conseguirlo, en la barandilla de una escalera imaginaria, y todas esas cosas...

Recuerdo que una vez, cuando el camarero nos trajo el tercer café, nos dijo:

-Parece que se divierten ustedes...

- ¡Oh, sí! Somos alcohólicos arrepentidos.

Bienaventurados los que no se toman a sí mismos en serio, porque nunca acabarán de partirse de risa. Bienaventurados los que son capaces de no tomarse en serio sus desgracias, porque ello les ayudará a soportarlas.

En otra ocasión le conté a Thérésè algo que me sucedió en la Universidad de Detroit:

Me levanto una noche para ir al frigorífico a por una botella de cerveza. Desciendo por la monumental escalera rozando con los dedos la balaustrada y conteniendo la respiración, de lo hostil que resultaba el silencio. Al llegar abajo, me doy cuenta de que la gran puerta de cristal no tiene picaporte al otro lado y que, al ser una puerta de resorte, se cerraría fatalmente en cuanto la soltara. Y no habría manera de abrirla desde el otro lado... (Thérésè empezaba a sonreír; se conoce que aquello le recordaba algo a ella). Entonces pongo una de mis zapatillas como tope, para impedir que la puerta se cierre. Bien. Me dirijo despacio al inmenso frigorífico, saco de él una botella de cerveza... y de pronto veo algo que me pone los pelos de punta: un pequeño gato gris, que no sé de dónde había salido, se pone a jugar con la zapatilla (Thérésè comienza a contener sus carcajadas, espirando el aire por la nariz convulsivamente. Yo intento llamar la atención del gato: chsss, chsss, chsss... Pero el gato es de casa y no se inmuta. Entonces corro hacia él, tratando de combinar la rapidez con el sigilo. L tomé en brazos y tuve que sostenerlo firmemente para poder beberme la botella en paz.

Resulta beneficioso contar este tipo de historia trivial, porque, una vez contada, ya son dos los que la sobrellevan.

«Pero, en el fondo, esta primera etapa ¿es una especie de confesión?»

No, porque en una confesión, el confesor nos juzga. Tiene que juzgarnos necesariamente, porque se encuentra en el tribunal de la Penitencia. Y uno se ve obligado a sentirse avergonzado, porque el señor cura por definición es un hombre santo.

En una confesión se dice casi siempre el mal que se ha hecho; entre los A. A. se dice sobre todo, el mal que se hace.

Le conté también a Thérèse la siguiente historia en la que no hice mal a nadie, salvo a mí mismo:

Me encontraba de vacaciones en los Alpes. Una tarde fui a beber unas cervezas a unos cuantos kilómetros de donde residía. Estuve charlando con el dueño del bar sobre un asunto importante para el futuro de la humanidad. Como siempre. Hacia medianoche, de regreso a Saint-Gervais, rocé una roca con la aleta derecha del coche.

Al día siguiente por la mañana, me dijo mi amigo: «¿Has tenido un accidente esta noche?» «No» le respondí... Pues la aleta derecha del coche está abollada». «Habrás sido uno de esos jóvenes que tienen la costumbre de tomar prestados los coches de los demás...». «Pero si he encontrado las llaves en el suelo junto al coche...». No supe qué decir.

La verdad es que en toda esta historia yo no hice mal a nadie. Sin embargo, me siento culpable de haber traicionado mi ideal de la amistad. Thérèse, que me mira con aire impávido y maternal como el mar (no en vano es bretona), lo nota perfectamente.

Pienso que quienes tienen el valor de contar todos estos naufragios íntimos, pueden inmediatamente hacerse de nuevo a la mar a velas desplegadas.

Si me aferrara a cosas tan deteriorables como la reputación, la decencia, la vanidad o la honorabilidad, ya estaría muerto, aplastado por el peso de mi necedad y con todas esas joyas de bisutería en mi ataúd.

Lo de «me siento impotente ante el alcohol» requiere a veces varios meses para llegar a admitirlo. Meses plagados de muchos buenos propósitos y de muchos fracasos.

Imaginemos (aunque es muy verosímil) a una mujer que dice:

«Vengo a esta reunión, aunque no soy alcohólica. Pero mi médico me ha dicho que viniera. Me ha explicado que tengo un metabolismo deficiente, pero que lo único que hay que hacer es cambiarlo. Me ha explicado también que soy una persona nerviosa, pero que eso se arregla con píldoras para los nervios. Además, si soy nerviosa, es por culpa de mi marido, que no deja de vigilarme. Él me dice que bebo demasiado, pero lo cierto es que no bebo más que él. Incluso los niños están de su parte y salen zumbando en cuanto yo les llamo; pero es mi marido quien los predispone contra mí. Y ya comprenderán que eso es duro para una madre. Es verdaderamente desmoralizador tener a todo el mundo en contra». La mujer puede estar hablando así durante una hora, durante un mes o el tiempo que haga falta, porque le horroriza la palabra y la realidad misma del alcoholismo.

La actitud del grupo es siempre de silencio, de paciencia, de serena amistad. Incluso cuando es evidente la mala fe. Será preciso que la enferma descienda aún algunos peldaños en la angustia. Forzosamente.

Es distinto el caso de quien se presenta por primera vez y dice: «Estoy atrapado. No puedo dejar de beber. Yo tengo una serrería, ¿saben? Pues bien, hace ocho días encontré encima de la sierra un pedazo de cartón en el que mi mujer había escrito con grandes letras: ‘Si vuelvo a encontrar una botella, me divorcio’...». El caso de Raymond fue pan comido. Dejó de beber inmediatamente. De esto hace ocho años.

En otros casos es la palabra «alcohólico» lo que no se digiere; «Me llamo Claude y estoy enfermo». Lo de «enfermo» le resulta pasable; lo de «alcohólico» no lo traga en absoluto. Pero tendrá que acabar familiarizándose con la palabra, y aquel será un día de fiesta para todos.

A Thérèse, lo de que «yo soy alcohólico» se lo dije al principio con una especie de rabia irónica pero más tarde lo decía con toda tranquilidad, porque era cierto. Porque ello servía para sanar una herida. Porque me hacía bien.

En Nancy asistí a una pequeña tertulia en un café adonde habían ido unos tipos del tercer programa de televisión a charlar sobre los programas regionales. En el momento de brindar, vi un medio de cerveza delante de mí. «¿Un medio? -dije-. No, gracias. Yo no bebo; soy alcohólico», No hice otra cosa que enunciar con toda sencillez un hecho. Pero todo el mundo se rió, pensando que era una broma. Entonces yo se lo expliqué, y ellos se mostraron interesadísimos. Y es que no es ninguna tontería ver a un alcohólico despojándose de su coraza.

Algunos alcohólicos han sido tan maltratados por la Vida, por la educación recibida y demás, que ya no pueden confiar en nadie. Ni siquiera en otro alcohólico. Entonces se amurallan en su hermético infortunio. Afortunadamente no es frecuente el caso.

Otros tienen tan dañado el cerebro que ya ni siquiera saben que están enfermos. Acuden dos o tres veces, conducidos por su mujer, pero luego desaparecen del mapa. También este caso es infrecuente, a Dios gracias.

9

La pasión por salvar a otros

Al cabo de dos meses, tanto Thérèse como yo sentimos el deseo de que se nos uniera un tercer enfermo.

Pensábamos que sería fácil, porque sabíamos que, en una población de 230.000 almas, habría unos 18.000 alcohólicos. No sería un problema dar con uno de ellos.

Habíamos oído decir que el taxista del taxi n° 210 era alcohólico. Entonces nos pusimos a buscarlo como un par de fanáticos proselitistas. Y acabamos encontrándolo en el restaurante de los taxistas, frente al Hospital Central. A través de la cristallera vimos al 210 masticando su estofado de vaca. Comía y bebía; pero no bebía más de lo que comía. Thérèse y yo nos miramos, y nos pareció absurdo molestarle.

Otra vez nos dijeron que un relojero era alcohólico. Fuimos a verle. Hablamos de relojería. Tomamos un café, hablamos del alcoholismo, nos sopesamos mutuamente y nos fuimos.

Thérèse y yo aprendimos algo: que un enfermo no viene a nosotros sino cuando ya no puede aguantar. Pero este momento sólo él lo conoce.

Como prueba, valga el siguiente episodio: Acudí a Pont-à-Mousson a ver a un enfermo, a instancias de su hermana. El enfermo se encontraba con su madre, la cual me ofreció un café. Entonces yo conté mi vida de alcohólico. Sentí que ella no lo entendía, ni él tampoco. Pero al menos aceptó acompañarme a la reunión.

En el momento de partir, su madre le gritó: «¿Y tu gorra? ¡Ponte tu gorra nueva!». Él se encogió de hombros y echó a andar. Pero su madre fue corriendo detrás de él, le alcanzó y le encasquetó su nueva gorra. ¡Una gorra nueva cuando iba a morir! Pero él se dejó hacer, como si fuera un bebé. Eso sí, un bebé de 40 años que era enlace sindical. Una vez en la reunión, dijo: «Aquí se habla demasiado del alcohol». Para él, la opción ya estaba tomada. Ya estaba muerto. Murió efectivamente dos meses después. ¿Por qué quieren ustedes que yo llore? Si soy impotente frente a mi alcoholismo, lo soy aún más frente al alcoholismo de otros. Eso sí, sentí rabia contra su madre, porque comprendí que ella no había acostumbrado a su hijo a tomar su vida en sus propias manos.

La única condición para hacerse Alcohólico Anónimo es el deseo de dejar de beber. Pero ¿es tan obvio este deseo? No, ni mucho menos:

Fui a ver a Noël, un hombre de 40 años.

- Buenos días, Noël. Tu mujer, que te quiere mucho, me ha dicho que tenías problemas con el alcohol...

- ¿Yo? Bueno, sí..., quizá tenga problemas con el alcohol, pero también tengo voluntad, ¿sabes?

- Tanto mejor. Yo, personalmente, no era capaz de dejar de beber. Entonces fui a ver a los A. A.

-¡Ah, sí! Pero yo tengo voluntad, sí..., ya lo creo... (y se apretaba el bíceps, mientras me lo mostraba).

-Eso sí es verdad --decía su mujer-, tiene voluntad, señor.

Noël tuvo un accidente en las Ardenas con su camión-cisterna. Acudí a verle de nuevo y le dije que también yo había tenido problemas con mi Peugeot 403.

«Son cosas que pueden suceder -me dijo-, pero yo tengo voluntad.»

Tuvo luego otro accidente con su coche, un Peugeot 204. Después se compró una bicicleta y chocó contra un pilón. Más tarde se cayó sin necesidad de bicicleta. Hoy está en el hospital, con problemas de circulación en el cerebro. Ya no me habla de voluntad, porque ya no me reconoce.

A veces, el deseo de dejar de beber no se ha producido. Otras veces ha desaparecido ya. Y otras veces, por último, ni siquiera llega a producirse el deseo. Paz, pues, al pobre cuerpo de Noël, que ya estaba hartado. Paz a su alma, partida hacia la serenidad. Misterio.

Habíamos hecho, pues, diversos intentos infructuosos por encontrar a otro enfermo que hiciera el camino con nosotros. Desde la orilla en que yo me encontraba, me resultó tremendamente desasosegante ver como sus vidas derivaban hacia un gigantesco e incontrolable remolino y no conseguir oír las palabras que habrían podido salvarles: «Bebo demasiado, ¡ayúdame!».

Afortunadamente, vino a nosotros un hermano, al cabo de tres meses de búsqueda. Vivía a unos quince kilómetros.

«La asistencia social me ha avisado de vuestra visita ¿Queréis que os prepare un café? Yo voy a hacerme un Ricoré» (aún sigue tomando Ricoré, que es un compuesto soluble de achicoria).

Observamos que se había puesto guapo, que se había peinado con esmero, se había puesto una bonita camisa blanca y se había afeitado a conciencia. También observamos que sus manos temblaban mientras se preparaba su Ricoré.

Una vez que se hubo sentado y nos dijera: «Bueno, a nuestra salud...», vi que sonreía de un modo anormalmente relajado. Y yo no sabía por qué.

Nos escuchaba sonriendo y hacía preguntas inteligentes. Thérèse también le hacía preguntas a él, que respondía con franqueza:

-¿Bebes solo, Charles?

-Sí.

-¿Tienes botellas aquí?

Nos mostró su escondrijo, sin dejar de sonreír.

-¿Vives solo?

- Sí.

- ¿Y escondes las botellas de ti mismo?

-Soy un bicho raro, ¿verdad?

Su sonrisa era un enigma. Yo no sabía qué pensar. Fue en el momento de despedimos cuando, mientras me estrechaba la mano, me dijo en voz baja:

«El cielo está rojo». Tras unos segundos, respondí:

«Va a hacer buen tiempo»>. El añadió: «Niza, 1959». Se le veía a la vez emocionado y divertido.

Una vez en el coche, le dije a Thérèse: «Son los primeros versos de una canción mía (*Le ciel es/ rouge. Il fera beau*) que él escuchó en un recital que di en Niza en 1959.

Ahora, pues, ya éramos tres a decirnos que nos sentíamos impotentes frente al alcohol, pero que íbamos a salir adelante.

Al evocar ahora aquel final del año 1970, consulto una libreta y veo en ella las ciudades en las que di recitales. Todos fueron en Francia, porque no deseaba alejarme demasiado de mis dos nuevos amigos.

Fue aquella la época en la que, durante los recitales, decía yo algunas palabras acerca de la enfermedad del alcoholismo. Los que entonces asistieron a mis recitales comprenderán ahora por qué hablaba de ello. Cuando regresaba de mis giras, pensaba en ellos sin cesar. Y acudía muy temprano a despertar a Charles para saber qué tal le iba. Dejaba la cocina con la luz encendida durante toda la noche, como una invitación a que subiera a despertarle al pasar por delante de su casa.

Encuentro también en mi libreta las direcciones de hombres y mujeres que nos pedían que fuéramos a hablarles de la enfermedad de sus respectivos cónyuges. Esta clase de visitas es peligrosa, porque se corre el riesgo de perder la serenidad, dado que en tres horas apenas hay tiempo para hacerse una idea exacta de la situación. Y dado también que, a veces, el cónyuge no enfermo intenta, por encima de todo, que se reconozcan sus méritos («Mi pobre señora, que mérito tiene usted, con semejante marido y tres hijos...»). Suele ser cierto aquello de que «entre padres y hermanos no metas las manos».

A nuestras reuniones, de las que ya empezaba a hablarse en la ciudad, acudían a mariposear enfermos en busca de la luz. Nosotros no podíamos darles otra cosa que nuestra frágil experiencia. Dinero no teníamos ninguno de los tres, y quienes venían buscándolo no volvían. Pero valor sí que teníamos. Y la determinación de salvamos mutuamente era absolutamente fantástica. Nos defendíamos unos a otros con uñas y dientes cuando alguno se encontraba en peligro. Y lo hacíamos sin reflexionar, por instinto. Una muestra:

En cierta ocasión, un alcoholico, que había hecho una pequeña tontería antes de conocernos, debía hacer frente a un juicio. El defensor apeló a nosotros en calidad de testigos. Y yo, que era el más hablador, tomé la palabra en nombre de mis compañeros: «Señoría: Jacques, a quien hoy se está juzgando aquí, es un enfermo alcoholico, como yo (dije mi nombre). Si su Señoría no deja en suspenso la sentencia y le manda a la cárcel, no podrá mejorar; lo que hará será hundirse aún más en su enfermedad. Pero si su Señoría le permite quedarse con nosotros, se convertirá en un hombre decente y en un ciudadano útil. Permítame referirle, Señoría, en qué consiste la enfermedad del alcoholismo...».

Jacques fue dejado en libertad. A la salida del juicio, el abogado vino hacia nosotros: «En mi vida había visto nada parecido. Le felicito». Cuando nos dio la mano, noté que estaba emocionado; y es que era la primera vez que aquel hombre veía a alguien poner su propia reputación en la balanza de la justicia por el solo placer de conservar junto a sí a un hermano. Lo que él no sabía es que aquel tarambaina me era necesario a mí mismo para sobrevivir.

Porque, efectivamente, si permanecemos juntos, estamos salvados. Y si nos separamos, morimos. Es la experiencia la que nos lo enseña.

Permanecemos juntos no tanto para hacer el bien a los demás, cuanto para hacernos el bien a nosotros mismos.

No se acude a los Alcohólicos Anónimos para hacer bien a otros, para complacer a la mujer, para que los hijos sigan teniendo un padre, para darle gusto a Dios o para salvar el honor de la Compañía de Jesús. Todo eso no es suficiente. En realidad, uno se une a los Alcohólicos Anónimos para no morir; y punto, eso es todo.

La fuerza del alcohol era tan violenta en mí (en nosotros) que yo no podía combatirlo sino con una fuerza aún mayor, más primaria, más violenta: el amor a mí

mismo. Una fuerza pagana, animal, precristiana... lo que ustedes quieran; pero era la única que podía impedirme beber.

Cuando fuimos a defender a nuestro amigo ante el tribunal, ¿lo hicimos por él? Ni hablar; y lo siento mucho si a alguien le disgusta, pero lo cierto es que, al menos en mi caso, yo fui por mí, para que el grupo siguiera existiendo; porque, sin el grupo, yo moriría.

En otra ocasión, en Nancy, al comienzo de mi sobriedad, la cosa fue aún más dramática. 150 asistentes sociales debían discutir acerca de los medios de que disponía la sociedad para defenderse de los alcohólicos (en un momento se pronunció la palabra «rabiosos»). Me di cuenta entonces de que había dos clases de posturas frente al problema por parte de los que no son alcohólicos:

Los que dicen: «¡No hay más que encerrarlos!; ¡no hay más que ponerles la camisa de fuerza!; ¡no hay más que pincharles!...» . No-hay-más-que, no-hay-más-que, no-hay-más-que...

Y por otra parte, los que, por fortuna, intuyen que la realidad de la enfermedad es más compleja, lo mismo que las soluciones; que la camisa de fuerza no es un remedio apropiado; que tal vez la sociedad y el otro cónyuge también tienen su parte de culpa. He de reconocer que, con mucho, este segundo grupo era más numeroso.

A mí me habían dado tan sólo una hora para hablar. Y tenía tantas cosas que decir que lo hice bastante desordenadamente.

«Yo soy un enfermo. Pero no soy malo por el placer de serlo. He sido agresivo contra ustedes, pero también lo he sido contra mí. He conducido mi automóvil demasiado deprisa, pero suelo respetar la vida, especialmente la de ustedes. He sido arisco, pero sin disfrutar con ello, etc.».

La casi totalidad de las mujeres asentían con la cabeza: «Lo que usted dice es justo». Una de ellas preguntó: «¿Cómo puede curar su método?».

«Aún no lo sé muy bien; sólo hace seis meses que soy sobrio, pero aprenderé. Todos los viernes nos ejercitamos en tomar conciencia del mal que hay en nosotros. Y del mal que hemos hecho. También volvemos a aprender a ser felices, a ser como es debido. Pero es un proceso largo y difícil.»

Se produjo un gran silencio en la sala, donde se palpaba un sentimiento de amistad y de comprensión (si exceptuamos el caso de una mujer sumamente áspera y rencorosa, que es algo que un alcohólico, sensible como un adolescente, detecta enseguida). Había mucha gente que me conocía, pero esto a mí me tenía sin cuidado. Yo estaba poseído por un deseo rabioso de convencer: «¡Comprendan, por favor, que somos enfermos!».

- ¡Diga más bien que les conviene estar enfermos...!, profirió la citada mujer.

- No, a nosotros no nos gusta más que a ustedes sufrir y hacer sufrir.

-¿Y qué dice de todo esto su mujer? (pensaba que me iba a poner en un apuro, pues ella sabía quién era yo).

-Yo no estoy casado; pero tengo a mi hija, Pascale, que me ha perdonado hace mucho tiempo.

Al acabar la reunión, una sobrina mía (asistente social en Remiremont) me dijo: «Has estado estupendo, tío». Mientras, la dichosa mujer iba de un grupo a otro tratando de armar gresca: «¡Es escandaloso, se lo digo yo, verdaderamente escandaloso!».

-¿Qué es lo que hay de escandaloso, señora? Decididamente, esta enfermedad no hace más que suscitar odios.

Desde los primeros meses, una cosa se me había manifestado con bastante claridad: no resulta fácil repartir las culpas de esta enfermedad. Pero hay montones de personas que tienen su parte de responsabilidad en este mal, que ya se ha hecho colectivo:

El propio -enfermo, que cede a la tentación de lo fácil para calmar su malestar. Su cónyuge, que le trata con dureza. La familia del enfermo: la madre, que no supo transmitirle suficiente coraje; el padre, que tal vez le indujo a adoptar una profesión que no le gustaba; los parientes, que le ayudaron a contraer un humillante estrabismo. Las personas y cosas que han ejercido influencia sobre el enfermo: el cura del pueblo o de la parroquia; el propio pueblo, con sus chismorreos; los vecinos; los sargentos, brigadas y demás, durante la «mili»; la obsesiva publicidad del «pastis»; el debilitante ambiente de la época; los rumores de guerra que turban su paz; la atosigante política tributaria; su propia profesión, que le asquea; el paro, que acaba con su alegría de vivir; el consabido tipo duro que se dedica a humillarle; la injusticia de las leyes; la altanería de la administración; el comerciante que le ha estafado; el tabernero que le ha cobrado una copa de más (a mí me ha sucedido...); su mujer, que no le lava la ropa de trabajar; su santurróna mujer (otra vez), a quien no le gusta hacer el amor; la insoportable asistente social; el coche del vecino, que se mofa de su «mobylette»; el médico, que le ha palpado el hígado y no ha dicho una palabra; el arquitecto que ha construido la conejera en la que vive; las estruendosas y costosísimas lanchas motoras, que insultan a su humilde embarcación; los «condecorados», que humillan su propia humildad; los guerreros, que espantan a la paloma de la paz ... Todos los que infestan la Tierra.

Mi querida señora escandalizada, tenga usted la honradez de reconocer que también usted tiene su parte de responsabilidad en el pecado de su tiempo.

El dominio de los sentimientos

Seis meses de sobriedad. Seis meses durante los cuales doy demasiados recitales y lo tomo todo excesivamente a pecho, con excesiva fatiga nerviosa, con excesiva pasión por hacer que funcione el grupo. Una vida demasiado agitada.

En tales condiciones, basta cualquier motivo para hacerme retornar a la bebida: un fusible que salta durante un recital; una avería mecánica en la carretera; el lancinante pesar por no haber estado correcto con un compañero, por haberle dicho algo desagradable; un tipo que me pega un empujón en unos grandes almacenes y no me pide perdón; un hombrecillo de labios finos que me mira irónicamente durante todo un recital...

En suma, es preciso que tome conciencia de todas estas futilidades y que las diga. Es preciso un mínimo de conciencia de sí. Es preciso prestar cierta atención a la música del propio corazón. Y cuando la melodía se vuelve triste, hay que decirlo.

Pero no sólo las tristezas son peligrosas. También lo son las excesivas euforias.

El 26 de noviembre de 1974, jueves, finalicé en Reims una gira en la que di cinco recitales. Hacia las seis de la tarde me dirijo a cenar al restaurante de la estación. El camarero me dice: «Yo le conozco: usted es monsieur Lucien. ¿Quiere usted cenar, maestro? (el camarero era italiano). Yo le serviré. Será sólo media hora». Yo me sentía dichoso y tenía hambre.

Observo entonces un cartel en el que se anuncia: «*Choucroute* de la casa. Pídalo. Le obsequiamos con un vaso de cerveza gratis».

Me digo a mí mismo, inocentemente, que una *Choucroute* me irá bien; que la *Choucroute* es apetitosa, nutritiva y ligera, con lo que la digestión no me impedirá dar un hermoso recital. Pero que no es serio tomarse una *Choucroute* sin un vaso de cerveza. Que un vaso de cerveza no puede hacer daño, sobre todo si se ha trabajado duro durante toda la semana. Y heme ahí, haciéndoseme la boca agua mientras imagino la espuma que chorrea a lo largo del empañado vaso. Durante media hora no pienso en otra cosa. Como un perro dando vueltas alrededor de un erizo. Hasta el momento en que me despierto.

- ¡Camarero, una *Choucroute*. Y una Perrier!

- Enseguida, maestro.

Otro peligro de recaída consiste en decirse a sí mismo: «Tal vez no seas un alcohólico». Incluso después de ocho meses de sobriedad, te asalta la idea de que, bien mirado, no eres tan diferente de los demás hombres. Es preciso volver a hacer la vida normal de la gente normal. Estás hecho igual que los demás. Tienes una profesión, como los demás. Lees el periódico, como los demás. El 27 de marzo vas a asistir a un partido de rugby, como los demás. En suma, eres como los demás.

Por eso entras en un café de la plaza Stanislas (justamente al lado del Gran Teatro) y contemplas con admiración el Ayuntamiento, como todo el mundo. Pides una cerveza Heineken sin sentir escrúpulos, sin vacilar, sin librar ninguna batalla interior. Y después de beberla, la pagas, como todo el mundo.

Pero, cinco minutos después, una sucia congoja te inunda; y en el bosque de sombras que ha vuelto a oscurecerse, oyes de nuevo el toque de alarma. No, Lucien, no eres como los demás.

La última recaída. Una mujer de Reims me llama por teléfono:

-¿Puede usted ayudar a mi marido?

-Puedo, con tal de que él quiera dejarlo. Dígale que se ponga, por favor.

- En este momento no está. Vendrá enseguida.

Me voy a Reims. Primero veo a solas a la mujer, porque el marido ha ido a comprar cigarrillos.

Llega el marido, el cual no manifiesta ninguna alegría al verme. No me mira ni me dice una palabra. Imagino que le molesta hablar delante de su mujer.

Una vez en el coche, enseguida me pongo a hablarle de mí y de mi alcoholismo. Lo que me sorprende es su falta de reacción. De vez en cuando se limita a decir: «Eso debió de ser divertido...», o «Debió usted de pasarlas moradas...» o «Yo tenía un compañero que se bebía quince coñacs y diez ricards en una tarde. ¡Se ponía guapo!». Pero aquel hombre era insensible a la angustia que yo le describía. De vez en cuando se inclinaba sobre el salpicadero y decía, por ejemplo: «¿Este trasto puede dar 6.500 revoluciones por minuto?».

Yo estaba un tanto desorientado. No hacía más que interrumpirme: «Deberían reformar esta curva», y cosas así. Lo único que le interesaba de la enfermedad eran las hazañas de los grandes bebedores. La depresión acabó de apoderarse de mí cuando me preguntó: «¿Podré comprar tarjetas postales en Nancy? Son para los compañeros, ¿sabe? Supongo que habrá postales de la plaza Stanislas, ¿no?».

Yo estaba a punto de estallar.

Llegados a Nancy, le preparé la cama en la habitación contigua a la mía y le di, para que lo leyera, el libro de Kessel («Con los Alcohólicos Anónimos»). Por si sonaba la flauta.

Dormí fatal aquella noche. Le oía toser estruendosamente, y a mí me preocupaba que pudiera despertar a todo el pasillo y a los que dormían en el piso de arriba. «No es un alcohólico -pensaba yo-; un verdadero alcohólico no molesta a la gente; un verdadero alcohólico tose suavemente». Veinte minutos más tarde, había dejado de toser y se había puesto a roncar. En mi interior crecían la ira y el despecho, contra él y contra mí mismo. Una vez más, me había dejado llevar de mi estupidez.

Al día siguiente le llevé de nuevo a Reims, aunque debería haberle metido en el tren y olvidarme de él. Mientras conducía, tenía la impresión de estar reviviendo un recuerdo amargo:

Fue una noche de lluvia, hacia las dos de la mañana. Había recogido a dos autostopistas a la salida de Dijon, enfundados en sus impermeables. Una vez que se hubieron sentado, advertí que se trataba de dos mujeres, que resultaron ser silenciosas, tercas y estúpidas. Yo estaba cansado (venía de Valence) y no estaba para dar con versación. Cuando llegamos a Nancy, les pregunté dónde querían que las dejara. «En Metz», me respondieron.

De modo que fui a llevarlas a Metz y las dejé frente a las rojas y azules luces de neón de un club nocturno. Ellas se bajaron del coche sin decir palabra, sin dar las gracias, cloqueando como frívolas cotorras. Volví a Nancy absolutamente perplejo: «Hay imbéciles por todas partes», me decía a mí mismo con amargura. Yo pensaba que las imbéciles eran ellas; ellas pensarían que el imbécil era yo.

En esto pensaba mientras conducía a mi alcoholíco de regreso a Reims. Ya no sentía enojo contra él, sino una infinita lástima de mí: «No has aprendido nada después de lo de aquellas cotorras, Lucien...».

Con el ánimo hecho migas, llegamos a su casa:

- ¿Está curado?, me preguntó su mujer.

- No.

De regreso a Nancy, me detuve en Vitry-le-Francois, donde, cerca del garaje de Renault, en la misma esquina, hay un café.

Entré a tomar algo caliente y, curiosamente, me instalé cerca de la puerta, como si pensara largarme enseguida.

Un chavalillo estaba haciendo sus deberes en la mesa de al lado, y charlé amistosamente con él unos instantes.

Cuando se acercó la camarera, me oí a mí mismo pedir: «Un medio de cerveza, por favor». Lo bebí lleno de angustia. Para calmar la angustia pedí otro medio. Y como la angustia no desaparecía, solicité otro.

Me marché sin decir una palabra al niño que estaba haciendo sus deberes, sintiendo como que yo mismo me había alejado de la alegría de los seres vivos.

Conduje durante cien kilómetros como un loco, maltratando el motor sin ninguna consideración; pero había que encontrar un culpable del asesinato de mi Esperanza. ¿Grandilocuencia? Mucho peor que eso.

Al llegar a Toul, y a pesar de lo tarde que era, vi las luces de neón de un bar y entré en él. Mis deseos de felicidad se estaban yendo al garete.

Me fui a Metz, donde conocía a una mujer joven que era amiga mía.

- Perdóneme que le despierte, señora, pero no me encuentro bien. Vengo a ocultarme en su casa.

- Pase usted, señor. Le haré un café y le prepararé la cama. En mi casa no corre usted ningún peligro.

Las profundas aguas de sus ojos marrones estaban tranquilas. Ella adivinaba que yo no podía enfrentarme a mi habitación de Nancy. Hay días (y aquel era uno de esos días) en que los que viven con un alcoholíco le ponen mala cara; entonces es mejor largarse. Hoy, al cabo de trece años, aún conservo el recuerdo de las frescas sábanas y, en la nariz, el olor a lavanda.

Françoise (que de ella se trataba) salió por la mañana para ir a dar sus clases. Pero me envió a una amiga de confianza para que me preparara el desayuno. En la mesilla, junto a mi cama, había una nota: «Descanse usted, señor, y quédese en mi casa el tiempo que desee».

Cuando regresó por la tarde, sonreía, pues sabía, antes que yo, que iba a salir de aquélla.

Un día le había dicho a Françoise: «Si algún día le traigo a un enfermo, lo mejor será dejarle tranquilo, hacerle comer y darle tiempo para que salga de su marasmo».

Ese enfermo fui yo. Y ella siguió mi consejo. Aunque, en realidad, ¿acaso tenía ella necesidad de consejos? Ella sabe, por instinto, todas las cosas de la vida. Y conste que en mi juicio no influye su gran belleza física. Cuando a Dios se le mete en la cabeza salvar a un alcoholíco, pone en ello (ahora lo sé) no sólo voluntad, sino también elegancia.

Al día siguiente, después de que ella saliera de casa, encontré otra nota: «Buenos días, señor. Esta tarde es la reunión en Nancy». Y a modo de firma, una estilizada flor. Y sobre la mesa una rosa auténtica.

Me fui, pues, a la reunión, donde relaté toda la historia de esta última recaída. Thérésè, que dirigía la reunión, dijo, a modo de respuesta, las palabras que yo esperaba:

«Lucien, eso fue ayer. Pero ayer ya no existe. Hoy no has bebido. Alégrate. Estás con nosotros. No corres ningún peligro. Y mañana todavía no ha llegado.»

Estoy llegando a Valence y no me he fijado en que ha amanecido, ni en que han caído algunos copos de nieve. Ahora caigo en la cuenta de que, efectivamente, caen ligeras escamas de nieve, la cual no llega a cuajar en la carretera, aunque sí en las cunetas. Dentro de seis horas estaré en Metz. La señora Chiarella me ha puesto en la bolsa una estupenda golosina: unos riquísimos bombones, cubiertos de una capa de café muy fuerte y muy dulce.

«¿No te sentiste desanimado después de la última recaída?»

- Fue demasiado breve como para dejar huellas físicas. Moralmente, seguía estando inquieto. No veía qué era lo que podía hacer para evitarlo en el futuro, sino seguir dócilmente el método en doce etapas de los A. A.

- ¿Son muchos los alcohólicos que recaen después de conocer a los A. A?

-El cincuenta por ciento de ellos no vuelven a recaer y acaban muriendo en paz. El 25 % tiene alguna recaída, como es mi caso, pero acaban dejando el alcohol definitivamente. El 25 % restante no llegará jamás a dejarlo del todo; pero, si siguen con nosotros, mejorarán en todos los terrenos y acabarán siendo felices.

A veces te cruzas en la calle con alguien que ha abandonado: la mirada apagada, la barba de varios días, suciamente vestido y con moretones por todas partes. Cuando yo topo con uno de estos pobres hombres, nos miramos y veo cómo sus ojos se inundan de lágrimas... y también los míos.

De algunos otros, en pleno invierno puedo darme cuenta de que no llegarán a ver la primavera, porque sé que morirán de neumonía, de desnutrición o ahogados. Sus mujeres no suelen acudir al entierro. Es algo atroz. No vaya hablar de ellos, porque podrían ustedes perder el sueño. Eso sí, ellos me prestan un último servicio: saber que yo no deseo morir así.

«¿Cómo se las arregla uno para no recaer?»

- Nunca puede uno estar seguro.

- ¿y para estar lo más seguro posible?

- Siendo feliz.

- ¿y para ser feliz?

- Cambiando de modo de vivir.

El valor de pedir perdón

A partir de este momento ya no iba a hablar tanto del alcohol. La obsesión del alcohol, el miedo al alcohol... iban a desaparecer progresivamente. Porque ya no iba a necesitarlo. Porque ya no iba a haber nada que compensar.

Eso sí, debería tomar conciencia de las múltiples formas en que el mal ha estado presente en mi vida. De un incalculable número de pequeñas suciedades morales que seguían rondando en la penumbra de mi memoria y que resurgían de vez en cuando, entorpeciendo constantemente mi marcha al hilo de los años.

Mi memoria era como la vieja alacena que teníamos debajo de la escalera, en nuestra granja de los Vosgos. A veces, nuestro padre nos pedía que buscáramos alguna cosa en ella. Había allí dentro una serie de objetos estrafalarios, malolientes y avejentados que en otro tiempo habían sido útiles de trabajo: objetos de cobre, cubiertos de cardenillo, y objetos de cuero que aún olían al sudor de los animales. Había otros objetos sumamente extraños y que me daban miedo, porque ni siquiera sabía su nombre. La penumbra los hacía irreconocibles.

Lo mismo ocurría con la alacena de mi mente. Pero no había ningún cerrojo que impidiera a los recuerdos aflorar vagamente a la memoria, para mi vergüenza y para mi irritación. Aún no me atrevía a mirarlos de frente.

Me entregué, pues, a la octava etapa, que me parecía la más fácil: «Hemos elaborado la lista de personas a quienes hemos hecho daño, y hemos decidido pedirles perdón».

A mis compañeros Jesuitas no creo haberles hecho daño. No había sido con ellos grosero, o poco amistoso, o violento, o pretencioso, ni les había escandalizado.

La verdad es que fueron ellos los que se mostraron poco amistosos y hasta celosos de mis pequeños éxitos personales (a excepción de tres verdaderos amigos que sabían que el éxito no me interesaba en absoluto). Y cuando mi alcoholismo fue patente, vieron en ello un pequeño desquite de su vida, más regular que la mía. Y conste que hablo sin rabia y sin pesar.

Cuando les pedí perdón por haber estado enfermo y haberles disgustado, por mi comportamiento diferente del de ellos, recibí respuestas bastante fraternales, como, por ejemplo: «No importa; todo está olvidado. Anda, fuma un cigarrillo...».

Sólo uno de ellos me dijo (y en varias ocasiones): «¡Fantástico...! ¡Nos has hecho la puñeta con tu maldita botella!». Mala suerte. La verdad es que, cada vez que me lo decía, estas palabras caían en mi ánimo sereno con una especie de «plof» amortiguado, porque tenía en mí la fuerza de los A. A.

Dos sencillas palabras: «pido disculpas»... y saltaban rotos los primeros eslabones de la cadena de vergüenza que me ataba y que iba a caer, toda ella rota, a mis pies.

Fui a ver a la dueña de un café, a 20 kilómetros de Nancy.

«Un café, por favor... Gracias, señora. A propósito, dígame: ¿se ha dado usted cuenta de que, desde hace un año, ya no bebo cerveza? He dejado de beber.

Claro que no ha sido fácil... Ahora todo va mejor. Pero querría pedirle disculpas, señora, porque a veces, en su establecimiento, he bebido más de lo que debía. Perdóneme...»

La señora no decía ni palabra. Después se arremangó un brazo (creo que el izquierdo) y pude ver una serie de cifras tatuadas de color azulado:

«Como puede ver, yo estuve deportada. Pero creo que no lo pasé tan mal como usted. La bebida es ciertamente algo serio...»

Cuando me despedí, no quiso cobrarme el café. Me sentía feliz. Los que han vivido comprenden perfectamente la enfermedad.

Escribí a mi «hija» Pascale. Y ella me respondió: «Naturalmente, yo ya había comprendido que estabas enfermo, querido padre. Ahora ya he olvidado los malos recuerdos y te vuelvo a ver tal como eras cuando te conocí en Nazaret». Nazaret era el nombre del colegio de su infancia.

Fui a un café situado en pleno centro de la ciudad. Había mucha gente, como siempre. Apoyado en el mostrador, esperé a que Charly me atendiera.

- Charly, dame un refresco de menta.

- ¿No quieres una cerveza?

- No, ya no bebo; soy alcohólico.

- ¿Alcohólico? ¿Me quieres tomar el pelo? ¿Tú alcohólico?

- Sí, yo, claro que sí; yo, yo soy alcohólico. Por eso te pido excusas si a veces... he bebido un poco más...

- ¡Que no, hombre, que no; que tú no eres alcohólico! A ver, díselo a cualquiera de éstos..., a ver quién te cree.

- Te digo que soy alcohólico...

- y yo te digo que no. Anda, díselo a Jean. ¡Oye, Jean, ven un momento! Aquí, Lucien, que dice que es alcohólico, ¿no te fastidia? Anda, ven un momento...

-Te digo, Charly...

- ¡Bah! Oiga, jefe, venga aquí un momento...

Una verdadera farsa. El mundo al revés. Normalmente es el alcohólico quien lo niega. Pero aquí era Charly el que lo negaba.

Tuve que rendirme a Charly, a Jean, al dueño del café y a otra serie de personas a las que apenas conocía:

- De acuerdo, no soy alcohólico. Pero dame un refresco de menta.

-¿Lo ves? Si bebes un refresco de menta, es que no eres alcohólico.

Una señora a la que no conocía, pero que tenía el aspecto de estar ligeramente alegre, quiso también meter baza:

-Señor, usted no es alcohólico... Yo tuve un tío que sí que era alcohólico, un alcohólico de veras... Pues bien, mi 110 tenía amarillo el blanco de los ojos. Claro que él era un verdadero alcohólico... y tenía bolsas ahí, debajo de los ojos, ¿me oye?

- Yo también las tenía, pero me han desaparecido...

- No, no, no... Eso no desaparece. Ni hablar...

- Bueno, bueno, está bien: no soy alcohólico...

En otra ocasión, después de un recital que di en Toulouse, no pude impedir decirle al organizador: «Perdóname si te he escandalizado otras veces bebiendo demasiada cerveza después de un recital». Y seguí hablándole del asunto mientras él me preparaba un café.

Hacia la una de la mañana, me acompañó hasta la salida de la ciudad hacia Carcassonne, y allí, al borde de la carretera, antes de separarnos, le recité el Salmo 88: «Señor, Dios mío, de día te pido auxilio, de noche grito en tu presencia...».

Luego, él me abrazó y me dijo: «La has pagado cara, pero ahora ya la tienes: la serenidad».

¿Y por qué esta octava etapa?

Para no dejar nada detrás de uno. Para que las amistades puedan volver a empezar de cero. Para que haya claridad en nuestras relaciones con la gente. Pero, sobre todo, por uno mismo. Para hacer tabla rasa y poder participar limpiamente del banquete de la vida.

El alcohol me había dejado el alma triste, opaca y... pesada. Esa es la palabra: pesada.

Hay en el espacio (lo he leído en la revista *Science et Vie*) una cosa que llaman «agujeros negros». Son estrellas (y a veces hasta galaxias enteras) que en otro tiempo fueron luminosas, pero que se han como comprimido durante milenios y milenios y se han hecho tan pesadas y densas que ni siquiera su luz puede ya salir fuera de la masa. Están apagadas para toda la eternidad.

El alcoholismo había hecho de mí un ser pesado, triste y sin luz. Pero, al pedir perdón, la luz interior reaparecía y volvía a brillar.

Pidiendo perdón, no me convertí en un perro rastrero, sino que me liberé del miedo a los demás, del miedo a lo que los demás pudieran pensar de mí. Adquirí el gusto no por su estima, sino por la mía, por mi propia autoestima. Y esto por primera vez en mi vida. Ya sé que es difícilmente explicable.

El alcohol me había sumido en un estado de atonía y de postración, el pedir perdón me devolvía al estado de gracia. Es curioso, es paradójico, es peregrino, es ridículo..., es todo lo que se quiera. Pero es un hecho: «El que se humilla, será ensalzado».

Si ustedes no lo comprenden, traten de experimentarlo... o cállense. Lo que la estima y el afecto de ustedes no habían podido conseguir, lo consigue de manera misteriosa el hecho de darle la espalda a esa su estima y afecto: que yo vuelva a estimarme y a amarme.

Al final de su vida escribía Henri Calet: «No me zarandeéis, que estoy lleno de lágrimas». Yo creo entenderle, porque una súplica parecida he hecho yo a mis amigos. De manera que ahora yo ya no lloraba, porque había perdido el gusto y la posibilidad de hacerlo.

La única ocasión en que tuve que armarme de valor para hacer la octava etapa fue la siguiente:

Hacia mayo de 1968, cuando el alcohol y los propios acontecimientos me hacían tener la cabeza en ebullición, entré en un café (el café del puerto, junto a la báscula para pesar camiones). Yo solía parar allí de vez en cuando, no tanto por la amabilidad del dueño cuanto por beberme tranquilamente unas cuantas cervezas. Aquella noche me tomé, además, unos blancos. Estaba yo en plan hablador, insolente y excitado. El dueño había acabado por decirme: «¡Vete a dormir la mona, imbécil!». Aquello me hizo mucho daño, sobre todo porque lo dijo con una calma absoluta.

Tres años después, estacioné mi coche cerca de la báscula y entre en el café:

- Un café, por favor».

Dejó de leer el periódico, me miro y me reconoció al instante. Me sirvió la minúscula taza de café con sus enormes manazas (me recordó las rollizas manos de los niños cuando hacen comiditas).

«La última vez no estuve muy correcto...»

«Sí, ya recuerdo...» Y antes de volver a su periódico, añadió: «Cuando no se sabe beber, no hay que hacerlo.»

Era inútil tratar de explicárselo. Me tomé mi café en silencio y salí. Pero cuando estaba metiendo la llave para arrancar el coche, me dije a mí mismo: «Tranquilo, Lucien, no te preocupes». Había entendido que el cambiar de bebida me había hecho cambiar de amigos, y que había salido ganando.

Está el mundo de los sanos y el mundo de los alcohólicos, y estos dos mundos apenas se unen.

Una paz imprevisible comenzaba a abrirse camino en mí. El miedo, la pesadumbre, la vergüenza..., todo eso comenzaba a desaparecer de raíz.

«El que se humilla, será ensalzado»: esta incomprensible frase se me hacía cada vez menos extraña.

Es mediodía. He llegado a Lyon. Me siento a gusto. Seguramente vaya a ver a mi amigo de Galard, aunque no seré un visitante agradable. Demasiadas cosas en la cabeza. Detenido ante un semáforo, un tipo que está a mi lado me ve hablar solo y seguramente piensa que estoy chalado; yo le hago un gesto, haciendo girar mi dedo índice, como dando a entender que estoy grabando.

129

Fouquet suele pedir a los cónyuges (cuando uno de ellos es alcohólico) que pongan fin a su «pequeña guerra particular». Lo cual no está mal, pero me parece insuficiente. Lo que los A. A. pretendemos es mucho más radical, porque el pedir perdón significa tomar la iniciativa de suprimir las relaciones de fuerza, de orgullo, de obstinación y de malevolencia, para sustituirlas por relaciones de verdad:

«Es verdad que he sido duro y violento. Es verdad, por otra parte, que querría seguir amándote. Es verdad que tú has creído actuar correctamente; es verdad que yo he cometido errores; es verdad que hemos estado atrapados en el engranaje de la violencia. También es verdad que yo no soy culpable, y que tú lo eres aún menos».

En cierta ocasión, estando yo en la costa de Bretaña, un A.A. me pidió que le acompañara a efectuar una octava etapa ante el cura del pueblo.

- Señor cura, yo soy alcohólico; ya no bebo y vengo a pedirle perdón. Soy el dueño del café de la plaza, no sé si se me conoce...

- ¿Y por qué quiere pedirme perdón?

- Porque cuando estaba usted en el porche de la iglesia, quitándose las pinzas de andar en bici, yo le tenía encañonado con un fusil y hacía: «¡Pam, pam, pam!» (resonó como un trueno en la casa de piedra del cura).

- ¿Con un fusil?

- Bueno, con el mango de una escoba que yo sostenía como si fuera un fusil...

- ¡Ah, ya! Pero yo no oía eso de « ¡Pam, pam, pam!», sino algo así como «Croac, croac, croac» (el cura sonreía).

- Ese también era yo; yo hacía los dos ruidos.

- ¡Qué curioso! ¿Y por qué lo hacía?
- Para divertir a los clientes.
- ¿y por qué viene a decirme todo esto?
- Porque me hace bien.

La cofia blanca de la criada del señor cura asomó por la semientornada puerta. Atraída por el ruido, quería ver más de cerca el curioso espectáculo de un hombre que pedía perdón al cura por haberle hecho burla.

Todos los A. A. que realizan esta etapa quedan transformados. Quedan curados (y lo cito sin ningún orden de prioridad) de la vanidad, del orgullo, de la violencia, de la chismorrería, de las ganas de aparentar y del «camaleonismo», que son causa de tantas pequeñas miserias.

12

La felicidad contagiosa

Duodécima etapa: «Hemos comunicado nuestra experiencia a los alcohólicos».

Ahora comenzaba por cerciorarme de que el enfermo deseaba curarse, a fin de no repetir mi desdichada experiencia de Rems.

¿Por qué invitar a los enfermos a mi casa? Por mí mismo. Para reforzar el grupo que garantiza mi Sobriedad. Para tener testigos de mi alegría. Para experimentar el gozo de ayudar a nacer a un hombre feliz.

«Pero ¿y cuando el enfermo tiene la moral por los suelos?»

- Entonces es aún más fácil.

Me llama por teléfono la mujer de un enfermo.

«Vengan ustedes -le digo-, les espero en la gasolinera que hay a la salida de Colombey, para que no tengan ustedes que buscarme en Nancy».

Llegan a la hora convenida. Viene conduciendo la mujer, la cual sale del coche con un caniche en los brazos. Es ella la que habla. El marido se queda a unos diez metros fumando, para hacer ver que aquello le aburre, o para no oír las lamentaciones de su mujer, o para mostrar que no tiene nada que ver conmigo. Por la matrícula del coche, deduzco que vienen de lejos. La mujer no deja de cotorrear. Lo cual es tiempo perdido, porque es el hombre (joven, por cierto) el que me interesa. Se hace tarde.

«Jacques -le digo-, tú vienes conmigo. Usted, señora, sígame en su coche. La llevaré a Metz, a casa de Françoise.»

Mientras Jacques y yo volvemos de Metz, no nos cruzamos ni una palabra. Tenemos tiempo; nada de ponerse nerviosos; nada de palabras inútiles. Yo siento que él está aguardando algo, que duda un poco, pero que desearía que la situación cambiara, porque ya está harto.

Le preparo mi cama, poniéndole unas sábanas limpias de color azul. Yo dormiré en un colchón neumático que instalo al otro lado del escritorio.

«¿Tienes hambre?» Por lo general, no tienen hambre.

«¿Tienes sed? Hay una botella de kirsch en el armario. Puedes beber cuanto quieras. ¿O prefieres una cerveza Kronenbourg?» Hasta ahora, todos han declinado la invitación.

Se sienta en mi sillón, tan poco firme corporal como anímicamente.

Voy a hablar de mí y de mi enfermedad sin cesar, para evitar que él se vea obligado a hablar para mentirme.

Otros, en su caso, al menos dicen algo: «Verá, señor, yo estudié en un colegio de curas en Lyon. Mi mujer es muy creyente, ¿sabe? Y yo no tengo nada contra la religión...». Pero mi actitud le pone de manifiesto que eso no me importa, que el problema no está ahí.

Otros dicen, por ejemplo: «Yo trabajo de contramaestre en Villeurbanne», o «mi marido es ingeniero», o «soy capitán en la sección de radar», o «el año que pasé en Grecia...», etc. En suma, tratan de valorizarse ante mí, porque revientan de vergüenza y de tristeza.

Yo les digo que no estoy allí para escuchar tales cosas, que carecen de importancia.

Pero Jacques no dice nada. Sin embargo, siento que está fatal, casi totalmente asqueado de sí mismo.

Se arrellana en el sillón y yo dejo encendida únicamente la lámpara del escritorio. Experimento hacia Jacques una amistad que seguramente él debe de notar (un alcohólico nota estas cosas inmediatamente).

Y comienzo a hablar de mí con toda confianza, pues sé por experiencia que él jamás podrá traicionarme. En un tono que pretendo que sea ecuánime, tratando de no caer en lo lacrimógeno, insisto en las cosas peores, más humillantes y más desoladoras que me han sucedido. Ni una palabra sobre los aspectos positivos de mi vida, que le inducirían a él a hacer lo mismo.

Al cabo de una hora, se exagera en mí el deseo de derribar las puertas de su soledad, de echar abajo el muro de su silencio. Deseo que él entienda y que comprenda. ¿Qué es lo que debe comprender? Que yo soy como él. Y que yo sé que él es como yo. Pongo mi reloj sobre la mesa.

«Jacques, son las nueve. Vamos a intentar no beber durante una hora.» Jacques no dice nada (contrariamente a lo que sucede con otros, que me han dicho: «¿una hora? Eso está tirado. Yo no he llegado a ese extremo...»).

Mientras yo hablo, su actitud y su mirada me dan a entender lo que está pensando. Veo cómo van deritiéndose su envaramiento y su desconfianza. Yo hablo sin vergüenza y sin disimulos; eso sí, con pudor, pero sin ocultar nada. La verdad deberá liberarle también a él.

Al cabo de otra hora, le pregunto: «¿Tienes sed?» «No», me responde. Curiosamente, el deseo de beber alcohol se apaga cuando se habla del alcohol. Quien pueda entenderlo, que lo entienda.

Comenzamos la tercera hora. Mi accidente en los Alpes le interesa. «A mí me pasa lo mismo», me dice. Y esta confesión es el inicio de su primera etapa. La alegría que siento, hace que redoble mi empeño en decir la verdad, en confesar cómo yo he mentido para disculparme; cómo me he encerrado en mis medias mentiras; cómo he perdido la memoria; cómo he escrito en un papel el nombre de la ciudad a la que me dirigía, por temor a olvidarlo. En suma, todo cuanto he dicho hasta ahora se lo dije a él sin ninguna vergüenza, en un tono neutral y despreocupado.

Y comenzamos la cuarta hora: «¿Tienes sed?» «No».

«Ven conmigo, Jacques; voy a mostrarte lo que hacía para beber por las noches».

Paso yo por delante, enciendo el interruptor automático y bajamos de puntillas las escaleras. Tres peldaños antes de llegar abajo, me vuelvo hacia él para indicarle que no pise el escalón que cruje, y así lo hace él, sin dejar de seguirme.

Abro con cuidado la puerta de la alacena, porque la llave chirría. Abro la botella evitando que chirrie también el tapón. La misma pasión por el alcohol significa las mismas artimañas para ocultarla.

¿Y qué hace Jacques mientras tanto? Se ríe sin hacer ruido. Le digo en voz muy baja: «Hay seis millones de franceses que hacen esto mismo». Y esto parece aliviar su tensión. Cuando se trata de una mujer, suele enrojecer de vergüenza, y a veces baja la cabeza y llora.

Esta comedia termina con una amistosa palmada en el hombro: «¡Maldito Jacques! Anda, vamos para arriba...»

Comenzamos la quinta hora. Le hablo de Versalles, de Christiane y de la primera reunión a la que asistí y le cuento como leí el librito de pastas marrones. Y le hablo de mis ansias de curarme.

«¿Estás cansado?». Se mete entre las limpias sábanas. Yo descendo al piso de abajo para rezar unos instantes en la capilla. Y cuando digo «rezar», quiero decir «charlar con mi Poder Superior... Y cuando digo «charlar», quiero decir «estar con él, y él conmigo». Con un sentimiento de alegre y feliz, complicidad. Él, Jacques y yo.

Le subo una botella de agua Vittel y un vaso de cristal.

Quizá ya está durmiendo; oriento la lámpara con el fin de que la luz no le dé en los párpados; y tomo una hoja de papel y escribo:

«Duerme bien, hermano. Recuerda que el pasado ha muerto, que mañana no existe y que hoy estás conmigo. Haz la paz contigo mismo en tu corazón. No eres ningún cerdo. Bebe mucha agua. Despiértame a las nueve. Hay un estanco enfrente de casa; y junto a él, un pequeño bar: ve allí a tomar un café. Ríete, hermano.» (Cinco años después, Jacques me enseñó este papel, que lleva siempre en su cartera).

A la mañana siguiente, al despertarme, veo que la mirada de Jacques comienza a cambiar.

«He ido a comprar cigarrillos. He tomado un café en el bar de al lado. No tengo ganas de tomarme una cerveza.» (¡Ya lo sé! Mi presencia de alcohólico le pacifica).

Por la tarde asistimos a la reunión de Metz. Está un poco inquieto. Pero cuando le toca el turno de hablar, dice, al igual que los demás: «Me llamo Jacques y soy alcohólico...».

Al día siguiente, también por la tarde, dice en la reunión de Nancy: «Me llamo Jacques, soy alcohólico y estoy en casa de Lucien. Querría decir que...».

Naturalmente que querría decir...

Durante el día trata de encontrar razones.

«Tú sabes que, si bebo, es por culpa de mi profesión. En Villeurbane, en el taller...»

«Jacques, no te lances a buscar razones. Al principio nos equivocamos casi siempre: Bebo porque mi trabajo es duro; porque no tengo trabajo; porque no me he casado; porque me he casado y mi matrimonio es un desastre. Bebo para tener calor en el andamio; para refrescarme en Niza; porque vivo en el Norte; porque resido en el Sur. Bebo porque tenía mucho aguante; bebo y, como no tengo mucho aguante... Bebo porque en casa hay demasiados niños; bebo porque no tengo niños; Bebo porque soy representante y visito a mucha gente; bebo porque estoy solo en el bosque con mi sierra mecánica. Bebo porque soy un tío guapo y ando siempre de juerga con las chavalas; bebo porque tengo las orejas de soplillo y las chavalas ni me miran... Todo eso son cuentos, Jacques. Son pretextos que uno se busca. Hazte pequeño y no porfies contigo mismo. En pocos años lo verás más claro. Las razones son mucho más ocultas de lo que piensas».

Jacques y yo comíamos en mi casa, con mis compañeros, los cuales siempre se mostraron discretos y amables con Jacques (y con todos los demás). Durante las comidas, él no decía nada. Se abstraía y rumiaba todo cuanto había oído en las reuniones. Protegía con el silencio su frágil esperanza, del mismo modo que se protege la luz de una vela con la palma de la mano.

Al tercer día, por la tarde, se marchaba. Volví a llevar a Jacques a su mujer y al perrito hasta la entrada de Colombey, al mismo lugar en que nos habíamos encontrado tres días antes. Le di la mano a la mujer.

Cuando le ofrecí mi mano a Jacques, éste se acercó a mí y me abrazó, ante la asombrada mirada de su mujer. Yo te susurré al oído: «¡Ríete, caray!».

Ya tenía el pie en el estribo. Su cabalgada dura ya cinco años.

De regreso a Nancy, me sentía invadido por un inefable júbilo, y maravillado ante esta verdad paradójica:

*«Yo soy ese pobre hombre,
humilde, desamparado
y presa de la violencia humana.
Y ese pobre hombre que yo soy
es el mismo
por quien los sordos oyen,
los ciegos ven,
los cojos andan
y los leprosos quedan limpios.»*

Este texto de Kierkegaard suele aplicarse a Jesucristo; pero también puede aplicarse un poco a los alcohólicos sobrios.

13

El deseo de ver claro

Al cabo de largos meses, me entraron ganas de ver de cerca aquella cuarta etapa que me tenía fascinado, porque parecía estar en el mismísimo centro neurálgico de mi vida. Los A. A. la enuncian así:

«Hemos procedido valientemente a efectuar un minucioso inventario moral de nosotros mismos.»

Sí, hace falta bastante valor para entreabrir la puerta del cuchitril interior y decirle a otra persona lo que se ha visto.

Sin el grupo (no me cansaré de repetirlo), habría cerrado al instante el cerrojo del cuchitril y habría huido...

No se trata ahora de relatar mis majaderías, que las cometí, aunque no fueran muchas. Se trata de comprender el clima psicológico en el que llegó a prosperar la venenosa flor del alcohol.

Se trata, en primer lugar, de: un clima de inseguridad. Y esto, ya desde la infancia.

No la inseguridad ante la vida, ni ante el sufrimiento físico, ni ante el frío y las incertidumbres del trayecto hasta la escuela, ni ante la pobreza de mis zuecos atados con correas.

Contra todo aquello, yo disponía de la seguridad que me proporcionaba el rostro risueño de mi madre, la firmeza de mi padre, la tranquilidad de las vacas, con sus ojos de estrellas de cine (sí, sí, así lo creo), y la gracia de los corderos. En mi casa reinaba tal sensación de seguridad que no había ninguna puerta cerrada con llave (ni siquiera había llave; bastaba con el pastor alemán).

No era la vida en sí la que me daba miedo. Ni la muerte que visitaba la casa de algún vecino. Ni el incendio de la casa de un primo de la familia (a cuyos hijos recogimos en casa). Ni la tormenta que azotaba a nuestros trigos. Estas cosas no pueden crear un alcohólico, porque no agreden al espíritu.

No era la vida la que me daba miedo. Era la ciudad. Las cosas de la ciudad, sobre todo, debido a lo extraño de las mismas.

Un botón de muestra: había en la escuela un retrete con cisterna. Pero yo no me atrevía a tirar de la cadena, aunque parecía que estaba allí precisamente para tirar de ella. Me aterrorizaba oír la catarata y ver cómo el agua no dejaba de correr. Y además, aquella extraña manía de encerrar el agua, hecha para correr libremente por los prados, en unos recipientes medio herrumbrosos en los que figuraba la palabra «Porcher» ¿Qué relación podía haber entre un «porcher» (porquerizo) y aquellos recipientes? Ninguna, como no fuera que, para lavar a los puercos, hace falta agua ¡Qué tontería, encerrar el agua, cuando en casa teníamos dos grandes caños que llevaban echando agua sin parar, día y noche, desde 1740, fecha en la que fue construido el caserón tutelar...!

Todo cuanto no fuera mi casa y sus alrededores me resultaba extraño y amenazador.

La palabra «inseguridad» afloraba incesantemente a mis labios cuando hablaba (los viernes, en los A. A.) de mi escuela primaria. «Ya se ve, ya...», parecían decir los A. A. asintiendo con la cabeza.

Pues bien, en la escuela primaria tuve además la mala suerte de dar con un maestro a quien no le gustaban los niños que vivían en el campo. Mis compañeros me querían, pero él no. Jamás me dijo una palabra de ánimo, después de haber tenido que recorrer 8 kilómetros en pleno invierno, que no es ninguna tontera para las cortas piernas de un crío pequeño.

Esta falta de estima por parte del maestro la apreciaba yo perfectamente, y me defendía de ella no trabajando. Por eso era siempre yo el último de la clase, exactamente el cuarenta y dos. Salvo en el invierno de 1928 (en que el termómetro llegó a bajar a treinta bajo cero), en que saqué el puesto treinta y ocho, porque hubo cuatro que cayeron con gripe. La alegría de mi padre duró poco: llegó la primavera y volví a mi puesto cuarenta y dos.

Cuando los alcohólicos se ponen a indagar en su infancia, casi siempre encuentran historias en las que los adultos han abusado de su autoridad. Al final del estudio de la tarde, que era vigilado por el maestro, éste me hacía una señal que significaba: «Ve a buscarme un jarro de agua caliente.» Y cuando yo le veía acicalarse las manos, limpiándose y cuidándose las uñas con esmero de manicura, yo me sentía lleno de cólera y de vergüenza al pensar en las manos de mi madre, que precisamente a aquella hora estaría ordeñando las vacas. No me gustan los hombres de manos acicaladas, sobre todo si no saben dar las gracias, como le ocurría a mi maestro. La cortesía de este señor no era ciertamente la de mi casa. Extrañeza, inseguridad...

Pero además de las cosas que me resultaban extrañas, eran sobre todo las personas las que me daban miedo. Un día, el maestro nos mandó comprar un catecismo. Con mi dinero en la mano, fui a la librería Rimbaud, en cuyo interior olía bien (aunque era distinto del olor de la hierba recién coartada) y todos los libros estaban nuevos. Aquel gran señor de blusa blanca y de gafas relucientes me preguntó:

- ¿Qué deseas, pequeño?

- Quiero un catecismo, dije yo mientras extendía mi mano llena de monedas de bronce.

Pero las palabras cayeron de su boca con una sonrisa en la que yo noté (los niños notan esas cosas, háganles caso) una sinuosa maldad:

- ¿Así que quieres ir al cielo?

- ¡Oh, sí, señor!

Una persona mayor atacando a un niño es un espectáculo que el niño no olvidará jamás; lo que tal vez olvide, inconscientemente, es el deseo de hacerse mayor.

No sé si había luna aquel día cuando regresé a casa. Si la había, debí de mirarla con enorme tristeza. Una vez en casa, no dije nada; ni siquiera a mi madre, para no entristecerla. Tampoco le dije nada a mi padre, que era capaz de ir hasta allí y sacudirle una bofetada.

Conservé este recuerdo para mí, preguntándome a menudo: «Cómo se puede ser mayor y malo a la vez?».

Extrañeza, inseguridad...

Por aquella misma época, vi una vez en el escaparate de la tienda del señor Derval (por entonces se vendía de todo en las tiendas de ultramarinos) una linterna de color azul. Yo la contemplaba cada vez que pasaba por delante.

«Ojalá siga ahí cuando llegue el otoño, con sus largas noches», me decía a mí mismo. A base de pequeñas sisas cuando iba a hacer recados, conseguí el suficiente dinero.

- Querría comprar una linterna.
- ¿Cuál de ellas quieres?
- La azul.

Él la tomó, le quitó el polvo con una bayeta y le puso una pequeña bombilla. Yo seguía todos sus movimientos con un júbilo increíble. Una vez enroscada la bombilla, tomó una pila «Wonder». Pero... Lo que son las cosas: en lugar de tomar la pila grande que correspondía al tamaño del cajetín de la linterna, tomó otra que era la mitad de pequeña. Y para que no bailara excesivamente, rellenó el hueco que quedaba con papel de periódico. Pero, naturalmente, no había contacto. Entonces metió más papel, a pesar de lo cual la pila seguía bailando. Por fin, sacó todos los trastos de la linterna, torció las láminas de cobre que servían para hacer contacto y volvió a meterlo todo dentro, incluido el papel.

- Ya está, pequeño. No la muevas demasiado. Pero, si ves que no funciona, la sacudes un poco.

Por el oscuro camino que conducía a mi casa, jugué como un loco con mi linterna. La metía en el bolso de mi delantal y veía la luz a través de la tela. O ponla encima de la luz la palma de mi mano y me asombraba de que ésta fuera de color rosáceo. O colocaba la linterna sobre un adoquín, me alejaba unos metros y me maravillaba al ver el triángulo de luz que me llevaba hacia ella. Y de pronto, la linterna se apagó.

¿Lo esencial de esta historia? Lo esencial de esta historia es que aquel vendedor había matado la confianza de un crío, el cual se preguntaría durante mucho tiempo: «¿Cómo se puede ser mayor y falto de honradez a un tiempo?».

En todas estas historias late ya lo esencial de mi enfermedad. Un niño que vive lleno de tranquilizadora ternura en su casa. Llega el momento de contactar con los adultos, y éstos, con su desagradable dureza, le hacen polvo su felicidad. Entonces el niño no tiene más que dos soluciones:

O bien, para hacerse aceptar y para evitar todo conflicto, se convertirá, si puede, en un tipo duro, bruto y autoritario; o bien, sabiendo que tiene razón en ser como es (y, personalmente, yo disponla de cuatro horas diarias de soledad para formarme una opinión al respecto), seguirá jugando con la luna, viviendo de las caricias de ésta.

Para mí resulta evidente que hay, al menos, dos mundos en la misma tierra.

Y es en la zanja que separa a esos dos mundos donde va a introducirse y a fluir mi alcoholismo, el cual no es más que un medio de hacer soportable la enemistad entre ambos. El alcoholismo como mecanismo de defensa, como mecanismo de huida. Huir, huir, huir... hasta la luna, hasta el alcohol.

Una mañana de junio, acudía yo con cierto retraso a la escuela, y el miedo a la regañina me hacía arrastrar los pies, con lo que el retraso se acentuaba. De manera que una vez que dejé atrás la granja Claudon, me interné en el bosque y decidí hacer novillos o, como se dice en mi región natal, decidí hacer «la cola de zorro,?». ¡Qué alivio, librarme de la gente de la ciudad y de mi despectivo maestro...!

Mi madre había puesto en mi bolsa el consabido pan y chocolate. Era la época de los abejorros, con los que me entretuve muchísimo durante todo el día, y hasta durante toda la semana.

Siempre el mismo reflejo de huir.

El maestro me castigaba, pero yo no lo sentía en absoluto.

«¿Y no te sentías culpable de hacer novillos?»

- En modo alguno. Aquella era mi manera de ser feliz.

Llegó el día de la entrega de diplomas de estudios primarios. Yo fui el único a quien no se lo dieron. Recuerdo que estaba mezclado con el grupo de padres e hijos que habían acudido al acto. También estaba allí el maestro, repartiendo sus felicitaciones y recibiendo los remilgados cumplidos que le habían los padres. Entonces vi cómo el maestro se acercaba a mí.

En lugar de decirme: «Bueno, hombre, no has aprobado..., pero tienes disculpa. Ahora deberás estudiar, pero, de todos modos, algo tienes adelantado... y a fin de cuentas, no ha sido tuya toda la culpa», que es lo que me habría dicho si hubiera estado delante mi padre, se vino a mí, que estaba solo y bastante entristecido por mi fracaso, y me dijo: «¡Bueno, lo tuyo no me extraña; se veía venir!». En el fondo, yo estaba contento. Me había librado de aquel maestro de manos femeninas, del librero de gafas relucientes y del tendero asesino de sueños. Ya no tendría que volver a verles.

Remonté por última vez la calzada romana, sobre cuyo accidentado firme había desgastado mis zuecos (y, más tarde, mis zapatos). Pero yo no tenía nada contra ella, que había sido testigo de mis muchas horas de soledad, en las que había habido suficiente tiempo para que se ahondara la zanja entre lo que yo sufría por culpa de las personas y lo que soñaba yo que era el mundo.

No tengo, pues, ningún resentimiento contra aquel camino, porque no se hace uno alcohólico por culpa de las cosas, sino por culpa de la gente.

Me siento feliz al referir estas historias; y el hecho de extraerlas del fondo de mi memoria las hace soportables, porque pierden ese aspecto amenazador que entonces me paralizaba. Es como los ratones: basta con encender la luz de la habitación para que desaparezcan.

Cuando pienso en mi dulce y bondadosa madre, sé que ella me enseñó a amar a Dios (aun sin hablarme de él) y a los demás; pero no me enseñó a amarme a mí mismo. Ni a defenderme.

Hoy pienso que estos tres amores (a Dios, a los demás y a sí mismo) deberían tener la misma intensidad.

Amar a Dios sin amar a los demás es beatería.

Amar a los demás sin amar a Dios (conociendo a éste) es falta de lógica del espíritu.

Amarse a sí mismo sin amar a los demás da lugar a un mundo inhabitable para los mejores de los hijos de los hombres; un mundo en el que la violencia acabará estrangulando a los que sobrevivan.

Amar a los demás sin amarse a sí mismo es una enfermedad que puede conducir al alcohol.

Ahora, sobrio desde hace catorce años, sé que mi felicidad depende del equilibrio entre estos tres amores.

Pero la inseguridad va a proseguir.

Con el deseo de amar a los demás, entré en la Compañía de Jesús a los 18 años. Yo me encontraba muy a gusto con mis hermanos novicios. Pero me sentía desdichado con el Padre Maestro, que no comprendía en absoluto mis historias sobre la luna y sobre la cara oculta de las cosas. En mi opinión, el Padre Maestro habría sido un buen mayorista de

artículos religiosos. Aquellos fueron para mí dos años de un gozo triste e inquieto, porque el Padre Maestro, a quien consideraba la suprema autoridad moral, me aterrorizaba. El me ordenaba en nombre de Dios, siendo así que mi Dios no me ordenaba a mí las mismas cosas. Era una recíproca y total incompreensión.

Cuando mi padre vino a verme al noviciado, el Padre Maestro nos acompañó a dar un paseo por el jardín, durante el cual agarró del brazo a mi padre y le dijo: «Así que es usted el papá de Lucien...». Y al decirlo, le daba golpecitos en la mano. Este gesto, que pretendía ser amistoso, se me antojaba a mí como si fuera un deseo de captarse la benevolencia de mi padre, a quien sentí ganas de decir: «No lo escuches; él no te quiere, es de otro mundo». Pero no dije nada, porque el Padre Maestro tenía la autoridad moral.

Y al decir «moral», quiero decir precisamente eso: «moral». Las autoridades de otro orden no me dan miedo, porque hay en mí un anarquista latente. Nunca he sentido miedo de los polis, ni de mis hermanos, los obispos, ni de comandante de mi batallón (estuve quince días en el calabozo por haberle dicho una palabrota).

Pero mi Padre Maestro tenía la autoridad moral, la autoridad de Dios, que él se apropiaba. Y yo no tenía más que la de Jesucristo, que sentía como una autoridad risueña y liberadora.

Algunos años más tarde, mi amigo Brassens le diría a un periodista de «La Voix du Nord»: «Yo no tengo fe, pero no estoy absolutamente seguro de tener razón; Lucien tiene fe, pero tampoco está absolutamente seguro de tener razón».

Mi Padre Maestro se escandalizó de mis palabras, esquemáticamente referidas por Brassens, sin ver lo que en ellas había de verdad.

Al cabo de aquellos dos años de noviciado, me llegó el momento de hacer mis votos, pero el Padre Maestro no me los concedió. Una vez más, me encontré solo en mi caso. Una vez más no se me dieron los motivos y yo acepté como un rapaz a quien han pillado en falta.

Así pues, partí hacia Sitia, llevando siempre en el bolso de mi guerrera a mi Jesucristo de cobre (el mismo que está a la cabecera de mi cama). Deliciosamente solo una vez más, contemplaba cómo la luna se ponía detrás de la ciudadela de Alep. Tenía yo entonces 20 años.

Cuando regresé a Francia y el Padre Maestro, el mismo de siempre, me preguntó por qué me había ido de voluntario a Siria, no me atreví a decirle: «Porque su autoridad me resultaba insoportable y tenía que poner muchos kilómetros entre usted y yo.» A la timidez responde la desconfianza. A la desconfianza, la huida. Y a la huida, una desconfianza aún mayor.

De nuevo con los jesuitas, y tras cuatro años de teología en los que me enseñaron a argumentar correctamente contra los herejes del pasado (y no excesivamente a interpretar los signos del presente), tenía que hacer un tercer año de algo parecido al noviciado (y que en la jerga jesuítica se llama «tercera probación»). Algunos, con permiso del Provincial, podían pasar este último año de estudios en el extranjero. Así pues, yo le pedí al Provincial que me dejara ir a Inglaterra, al objeto de perfeccionar mi inglés. Pero él se negó, y una vez más sin mayores explicaciones. Ahora sé que la razón consistía en que yo no tenía necesidad del inglés para hablar de Jesucristo en las tascas. Aquella negativa me resultó humillante y dolorosa. Pero Jesucristo se las arregló de otro modo, porque luego pude aprender el inglés gracias a mi trabajo, tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos.

He citado las tascas. Y la verdad es que pasé dos años de mi vida yendo a esos lugares para hablar de Jesucristo y de otras cosas importantes de la vida. En las tascas he aprendido a comprender a la gente y sus dificultades para creer. Y la gente, en contacto conmigo aprendía a estimar a un sacerdote que hablaba de su fe sin grandilocuencia.

Vino después la aventura de las canciones con las alegrías y fatigas de las que ya he hablado. En 1959 recibí una carta, en un tono verdaderamente tajante, de mi Padre Provincial: «Es mi deseo que no celebre usted la misa más tarde de las ocho de la mañana. Sepa usted que hago de ello una condición inexcusable de su permanencia en la Compañía de Jesús.» Era la época en la que, con permiso suyo, daba ya bastantes recitales por toda Europa. Pero el muro de incomprensión entre mi conciencia y la suya se elevaba cada vez más alto.

Yo había leído en latín una frase de Tomás de Aquino: «Si lo que te manda tu conciencia entra en conflicto con lo que te manda tu Superior es a tu conciencia a la que debes obedecer».

Hoy día, ya no trato de derribar ese muro de incomprensión con la artillería pesada del Derecho Canónico, sino que lo rodeo, mientras mordisqueo despreocupadamente una brizna de hierba y aspiro el aire de la libertad.

Me hacía falta una «moto» para mis viajes. Se lo dije al nuevo Padre Provincial, y éste me permitió comprarla. Así pues, como tenía en regla mi carnet de conducir, compré una 250 Sport.

El primer día, al poco de haber dejado la moto en el patio de nuestra casa, vi al Superior local dando vueltas alrededor de ella con aire de asombro. Me acerqué y me dijo:

- Esto es una moto, ¿no?

- Sí, con motor transversal de 22 caballos.

- Transversal, ¿eh?... Pero el Padre Provincial le dio permiso para comprar una bicicleta con motor, ¿no es así?

- No, para comprar una moto.

- Bueno, le escribiré al Padre Provincial al respecto (hablaba un francés muy «pulido», pues no en vano se había ejercitado en ello toda su vida). Puede usted confiar en mí, pues ya ve que se lo digo y no le oculto mis intenciones.

¡Qué pena, tener un superior que; no conoce la diferencia entre una moto y una velosólex...!

«¿Crees que ahora ya la conoce?»

- Supongo. Ya se ha muerto.

- Resulta increíble todo esto ¿No podías defenderte?

- Hombre, ellos hablaban con la autoridad de Dios, y contra eso poco puede hacerse.

- ¿Pero no sentían que te atropellaban?

- No. Yo me llevaba mal con ello, y ellos conmigo. Habría de pasar por el alcohol para llegar a aceptarme a mí mismo y aceptarlos a ellos con un poco de humor.

Al principio yo experimentaba una tremenda inseguridad ante ellos; me sentía como un conejo asustadizo frente a su indiferencia hacia mi trabajo de cantante. Un ejemplo: mis canciones se interpretan en Moscú y en Varsovia (lo sé por las relaciones que presenta la

Sociedad de Autores), pero tuve un Superior que jamás leyó el texto de una sola canción mía.

Este infantilismo, que a mí me hacía sufrir tremendamente, lo ilustra a las mil maravillas el siguiente hecho:

En abril de 1958, yo sentía la fatiga de los largos viajes en moto, de noche, con lluvia, con viento, con nieve...; estaba ya hartado. Por otra parte, dos caídas que tuve de la moto me costaron otras tantas guitarras. Estando un día comiendo, se me ocurrió decir: «La verdad es que debería comprarme un dos caballos, al menos...».

Silencio absoluto. Un hermano está sirviendo el café. La gente se echa azúcar sin decir una palabra. Yo, sin ninguna vanidad, pero seguro de lo que digo, añado:

«Podría comprarlo con el dinero que saque de los discos». La carcajada fue casi general. A veinte centímetros de mis ojos pude ver el diente de oro con que se mordía los labios, sumamente divertido, el hermano que servía el café. En mi cabeza no había más que humillación y tristeza.

«¿Y no eras capaz de rebelarte?»

- No. Precisamente ahí está mi enfermedad.

- Sin embargo, ¿habrías ganado ya bastante dinero?

- Unos cien millones.

- ¿Y lo sabías?

- No. No se me entregaban las cuentas.

No me he enterado de que pasaban los kilómetros. Me encuentro ya en el peaje de Dijon. Siento la fresca brisa en mi mano cuando alargo ésta para entregar el ticket. El empleado, en su jaula de vidrio, entorna los ojos, porque el sol es deslumbrante. Al lado norte de la cabina, en la sombra, se amontona la inmaculada nieve en polvo. Reemprendo la marcha. Son las dos y diez de la tarde. Aún me quedan 245 kilómetros. «Dios mío, dame la serenidad de aceptar las cosas que no puedo cambiar».

Al cabo de varios años de reflexión (con otros A. A., naturalmente), se me ha hecho evidente que mi ocupación de cantante no tuvo nada que ver en la génesis de mi enfermedad. Tampoco la fatiga de los viajes ni la tensión nerviosa de los recitales.

También tengo muy claro que el culpable no fue ninguna persona concreta. Ni la incompreensión de mis superiores, ni siquiera el del episodio de la moto (en Dijon), ni la sonrisa de mi hermano del diente de oro (en Nancy).

El enfermo que no ha alcanzado la serenidad, suele tratar de racionalizar su enfermedad:

«La causa está en mí, que no sé defenderme, que me falta valor, que no conozco mis derechos, que no sé responder con rapidez y con la misma moneda, que he escogido una profesión equivocada, etc.». Y esta auto-acusación puede llevarle al suicidio.

O bien, acusa a los demás:

«Es mi jefe, es mi mujer, es mi médico, son estos tiempos tan difíciles, es la publicidad del Pernod, etc.». Y esta acusación a otros puede conducir al asesinato. Sucede todos los días.

De hecho, en esta enfermedad no hay culpables. Yo, Lucien, no soy culpable de soñar con un mundo feliz, como tampoco soy culpable de no conseguir construirlo.

«Conténtate, entonces, con el mundo tal como es...»

- Si no sueño con un mundo feliz, no lo construiré.

- ¿Y por qué quieres construirlo?
- Porque si no lo construyo, ninguna otra cosa me interesa. Soy así.

14

La misteriosa fuerza del grupo

Segunda etapa: «Hemos pensado que un Poder Superior a nosotros podía devolvernos la razón».

Tercera etapa: «Hemos confiado a Dios, tal como cada uno de nosotros lo concibe, el cuidado de dirigir nuestra vida».

Sólo después de unos tres años de sobriedad sentí el deseo de abordar estas dos etapas. Yo habla cursado tres años de filosofía y cinco de teología, pero el Dios de los sabios y de los teólogos se había cruzado de brazos mientras yo me ahogaba en el océano de tristeza que ayer refería. El crucifijo que llevaba en mi guerrera militar, el que está colgado en la pared de mi habitación, me era de ayuda para morir, pero no para vivir. Al menos así lo pensaba yo.

Habría de volver a él después de un largo rodeo que querría describir con la mayor precisión.

Al igual que todos mis amigos alcohólicos, yo había recurrido a todas las tablas de salvación que caían en mis manos. Y si no, que lo digan mis amigos, mis superiores, mis médicos...

Yo me había sometido a dos curas, pero ambas resultaron inútiles. Había visitado a una decena de médicos, los cuales me dieron consejos, o medicamentos..., o se callaron.

Los alcohólicos casados reciben ánimos de su mujer, de su abuela o de su suegra. Los que no lo están, los reciben de su jefe, de los compañeros o del cura de la parroquia. Y hasta de los taberneros.

Algunos de nosotros nos sentíamos tan desquiciados y desgraciados que hemos tratado de rezarle al Dios de nuestra primera comunión. O hemos blasfemado. Por si acaso.

Hemos intentado también hallar la tranquilidad llorando por nosotros mismos, esperando primero alcanzar el cielo y, al final, la paz de los cementerios.

Como no podíamos curarnos, hemos tratado de realzar nuestra valla mediante míticas proezas. Esta es, creo yo, la explicación de nuestras fantasías de taberna. Nos refugiábamos en nuestros sueños, en los cuales nuestra mujer era Miss Mundo, y mi Superior el más bondadoso de los jefes.

Pero la enfermedad no dejaba de empeorar, convirtiéndose en una sucesión de tonterías que obligaban a beber y beber, lo cual hacía cometer nuevas tonterías. Algo así como lo que le sucede a una ardilla encerrada en una jaula, que hace girar ésta cada vez más deprisa y, cuando ya no puede más, acaba diciendo: «Estoy hasta la coronilla». El aliento, el tiempo y la vida se han detenido.

En aquellos momentos sabíamos que, para esta enfermedad,

El valor no sirve de nada.

La voluntad no sirve de nada.

La violencia contra uno mismo no sirve de nada.

El odio hacia sí mismo no sirve de nada.

Las palabras de ánimo no sirven de nada.

La inteligencia no sirve de nada.
El dinero no sirve de nada.
La gloria no sirve de nada.
La ciencia no sirve de nada.
Los diplomas no sirven de nada.
La oración (yo lo intenté) no sirve de nada (aparentemente).

Mientras no estábamos convencidos de esto, habíamos bebido.
Una vez convencidos, seguimos bebiendo.

Quise dejarlo al llegar el cumpleaños de mi hija Pascale, pero no lo dejé. Quise también dejarlo para el cumpleaños de Jesús, para la Navidad, pero tampoco lo dejé.

«El alcohólico, dice el doctor Fouquet (créanle a él, si no me creen a mí), ha perdido la libertad de abstenerse del alcohol».

En mis fantasmas, en los que yo veía la deforme cabeza de mi conciencia y oía cómo su boca me decía: «¡Detente de una vez! », yo sabía que ya no podía. Y mi amigo Noir hizo bien en no decírmelo jamás. Cuando los sanos hayan entendido esto, dejarán de molestarse en sermonearnos, tomarán su pañuelo para secarse sus lágrimas (y las nuestras, si es que aún siguen amándonos) y nos dejarán morir en paz. Cualquier otra actitud sería absurda.

Ahora bien - y éste es el meollo de la cuestión-, lo que yo no podía hacer, lo que ninguna persona podía hacer, lo hizo el grupo de Alcohólicos Anónimos. Sin ejercer presión alguna.

Si quisiera resumir en una palabra cuál fue el medio con el que el grupo consiguió lo imposible, diría: la Amistad. Una amistad de una cualidad muy especial y que no he encontrado en ninguna otra parte. Por eso, es ésta una amistad verdaderamente

Única. Es decir, superior a todas las amistades, incluidas la amistad de mi hija Pascale, la de mi madre, la de Noir, la de Morvan Lebesque, la de Levallois, la de Francoise y la del señor Servajean, el astrónomo. Porque el grupo de Alcohólicos Anónimos constituye un grupo único. Esta amistad es, además,

Amable. El alcohólico posee una belleza y una capacidad de seducción inimaginables. Esto fue lo que me hizo estar acudiendo regularmente a Estrasburgo durante meses, mientras me olvidaba de visitar a mi madre. Mi pequeña Christiane, ¡qué hermosa eras...! Jamás podré olvidarte. Mi pequeña Paulette, muerta de cáncer en Nancy, ¡qué amable y delicada eras...! Te querré siempre. Esta amistad va mucho más allá de la distancia y de la muerte. Y es, además,

Respetuosa. Yo estaba verdaderamente harto de los desaires y los cuchicheos de los amigos; de las sonrisas socarronas junto al mostrador de zinc de las tabernas; de las muecas de desprecio; de los flácidos brazos sobre nuestros hombros cómplices; de los fétidos alientos infestados de necia politiquería. Y me viene una vez más a la memoria aquel tabernero: «¡Vete a dormir la mona, imbécil!». Algo así como echar sal gorda sobre una herida abierta.

En un grupo de A. A., la gente se viste con corrección, por amistad y respeto a los demás; los hombres van bien afeitados y las mujeres bien peinadas. Pero lo comprendemos

perfectamente cuando llega a nosotros un tipo embriagado y desaliñado. En un grupo de A. A. no se dice una palabra malsonante que pueda molestar. Nadie se jacta, porque se respeta enormemente a los que han vivido en el anonimato de la vulgaridad. Nadie lloriquea para suscitar compasión. El grupo no da consejos, porque confía en que nuestra cordura acabará por germinar. El grupo no discute cuando alguien dice que la luna es cuadrada, porque sabe que el alcohol hace decir tonterías y que la gente tiene necesidad de hacerse la interesante. La amistad de los A.A. es

Comprensiva. Antes de que uno haya acabado de hablar, el grupo ya sabe el final de la historia. Si estamos excitados, la paz del grupo modera nuestra venganza. Si uno ha estado en chirona, el grupo no manifiesta ningún rechazo. Si recaemos, la amistad comprende, sin necesidad de adoptar aires paternalistas, porque la mitad de nosotros ha pasado por ello. Si rezamos, el grupo comprende. Si blasfemamos, también. Si alguien mata a su mujer, el grupo no dice nada. Si alguien dice que el techo es tricolor, el grupo lo comprueba por puro reflejo, pero no dice una palabra. La amistad no reprocha nada, lo excusa todo, lo comprende todo. Esta amistad también es

Fiel. Si recaemos una o cien veces, el grupo está siempre ahí, con sus puertas abiertas a partir de las 20,30 horas. Si desertamos temporalmente, para volar con nuestras propias alas, el grupo no dice nada. Si, tras el fracaso, regresamos de nuevo, el grupo «mata el novillo cebado» y no presta atención a las explicaciones (las conoce de sobra). Si referimos nuestras bajezas, el grupo hace pajaritas de papel para preservar nuestro pudor. Por otra parte, la amistad queda eternamente unida a los que han partido: Jean, suicidado por su impaciencia por ver la luz; Jacques, muerto por alcohol; Gastan, suicidado; Clarette, muerta por embriaguez en la autopista de Metz; Francois, fallecido de muerte natural. Y el grupo evoca sus nombres al comienzo de cada reunión. Esta amistad es también

Activa. Esto es algo misterioso. No conozco un solo caso de un enfermo que se haya negado obstinadamente a hablar y no haya acabado por ceder algún día. La más inquebrantable esperanza ha estado aguardando, a lo mejor, dos años; y un buen día... ha dicho lo que sabíamos que iba a decir: «Me llamo Paulette y soy alcohólica; esta última semana no he bebido... ». La acción del grupo es un desafío a la lógica. A veces se oye a personas cultas decir: «Es bien simple: los A. A. se apoyan en la fuerza gregaria.»- «¿Ah, sí? -«Sí, en la fuerza del grupo.» -«¿Y qué?» - «Pues que tienen más fuerza den personas que una sola.» -«Claro que sí; pero también tienen cien veces más enfermedad, terror, desánimo, fragilidad, tristeza, etc.». A decir verdad, estamos tocando aquí el punto neurálgico de la enfermedad y del método de los Alcohólicos Anónimos.

Pierrot (25 años de edad; cuatro años en un sanatorio psiquiátrico; 17 curas de desintoxicación) lleva varios meses vagabundeando y sin dejar de beber; viene a nosotros totalmente desahuciado y deja inmediatamente de beber. Sin mayor esfuerzo y sin necesidad de medicamentos. Y así lleva diez años. A ver quién encuentra una explicación coherente... Hay como para escribir un libro.

Universal. Yo soy el hermano de los hombres alcohólicos, de las mujeres alcohólicas, de los jóvenes, de los viejos, de los pobres, de los ricos, de los alemanes, de los polacos, de los americanos, de los ancianos tranquilos, de los jóvenes prematuramente marchitos, de los beatos, de los ateos, de los listos, de los retrasados, de los que están en los

huesos (como yo), de las monjas, de los médicos alcohólicos (¡claro que los hay...!), de los socialistas, de los comunistas, de los ecologistas, de los lectores de *Le Monde*, de los lectores del *Est Républicain*, de los alcohólicos condecorados con la Legión de Honor (¡vaya, vaya...!; ¿no les bastaba con la gloria?). Lo que nos une --el alcohol y el deseo de librarse de él-- es mucho más fuerte que lo que nos separa. Porque no hay nada que nos separe. ¡Ah!, se me olvidaba: tenemos también un enterrador alcohólico; pero la tumba que hoy está cavando no es para él.

Alegre y rebosante de humor. Esta amistad no desconoce lo que es guiñar el ojo u ofrecer una sonrisa que haga soportable el abatimiento. René cuenta, por ejemplo, que cuando estaba abriendo el bote de matarratas del que iba a servirse (para sí mismo), se hizo un buen corte en el dedo índice. Y el hombre estuvo cinco minutos buscando el esparadrapo, «para que no hiciera feo».

Puestos a resumir, diría que esta Amistad, que posee todas las cualidades, nosotros la denominamos «Poder Superior»; un Poder vivido experiencialmente y no deducido de un concepto abstracto.

A esta fuerza amable, respetuosa, discreta, fiel, paciente, comprensiva, universal, activa y misteriosa (y, añadida yo, independiente de cada uno de los enfermos) la denominamos «Dios». ¿Por qué no?

La palabra «Dios» puede chocarle al alcohólico que acude a nosotros, porque aún no ha experimentado semejante amistad. La palabra puede resultar chocante porque, a lo largo de los siglos, se la ha sobrecargado de connotaciones de incomprensión, de partidismo, de odio, de sangre, de guerras y de venganzas. La palabra se ha convertido en «tabú»-, sobre todo en Francia, por culpa de los violentos, de los guerreros, de los vanidosos y de los imbéciles, que han surgido en cada momento de la Historia Sacrílega.

La palabra puede chocarle incluso al Alcohólico Anónimo neófito, porque no ha encontrado entre los creyentes la ayuda fraterna que esperaba. Por eso le fastidia ese Dios regio, lejano, arrogante, justiciero, inútil e hinchado de orgullo. Ese es el Dios que rechazan los hombres libres, y con razón.

La palabra «Dios» puede chocar. Pero, llegada la sobriedad, llegada la paz interior, llegado el gusto por la libertad (en todos los terrenos), al alcohólico sobrio no le resulta demasiado difícil llamar por su sobrenombre a esa Amistad fuera de lo común.

Para mí, personalmente, es Jesús, que quiere decir «Salvador», porque él me ha salvado de mi semi-locura y de la muerte.

¿Qué sabréis de Dios vosotros, los sanos, si Dios nunca os ha salvado de nada; si estáis bien tal como estáis; si vuestro dinero, vuestra reputación, vuestra excelente salud y vuestros archi-cómicos títulos honoríficos os dispensan de llamarlo en vuestra ayuda?

Pero nosotros, que lo habíamos perdido todo, hemos intentado el recurso de Dios (u otras cosas), por si acaso.

De hecho (y tengo la experiencia), ahí estaba la auténtica clave, la única clave, para salir de la cámara acorazada en la que estábamos encerrados, asfixiados de rabia y de impotencia.

«Resulta como demasiado fácil...»

- ¿Qué es 10 que resulta fácil, por favor?

Evidentemente, los Alcohólicos Anónimos, al igual que santo Tomás, no creemos sino lo que podemos palpar. Y hemos palpado con los dedos la desesperación. Y también hemos palpado la Fuerza que nos ha librado de ella.

Dios no es lo que se cree; Dios no está allí donde se le busca; Dios no piensa como nosotros creemos; Dios no está en las nubes.

La Magdalena lo confundió con un jardinero; los apóstoles lo tomaron por un fantasma, y Pedro por un experto en piscicultura. Y yo, pobre de mí, lo buscaba en los dogmas y en los silogismos en Barbara-Celarent..., mientras que, en realidad, se hallaba apacible y amigablemente sentado en medio de los enfermos.

Nunca he hablado de Dios en una reunión. Ni falta que hada, porque él estaba allí. «Todo el que ama, como Bob o Jeannette me aman, como yo amo a René y a Paulette, todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios.» Todo el que... ¿es francés O chino? Sea como sea, vale por todos los Manifiestos del mundo.

Son las 3 menos 10 de la tarde cuando llego al «Wagon». Vaya tomar un café. Todavía hay dos conductores que están comiendo. La mujer que les sirve debe de ser la dueña. No la conozco, porque yo suelo pasar por aquí de noche. No hablo con ella; únicamente, al salir, le digo: «gracias, hasta la vista». Me he olvidado de preguntarle por qué no había luz en su establecimiento aquella noche de la tormenta. Tengo unas ganas atroces de llegar al final de mi historia.

La libertad para poner fin

La humanidad tiene la confusa experiencia de los tenebrosos caminos por los que el animal ha accedido a la conciencia; y la ciencia nos ayuda a ver con claridad a este respecto, por lo que hemos de darle las gracias.

Pero el camino de la conciencia a la libertad espiritual (no hay otro adjetivo posible) debe hacerlo cada uno. Es algo personal por naturaleza. Pocas generaciones nos han precedido en ese camino. Tan sólo los santos, los poetas y los humildes no abrumados por la pobreza. Y no son muchos.

Los ricos, los habladores, los poderosos, los condecorados, los orgullosos, todos aquellos que me han aterrorizado durante tanto tiempo, no hacen avanzar a la humanidad ni una pulgada, sino que la hacen retroceder en la escala de los seres. Claro que ni siquiera son capaces de ver que hay una escala.

Lo peor que podría haberme sucedido al librarme del alcohol, habría sido pasar a engrosar sus filas y actuar como ellos. Integrarme a la «vida común», como se decía en mi infancia religiosa. Ya me lo recomendaron cuando salí de la clínica de Fouquet: «Bueno, ahora que ya no bebe usted, haga como nosotros, viva como nosotros...».

Pero es que yo no puedo vivir como ustedes. Lo que a ustedes les atrae, a mí me repugna. Lo que a ustedes les emociona, a mí me deja frío. Lo que a ustedes les exalta, a mí me resulta indiferente. Lo que a ustedes les hace reír, para mí es incomprensible. Lo que a ustedes les da miedo, a mí muchas veces me hace bostezar.

¿Su dinero? No lo amo. Sólo llegué a ver el color que tiene cuando yo tenía 20 años y cobraba en el ejército mis 30 céntimos diarios. Yo odio el dinero, porque me absorbe el aire de mi Esperanza.

¿La soledad? Yo la llamo «mi querida hermana» desde que era niño.

¿El hambre? Tengo cincuenta hermanos en Nancy que me recibirían con los brazos abiertos.

¿La enfermedad? Ya estoy acostumbrado. Y vienen a verme al hospital.

¿La calumnia? Odio vuestros tribunales. Mis hermanos me abrazan todas las semanas para consolarme.

¿La muerte? Ellos pondrán un crisantemo en mi tumba sin llorar.

¿La injusticia? Esta es la única inmundicia que aún puede activar mi cólera. Pero, paciencia... ¡Por Dios, que todo habrá de pagarse!

Yo no pretendo decir que los A.A. sean las únicas personas aceptables. Conozco a centenares de personas mejores que nosotros. Naudin, por ejemplo, no necesitó pasar por el alcohol para comprender fácilmente lo que nosotros hemos admitido con dificultad: que el Hombre es grande, y que su dimensión tiende al infinito. Y el Padre Arrupe, mi «gran jefe» jesuítico, que fue durante mucho tiempo Rector de la Universidad de Tokyo, conoce el mundo como muy pocos. Tampoco tuvo necesidad del alcohol. Pero se nota que se halla siempre cerca de la Zarza Ardiente, escuchando las Verdades inéditas.

Mi dulce madre, Marie-Thérèse-Augustine Simonin, que no bebía más que una copita de Marie-Brizard al año (sí, enviado por la propia firma), tenía de la vida una idea más exacta que muchos sabios.

«Pero ¿sigues estando obsesionado por el alcohol?»

- Jamás pienso en él.

- Pero... ¿puedes volver a beber?

- Hoy día, no.

Ciertamente hay dos especies de hombres en nuestra raza.

El Otro día tomé el tren. Es algo difícil de describir: el hombre entró en mi compartimento. Un tipo condecorado, con buen color, el pelo bien cortado, bien peinado y bien perfumado. Se quitó el abrigo, se miró furtivamente (¿por qué lo haría furtivamente?) en el cristal, se sentó y se puso a leer la sección de las carreras en el periódico. El pobre rapaz que yo era ante él, estaba fascinado por su doble condecoración: una en su chaqueta y otra en su abrigo. ¿Las habría ganado? seguramente. Pero me asaltó la idea de que sus condecoraciones eran su alcohol, que le servían para hacerle más llevadero el deterioro producido por el tiempo, el cual volvería a recuperar su tono gris al cabo de los 120 kilómetros que quedaban hasta la estación de Metz. El pavo real ostenta su hermosa cola, y aquel señor mostraba sus condecoraciones; uno y otro lo necesitan.

Una vez dejado el alcohol y encontrado el grupo, no tengo necesidad de hacer ostentación de mi valor personal. Este proviene del grupo, que conoce la profundidad de mi miseria y la altura de mis sueños. El individuo del tren seguramente no tenía ni miseria ni sueños. Era plano, como podía adivinarse en mil pequeños detalles: en sus gestos, en su porte, en su mirada... Estas cosas huelen, como los arenques.

Hace unos meses leí una «Carta de la Toxicomanía Alcohólica», en la que me parece correcto todo lo que se refiere a las etapas de la «pendiente» y casi todo lo relativo a la «subida», salvo lo siguiente: «Cuidado del prestigio personal». Yo jamás tuve ese cuidado antes de mi alcoholismo, y menos aún después. En efecto: yo no me he librado de mi sometimiento al alcohol para someterme ahora al juicio de los demás o buscar su estima.

Antaño, yo solía decirle a mi público (¿mío...?): «Voy a tratar de hacer un buen trabajo, para agradarles». Desde 1970 hasta ahora, no he vuelto a decirlo. Ahora digo: «Les prometo que voy a decirles lo que pienso de las cosas importantes de la vida. Lo que ustedes opinen no es tan importante para mí». Una vez, un tipo que se hallaba en las primeras filas me dijo: «¡Eh, un momento!» Y yo proseguí inmediatamente: «Por eso canto siempre gratuitamente. El dinero y la convicción raras veces hacen buenas migas».

«¿Tienes algún fracaso con los alcohólicos?»

- Sí, antes de que vengan al grupo. Pero la verdad es que, cuando no vienen, no es siempre por culpa suya. Los sanos tienen a veces más miedo a la enfermedad que los propios enfermos.

Recuerdo a una mujer que me decía, en presencia de su marido:

- Sepa usted, monsieur Lucien, que mi marido no bebe desde hace tres años. Y no tuvo necesidad de los Alcohólicos Anónimos para dejarlo. Mírelo, ahí está. Ven acá, querido, que te vea Lucien. Acércate, no tengas miedo. Fíjese, qué buen aspecto tiene. Eso sí, no verá usted una botella de vino en nuestra casa. Ya me ocupo yo de ello. Y él está de acuerdo ¿Verdad que estás de acuerdo, querido? Siempre estamos de acuerdo.

Yo le hice que cambiara de oficio, y ahora trabaja a trescientos metros de casa. De ese modo, puedo ir a buscarle a la salida del trabajo, y así no tiene la tentación de entrar en el bar que hay camino de casa ¿Verdad, querido, que es así?

- ¿y es feliz?, pregunté yo.

- ¡Oh, sí!, naturalmente. Piense usted, monsieur Lucien, que antes hasta lloraba en público. Yo no sé por qué, pero el caso es que lloraba hasta en el bar. Ahora al menos no le ven llorar.

Hoy ni siquiera se le puede ver, ni llorando ni sin llorar. Se ahorcó en su garaje con un cable.

Siempre en el límite (en el límite de la desesperación, cuando su alcoholismo toca fondo; y en el límite de la exaltación, cuando consigue alzarse de dicho fondo), tal vez sea el alcohólico el prototipo del hombre nuevo. Prototipo, eso sí, contrahecho y despedazado.

Yo soy de la opinión de que el hombre acaba realizando aquello que sueña.

El sueño que alimentaba el niño al contemplar la luna, mientras el maestro le hacía que se le saltaran las lágrimas, el librero se reía de su buen Dios y el tendero echaba a perder su efímero gozo de un día; el sueño que alimentaba el hombre de que las personas no se mostraran severas unas con otras, ni trataran de engañar acerca de su auténtico valor, ni arrojaran pesadas dificultades sobre los hombros débiles..., ese sueño ya no es hoy un sueño. Se ha hecho realidad gracias al grupo de A. A.

Ahora que se ha realizado el sueño que me hizo beber (porque sufría al no verlo realizado), ya no bebo.

El niño hizo bien en soñar: el hombre sobrio ha hecho realidad su sueño. Y ese hombre es feliz mientras envejece.

He ahí el centro cardinal de toda mi vida.

Mi vida, que llegó a sentir las angustias de muerte de un animal herido, aspira hoy el aire de la humanidad futura. Un aire de amistad para con todo el mundo, que es lo que, en aquel día, le abrirá unos horizontes hoy inimaginables. Paciencia.

Toda mi vida ha cambiado. Naturalmente que me siento dichoso de ser sobrio; pero además me apasiona todo cuanto sucede. Leo *Le Monde* todos los días incluidas las crónicas gastronómicas (los sábados) de La Reynière, a pesar de que no soy ningún «gourmet». Leo también *Science et Avenir* todos los meses, y trato de resolver los problemas de ajedrez de *Science et Vie*. Me interesa también la historia, y leo diversas revistas sobre el tema. Y otras muchas cosas...

Cuando yo bebía, el miedo a la muerte corroía mi vida. La sobriedad me ha devuelto el gusto por la vida, sin hacerme temer a la muerte. Y todo ello arrancó de un pequeño acto de humildad: «Me llamo Lucien y soy alcohólico»

Hoy tengo un Superior al que tuteo y que me tutea, porque confiamos mutuamente el uno en el otro, y nos estimamos ¿Dónde queda el tiempo en que mis superiores me dejaban consumirme de tristeza?

Mis propios hermanos jesuitas son amistosos e inteligentes y se muestran relajados conmigo. Mi aventura alcohólica les interesa. ¿Dónde queda el tiempo en que mis hermanos volvían ante mí la cabeza?

Por supuesto que, a veces, aún sigo sintiendo tristeza. No consigo acostumbrarme al mal en sus múltiples formas: torturas, guerras, mentiras... Pero ya no lloro.

A mi avanzada edad, lo importante es que hoy pueda decir: «Me llamo Lucien y soy alcohólico». Y sueño con el momento en que el dictador sea capaz de decir: «Me llamo Fulano, y soy torturador, belicoso y embustero». El momento en que el despreciativo se atreva a decir: «Me llamo Mengano, y soy fatuo, desdénoso y pendenciero». ¿Todavía un sueño? claro que sí.

Y es porque no se sueña por lo que nuestros deseos de felicidad son asténicos y se quedan al nivel del frigorífico.

Contrariamente a lo que pueda parecer, el alcohólico es un ser profundamente moral. Si se vuelve dañino, para sí y para los demás, es sencillamente por ira. Si se hace melancólico, es por pura tristeza. Ira y tristeza por no poder hacer concordar lo que sueña y lo que hace. Lo que sueña y lo que ve.

La naturaleza de la enfermedad es ésta precisamente. Es una enfermedad mística. Ahora lo sé. Y por no saberlo los médicos (¿cómo podrían saberlo...?), no podían hacer conmigo otra cosa sino fracasar.

Esta naturaleza, común a todos los alcohólicos, es lo que fundamenta el carácter único de su amistad entre ellos.

Llego a Metz-Nord. Conduzco despacio. No tengo ganas de dejarles a ustedes, Es la primera vez que paso revista a toda mi vida y hablo de ello con desconocidos. Pero es que el alcohólico tiene una incurable confianza en los demás, porque su ideal le dice que los demás son hijos de la Tierra (o de Dios, si es creyente).

«¿Eso es mística?»

- Sí: eso es mística.

La mística consiste en poder ver la cara oculta de la luna, la cara oculta de las cosas. Fíjense: hace algún tiempo recogí a un autostopista en la carretera. Era medianoche. Mientras iba tragando kilómetros, me vino la idea de que Dios me amaba. Perfectamente. Pero de pronto me asalta la idea de que Dios también le amaba a él. Que, consiguientemente, tenía junto a mí a un amigo de Dios, y que Mahmoud (era un argelino) era el hermano de Jesús. Y si era el hermano de Jesús, yo debía amarle realmente como a Jesús ¿Les dice algo esto? Pues bien, esto es la mística. Y esto lo comprenden muchos alcohólicos, aunque no tengan palabras para expresarlo.

Detengo el coche frente al número 8. Paro el motor. El silencio resulta extraño. Veo que la gente va bastante abrigada. La pequeña Muriel, la hija del dueño del café de al lado, sale a la calle con su abrigo rojo y llama a su pequeño amigo del piso de arriba.

En el cuentakilómetros, 2.412 kms. En el reloj, las cinco menos veinticinco de la tarde. Meto las doce cassettes en el estuche escocés. Tengo el corazón liberado de todo el peso de mi vida. La verdad libera. Introduzco el Nakamiski en su funda de plástico negro. Salgo del coche y paso por delante del capó, sobre el que doy una pequeña palmada como en señal de agradecimiento. Así hacía mi padre con su caballo «Bichette» cuando estaba satisfecho de él. Los animales deben de tener un alma, y las cosas tienen el alma que uno quiera darles.

Entro en el apartamento de Francoise. Sobre la mesa hay flores; y encima del tapete, una nota:

«Mi querido señor,

le he recordado durante su viaje.

¿Ya tiene las cassettes?

¿Ha ido bien el recital?

He dejado un puchero con sopa de verduras encima del gas.

Lo he hecho a mediodía.

Descanse tranquilo, señor. Yo sacaré las cosas del coche».

Una estilizada flor sirve de firma. Desde hace catorce años, es ya un rito... y mucho más.

Mi dormitorio está iluminado por una gran lámpara roja colocada encima de la mesa. La cama está preparada, y en las limpias sábanas se observan perfectamente los dobleces producidos por la plancha. Sobre la mesilla, una rosa roja. Para mí solo.

En el total silencio, una absoluta ausencia de inquietud ¿Adónde han ido las tristezas y las angustias que me trajeron hasta aquí hace tanto tiempo? ¿Cómo ha venido la serenidad? ¿Y la confianza en Dios? No sé nada. No tiene importancia. Déjenme dormir. Tomo mi Biblia y leo:

«Dulce es la luz y bueno para los ojos ver el sol. Por muchos años que viva el hombre, que los disfrute todos, recordando que los años oscuros serán muchos y que todo lo que viene es vanidad.»

«Disfruta mientras eres muchacho y pásalo bien en tu juventud; déjate llevar del corazón y de lo que atrae a los ojos; y sabe que Dios te llevará a juicio para dar cuenta de todo».

«Aleja las penas de tu corazón y rehúye el sufrimiento de tu carne, que la juventud y el cabello negro son efímeros. Acuérdate de tu Creador en tus días mozos, antes de que lleguen los días aciagos y alcances los años en que dirás: ‘No les saco gusto’. Antes de que se oscurezca la luz del sol, la luna y las estrellas, y a la lluvia siga el nublado».

«Ese día temblarán los guardianes de la casa y los robustos se encorvarán; las que muelen serán pocas y se pararán; las que miran por la ventana se ofuscarán, las puertas de la calle se cerrarán y el ruido del molino se apagará; se debilitará el canto de los pájaros, las canciones se irán callando, darán miedo las alturas y rondarán los terrores».

«Cuando florezca el almendro y se arrastre, harta de comer, la langosta, y reviente la alcaparra, mientras el hombre marcha a la morada eterna y las plañideras recorren las calles».

«Antes de que se rompa el hilo de plata, y se destroce la copa de oro, y se quiebre el cántaro en la fuente, y se raje la polea del pozo, Y el polvo vuelva a la tierra, a lo que era, y el espíritu vuelva a Dios, que es quien lo dio». (*Eclesiastés, 11, 7 - 12, 7*).

Servidores y Testigos

Eramos muchos los que nos preguntábamos qué había sido del **Padre Duval**, aquel jesuita que, en los años sesenta, había sabido crear una auténtica canción religiosa de inspiración popular, con la que había alcanzado un éxito sin precedentes. De pronto había desaparecido de la escena. Y nadie supo dar una explicación...

Al fin, después de casi quince años, el propio Padre Duval ha desvelado el misterio en uno de los libros más impresionantes de los últimos años. Un libro que ha conocido en Francia una difusión verdaderamente espectacular, porque es el relato de su «viaje al fondo de la noche» del alcoholismo y su regreso a la luz, ayudado por su fe, y, sobre todo, por el amor de unos seres humanos (los «Alcohólicos Anónimos») que habían hecho el mismo trayecto.

«Este libro, que relata el descenso y la subsiguiente liberación del infierno del alcoholismo, constituye un testimonio de valentía nada frecuente».

(Le Monde, 30-XI-1983)

«...Un viaje del que ha regresado y nos ha relatado en este libro con emoción, pasión y ternura...».

(Panorama Aujourd'hui, marzo 1984)

«...El Padre Duval ha recuperado la alegría de vivir. Su libro, uno de los más estremecedores de toda la producción de este otoño, es un canto de esperanza».

(Témoignage Chrétien, 12/18 diciembre 1983)

